

VOCACIÓN A LA SANTIDAD

I

El camino que conduce a la santidad y, por consiguiente, a Dios, no puede ser trazado sino por el mismo, Dios, por su voluntad. Ya lo proclamó Jesús: “No todo el que dice: ¡Señor, Señor!, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ése entrará en el reino de los cielos” (Mt 7,21). Y para dar a entender que las almas más unidas a él y de él más amadas son precisamente aquellas que cumplen la voluntad de Dios, añadió: “Quienquiera que hiciere la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ése es mi hermano y mi hermana y mi madre” (Mt. 12,50).

En esta escuela de Jesús se inspiraron los Santos. Santa Teresa de Ávila, después de haber experimentado las más sublimes comunicaciones místicas, no duda en afirmar: “En lo que está la suma perfección, claro está que no en regalos interiores, ni en grandes arrobamientos ni visiones, ni en espíritu de profecía, sino en estar nuestra voluntad tan conforme con la de Dios, que ninguna cosa entendamos que quiere, que no la queramos con toda nuestra voluntad, y tan alegremente tomemos lo sabroso como lo amargo, entendiendo que lo quiere Su Majestad”. Y Santa Teresa del Niño Jesús se hace eco de esta doctrina diciendo: “La perfección consiste en cumplir la voluntad de Dios, en ser lo que él quiere que seamos”.

El verdadero amor de Dios consiste en conformarnos perfectamente con su santa voluntad, no queriendo hacer ni ser en la vida sino lo que el Señor quiere de cada uno de nosotros, llegando de esta manera a convertirnos, por decirlo así, en “Una voluntad viviente de Dios”. Considerando bajo esta luz, la santidad es posible a cualquier alma de buena voluntad; y hasta puede muy bien darse el caso de que un alma que lleva una vida “humilde y oculta”, se conforme con la voluntad divina con tanta y quizá mayor perfección que el “grande” santo que ha recibido de Dios una misión externa y ha sido enriquecido con gracias místicas. Tanto más perfecta será un alma, cuanto más al detalle cumpla y se goce en cumplir la voluntad del Señor.

“Aquel que escucha mis palabras y las pone por obra – dice Jesús – será como el varón prudente, que edifica su casa sobre la roca. Cayó la lluvia, vinieron los torrentes, soplaron los vientos y dieron sobre la casa, pero no cayó, porque estaba fundada sobre la roca” (Mt. 7,24-25). La voluntad de Dios revelada en la Sagrada Escritura y especialmente en los mandamientos divinos, y manifestada en las disposiciones concretas de la Providencia que rige y gobierna toda la vida del hombre, es la roca firme y segura sobre la cual debe alzarse el edificio de la santidad cristiana. Sobre esta única base podrá levantarse alto y seguro sin peligro de derrumbarse, no obstante el furor de los temporales.

Quien aspira a la santidad debe guardarse siempre de la tentación de hacerse santo a su propio modo, según sus planes, gusto y modos de ver personales. Esto sería un contrasentido. Solamente Dios, que es el único santo y el solo que puede santificar al hombre, es quien conoce lo que más conviene a nuestra santificación. El único camino que lleva infaliblemente a la santidad es el marcado por Dios. Por eso, para no trabajar en vano, la condición primera e indispensable es abandonarse completamente a la voluntad de Dios y dejarse llevar por él con absoluta docilidad.

San Juan de la Cruz enseña que la unión perfecta con Dios, y por lo tanto la santidad, “Consiste en tener el alma según la voluntad con total transformación en la voluntad de Dios, de manera que no haya en ella cosa contraria a la voluntad de Dios, sino que en todo y por todo su movimiento sea voluntad solamente de Dios”. Se trata de una transformación en virtud del amor, de modo que el hombre ya no quiere ni busca ni desea ni obra si no por la voluntad de Dios, amado por encima de todas las cosas y de sí mismo. Pues el amor conduce a un mismo querer y no querer, a la identidad de efectos, de deseos, de ideales y de acción.

Cuando el cristiano procura, con la gracia de Dios, conformarse del todo con la voluntad divina, esta misma voluntad lo santifica haciéndolo capaz de la adhesión a ella cada vez más completa, que se irá convirtiendo en total conformidad al divino querer. Estos son los hombres en que Dios se complace y que Isaías preconizaba como los únicos dignos de entrar en la Jerusalén renovada.

La voluntad de Dios no sólo se manifiesta a través de determinados preceptos, sino que aparece también como escrita en las diversas circunstancias de la vida que originan para cada hombre deberes imprescindibles:

1. Están en primer lugar los deberes del propio estado, que determinan para cada uno cómo debe portarse en la vida diaria, para estar continuamente en conformidad con el divino querer. Para el religioso son los deberes impuestos por la Regla abrazada y por la viva voz de los superiores; para el sacerdote, los exigidos por el ministerio de las almas, en comunión de mente y de acción por el obispo; para los seglares, las exigencias concretas de la vida de familia, de su profesión y del ambiente social en que viven.
2. Siguen luego los deberes inherentes a otras situaciones dispuestas o por lo menos permitidas por Dios: salud o enfermedad, pobreza, aridez o gusto espiritual, éxitos o fracasos, desgracias o consuelos. Todo me lo prepara y dosifica la mano paternal de Dios, que “hace concurrir todas las cosas para el bien de los que le aman” (Rm. 8,28). Y en cada una de estas circunstancias Dios presenta a cada cristiano especiales deberes de sumisión, de paciencia, de caridad, de actividad o de abnegación, de sacrificio, de generosidad.

Siguiendo el camino del deber tenemos la seguridad de caminar en la voluntad de Dios y de crecer en su amor.

La santidad no consiste en empresas extraordinarias, sino que se reduce a la línea del deber, y, por lo tanto, está al alcance de todos los hombres de buena voluntad. Pero el cumplimiento de las propias obligaciones debe ser exacto y constante.

1. Exacto: sin negligencias, solícito siempre por agradar a Dios en cada acción, dispuesto a abrazar con amor todas las expresiones de su voluntad.
2. Constante: en todas las circunstancias y situaciones, aun en las menos felices y gratas, aun en los momentos oscuros de tristeza, cansancio y aridez; y esto día a día.

Este ejercicio será cada vez más fácil en la medida en que el cristiano sepa considerar a la luz de la fe todas las circunstancias de su vida, acostumbrándose a ver en ellas las indicaciones de la voluntad de Dios. Cuando una criatura que ama de verdad al Señor advierte que alguna cosa es querida por él, la acepta o la pone en práctica sin lugar a duda, por más que pueda costarle. Ciertos retrasos o resistencia en esta materia dependen, más que de falta de voluntad, de no ver a entender la voluntad de Dios. Sobre este punto tan importante nos debe iluminar el espíritu de fe.

“Todos los fieles cristianos, en cualquier condición de vida, de oficio o de circunstancia, y precisamente por medio de todo eso, se podrán santificar de día en día, con tal de recibirlo todo con fe de la mano del Padre celestial” (LG 41). La fe nos hace pasar más allá de las vicisitudes terrenas y ver la mano de Dios que ordena y guía todas las cosas para la santificación de sus elegidos. Y a Dios nunca se le dice no.

II

La santidad presentada por Don Bosco

Para Don Bosco, la santidad consistió en buscar en todo la voluntad de Dios en lo cotidiano, haciendo el bien a todos, con el mayor amor y haciéndolo con alegría. Así lo expresó Pío IX, el 17 de junio de 1932 a los alumnos de los Pontificios Seminarios: “La vida de Don Bosco fue hacer la voluntad de Dios; así la convirtió en una inmolación de continua caridad, un constante recogimiento en oración; y ésta, la impresión más viva que se sacaba de su conversación”...

Don Bosco santificó el trabajo y la alegría. Así se le ha llamado el santo de la vida cristiana laboriosa y alegre.

La santidad sencilla, en lo cotidiano, fue la propuesta que él hizo a los jóvenes, a los consagrados y a todos los que entraron en contacto con él. Juan Pablo II señaló a Don Bosco como “maestro de santidad juvenil”.

Cuando Domingo Savio tenía unos seis meses de estar en el Oratorio de Turín, en un sermón les dijo lo siguiente: “Dios quiere que cada joven sea santo. Ser santo no es imposible para un joven. Hay medios muy fáciles para uno hacerse santo. Dios tiene inmensos medios para el joven que se dedique a ser santo”.

Y les explicó que ser santo no es hacer milagros o no tener defectos. Que los que ahora son santos y los veneramos en los altares también tenían mal genio, pereza, envidias, tentaciones, etc. como nosotros pero se esforzaron por vencer sus defectos y lo lograron siendo virtuosos. Les insistió mucho que el mejor modo de hacerse uno santo es:

- Cumplir bien, con la mayor exactitud y por amor a Dios los deberes de su oficio cada día;
- Ofrecerle a Dios todo lo que uno hace y sufre;
- Tratar a los demás como cada uno quiere que lo traten a él.

Les dijo además, que quien lee vida de santos se entusiasma mucho por la santidad y que la vida que más provecho hace a quien la lee es la de Jesucristo.

Aquel sermón llenó a Domingo de un inmenso anhelo de conseguir la santidad.

Desde aquel día Domingo empezó a ser más callado. Don Bosco le preguntó si estaba mal de salud. Domingo le contestó: “Quiero decirle que desde su sermón acerca del gran deseo que Dios tiene de que seamos santos y de la facilidad de llegar a conseguir la santidad, he sentido un deseo inmenso, una necesidad total de hacerme santo. **Yo no creía que uno de joven podía llegar a ser santo. Pero ahora que comprendí que se puede ser santo en cualquier edad y en cualquier oficio y en cualquier parte donde uno viva, he quedado tan enamorado que ya no siento sino una sola preocupación: ser santo. Mi única tristeza sería no ser santo**”.

Alabé su buen deseo, dice Don Bosco, pero le insistí que para ser santo hay que ser muy alegre. Que un santo triste es un triste santo. Que a Dios hay que servirle con alegría.

Un tiempo después Domingo Savio al ver al joven Camilo Gavio, muy triste y muy solo se le acercó y le preguntó el motivo de su tristeza, con lo que concluyó Domingo diciéndole: “**Nosotros hacemos consistir nuestra santidad en estar siempre alegres**”. Lo primero que hacemos es evitar el pecado que nos roba la gracia de Dios; nos esforzamos por cumplir exactamente nuestros deberes de estudiantes; frecuentamos la confesión y la comunión y cultivamos una filial devoción a la Virgen. Esta conversación les hizo muy amigos.¹

Así como a Domingo Savio, el primer fruto de la espiritualidad salesiana, suscitada por la Virgen, así también hoy día Dios a través de Don Bosco sigue haciendo la misma invitación a todos los que pertenecen a la Familia Salesiana a que sean santos. El reto es para cada uno, responder como Domingo Savio y como otros tantos han respondido: “**Quiero y puedo y ser santo**”.

¹ Vida de Domingo Savio

III

La santidad presentada por Monseñor Aparicio

Monseñor Aparicio al igual que Don Bosco, se santificó en lo cotidiano: haciendo con entusiasmo, con alegría y con responsabilidad cada día, lo que debía hacer. Su vida entera la dedicó a Dios. A servirle a El. Entendió la lección de Don Bosco: la salvación de las almas. Su lema de Pastor lo dice todo: “*Almas quiero y a ti sólo servir*”. Fue el lema que hizo vida. En los funerales el Señor Obispo de San Vicente, Mons. José Oscar Castillo Barahona, alumno suyo en el Seminario Menor Pío XII, expresó: “La vida de Monseñor Aparicio, que sirva para nosotros como un ejemplo de cómo se sirve al Señor, de cómo se entrega uno a Dios. Podemos tomar esas velitas que se encienden en el altar para Dios, para él las encendemos, hasta que se apagan. Así, ha sido la vida de Monseñor Aparicio. Desde pequeño entró al Seminario salesiano y allí permaneció hasta hoy. Cómo una velita encendida para Dios, para su servicio, hasta que se ha apagado”.

¿Cuál es la voluntad de Dios para las Hijas del Divino Salvador?

Monseñor Aparicio quiso que las Hijas del Divino Salvador cumpliéramos la voluntad de Dios siendo santas. Así nos invitó a llevar una vida de santidad *haciendo la voluntad de Dios manifestada en las Constituciones, en la palabra de las superiores, en el deber cumplido de cada día, imitando a Jesús en su Infancia, desde el Pesebre de Belén y a Jesús Buen Pastor con la caridad y mansedumbre, como Don Bosco lo hizo.*

La voluntad de Dios como camino de santidad, manifestada en las Constituciones y en la palabra de las superiores, nuestro Padre Fundador lo expresó así:

“He venido aquí para ser santa. He venido para luchar.

Y es aquí donde el primer horario que hay que elaborar es el horario de las prácticas de piedad. Una casa sin prácticas de piedad es un infierno: críticas, murmuraciones, desacuerdos, altanerías, faltas de respeto, considerar a la Superiora como cualquiera, ese es el producto de la vida sin fe, sin piedad, sin religión. Y hermanita, la que no esté dispuesta...

Hemos venido para santificarnos y tenemos que santificarnos dentro de las Constituciones. Esas Constituciones no es libro de consulta: es la vida del Instituto; es la sangre del Instituto; es el sistema nervioso del Instituto y nadie está autorizado para dispensarlo del más mínimo de los cumplimientos.

No busquen libros más grandes para ser santas, aquí está todo. Si alguna desea ser canonizada, tiene que masticar, tragar, digerir, y practicar este librito. Ya le pueden dar normas, cualquiera le puede dar normas; pero en este librito está la santidad de ustedes. Ninguna Hija del Divino Salvador va al Cielo sin esto; al infierno si puede ir sin esto; pero al Cielo con esto nada más; no busquen otro libro. Esto es lo que la Iglesia ha puesto en las manos de ustedes para ser santas. La Iglesia lo ha revisado y allí está. Las Constituciones son para ustedes la tabla de salvación.

El voto de obediencia abarca todas estas Constituciones. Si han hecho voto de obediencia tienen que cumplirlas, vivirlas y tiene que cumplir el horario de la casa, porque el horario de la casa no es la directora quien lo hace sino todo el Consejo de las hermanas o todas las hermanas lo elaboran y desde el momento en que lo aprueban allí están obligadas todas a cumplirlo.

No hacer cada una como le parece sin el permiso de la directora. Todas a la misma hora. A no ser por motivos de salud, una que otra vez; pero de lo contrario todas puntuales a la misma hora en virtud del voto de obediencia. La lectura espiritual, la lectura personal que muchas la dejan. Como norma busque la directora el tiempo en que cada una de las hermanas pueda hacer su lectura particular y pregúntele: “¿A qué hora, hermana hace su lectura?” “Que no, que no tengo tiempo”. Pero vamos a buscarlo. Ustedes pueden escoger la Biblia, las epístolas de Santiago son tan hermosas, las mismas Constituciones. Aquí es donde yo recalco el trabajo de la directora, es esto lo principal para ella. ¿Le ha dado el tiempo necesario a las Hermanas para que hagan sus prácticas de piedad? ¿Les ha proporcionado a las hermanas el confesor? ¿Les ha proporcionado a las hermanas el retiro mensual como está establecido? Si no, hermanita, prepárese, la cuenta a Dios va ser muy dura. Si la hermana a pesar de que usted le da el tiempo necesario no lo hace, ya la culpa no es suya. Pero, lo digo aquí porque yo creo que todas van a ser directoras en algún tiempo y entonces sepan lo que tienen que hacer y sepan por qué la directora les exige y les pide; no es ella; son las Constituciones y ella está obligada a cumplirlas.

No le anden poniendo peros a la directora cuando se traten de estos puntos porque es un deber ineludible de ella. La directora dé cuenta a la Superiora primero: la meditación, la lectura, la visita, las oraciones de la mañana y de la noche, los actos de comunidad, la vida fraterna, la caridad, el confesor, las buenas noches y tantas cosas que están mandadas aquí.²

La voluntad de Dios como camino de santidad, manifestada en el deber cumplido de cada día y en la imitación de Jesús Buen Pastor con la caridad y mansedumbre, como Don Bosco, nuestro Padre Fundador lo expresó así:

“Don Bosco ha sido suscitado por Dios para un tiempo distinto de la humanidad, vino a ser como el precursor de una nueva era. Con Don Bosco Dios viene a darnos un nuevo modelo de santidad que encuadra con los cambios y actividades de la Iglesia.

Don Bosco trae un apostolado moderno: combina a Dios con la iglesia, el campo, el recreo, el patio. El Espíritu Santo toma a ese niño para ser instrumento de una nueva santidad combinada de oración y alegría. Propone una santidad alegre: “Para ser santo hay que ser muy alegre”, le dijo al joven Domingo Savio. Haciendo eco a la Sagrada Escritura que invita a “Servid al Señor con alegría”.

¿Dónde está la mortificación salesiana, de la Hija del Divino Salvador? En hacer lo que tiene que hacer, en estar en su puesto, en la asistencia de los alumnos. El asunto está: estar en el puesto, que la obediencia le ha asignado, donde yo tengo que ser el ángel de la guarda, que debe evitar la ofensa a Dios, dar a conocer a Dios.

El que sacrifico mis comodidades, para estar en frente de esa juventud; el que no tengo ganas de jugar y juego; el que no tengo ganas de estar en la clase y estoy; el que contrario muchas cosas porque lo requieren los niños, los jóvenes que tengo en mi presencia, a mi responsabilidad, **esa es mortificación, esa es santidad.** Quiere decir, el salesiano, desde las cinco de la mañana o a las cuatro y media de la mañana, hasta las nueve o diez de la noche, quizás algunas veces más, está en continua mortificación, en continuo agrandar y amar a Dios. Pero para eso tiene que estar unido a Dios; ofrecer todo a Dios. Es decir, no buscar sus propias comodidades, sino sujetar sus comodidades al bien de las jóvenes que le han encomendado, sabiendo que en ella sirve a Dios.

Aprendan bien esto, desde el noviciado, de modo que cuando salgan del noviciado, salgan ya con esa idea grabada en el corazón y en la voluntad porque aquí está la base de nuestra santidad.

Todas las que pueden, tienen que estar en el patio con los alumnos. Donde vea un grupo que no toma parte en el juego, ahí voy a estar yo. ¿Cuál es mi deber? Que no vayan a tener malas conversaciones, yo tengo que ser el

² Pláticas del 26 de diciembre de 1982 y del 5 de agosto de 1983

ángel de la guarda. Este es el verdadero sentido de la santidad salesiana. No va de acuerdo con la santidad salesiana que los alumnos en el patio y las hermanas todas en la capilla golpeándose el pecho o encerradas en sus propios intereses.

Preguntémonos ¿Por qué Dios me trajo para acá? ¿Por qué no las llevó para otra parte? Es la pregunta que deben hacerse ustedes ¿Por qué no me llevó para otra parte? ¿Por qué? Y pónganse a pensar en todo antes de llegar aquí. Estoy en el puesto, ahora me toca el descubrir el por qué; y a estudiar más este sistema de santidad, este método de santidad, este camino de santidad, que es muy distinto de los demás.

Yo tengo que saber combinar la oración con el descanso, con el recreo, con el paseo, con todo mi trabajo. Mi trabajo es saber combinar la voluntad de Dios con todo lo que hago; saber ensamblar una cosa con otra. Esa es nuestra santidad; ese es el camino de nuestra santidad. Y eso aplicado a todos los niveles, a todos los planes.

La santidad de Don Bosco prende. Alrededor de él está: Miguel Rúa, Andrés Beltrán, varios sacerdotes, los niños: Domingo Savio, Miguel Magone, Francisco Vesucco y otros tantos. Y la santidad de él llega a las misiones: tiene sus mártires; y ha llegado a la Patagonia. Y fíjense bien, desde la corona heredera del reino de Polonia, Don Augusto Czartoryski, hasta la corona heredera del cacique Namuncurá, están los extremos de la santidad de Don Bosco. Sirve tanto para uno como para otro. Y viene María Mazarello, y viene una gran cantidad de religiosas y viene también otra chiquilla en los Andes entre Chile y Argentina: Laura Vicuña con esa santidad de Don Bosco; con la alegría dibujada en su mente; combinando la oración con el trabajo, de todos esos lugares que acabamos de decir. Esa es nuestra santidad y nuestro apostolado. Estudiémoslo cada día más.

Esa santidad que nos exige que seamos suaves y amables con la niñez y la juventud. Para que nos obedezcan no hacen falta posturas impositivas, no hace falta mandatos imperiales, no hace falta maltratar a la gente. Si el joven o la joven se dan cuenta de que tú le aprecias y les aprecias a todos, estarán dispuestos a hacer hasta lo imposible para secundar lo que tú les dices o lo que tú les inspiras. Esa es la santidad, mis buenas hermanas, que debemos trabajar y acrecentar en las casas. Debemos hacerla posible.

Que en realidad, nuestras escuelas no sean un cuartel en que un general está mandando. Que nuestras escuelas sean: una escuela donde hay una Religiosa que construye una escuela de comprensión, de disciplina, pero una disciplina llena de caridad, manifestada en ese amor que Don Bosco tenía a la juventud, con las actitudes y el amor de Jesús Buen Pastor.

Ahora, para que esa santidad resplandezca en nuestra comunidad de jóvenes, es necesario que sepamos darles buen ejemplo. Un ejemplo se da para que así como yo he hecho, así hagáis también vosotras. Esa vida de unión, esa vida de comprensión es eficaz y es necesaria.

Yo invito a las que están desempeñando el cargo de directoras, se camine con amor; a la que se equivoca haciéndole ver dónde está su equivocación, pero con amor, con caridad, con buenas maneras.

Esto es algo que quería manifestarles también por ciertas inquietudes espirituales de algunas que podrían creer que sería difícil ser santa en una Congregación como la nuestra, que no hay tantas oraciones, que no hay tantas mortificaciones y estamos viendo que el día está basado en un cimiento de mortificaciones y de una oración continua. No tenemos un momento, no tenemos un minuto en el día que no estemos contrariando nuestra voluntad, que no estemos haciendo alguna mortificación que nos ayuda a estar más unidas con Dios, haciendo en todo su voluntad³.

³ Plática del 2 de febrero de 1986

La voluntad de Dios como camino de santidad, manifestada en la imitación de Jesús en la Infancia, desde el Pesebre de Belén, nuestro Padre Fundador lo expresó así:

“Nosotros nacimos del pesebre para llevar al mundo el mensaje de humildad, el mensaje de pobreza, el mensaje de no aspirar a cosas grandes de mantenernos siempre ocultas, el mensaje de servir a nuestros hermanos, el mensaje de abrir el alma, el corazón y los brazos a todas las jóvenes que acuden a nosotros, no solamente con el fin de una escuela, no solamente con el fin de un instituto que no es nada más que un empaque que contienen la verdadera sustancia, que es empapar a esas jóvenes en ese espíritu nuestro.

Esto es lo que Dios quiere de nosotros, esto es lo que Dios pide de nosotros, esta es la misión característica nuestra, este es nuestro distintivo ante todas las comunidades del mundo: llevar las enseñanzas del establo y del pesebre de Belén. Debemos considerar ya con seriedad, con firmeza, que el carisma de nuestro Instituto es: ser forjadoras de esa paz, de esa tranquilidad, de esa unión y de esa esperanza, que debe ser el distintivo de todas y cada una de ustedes.

Queridas Hermanas, novicias y aspirantes: esta noche no me queda más que repetir con los ángeles, gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor. Y vosotros sois esa porción que Dios ama.

“Os ha nacido un Salvador”. A cada una de ustedes mis buenas Hermanas os ha nacido un Salvador; ¿habéis preparado vuestros corazones para que os nazca?

Y les pregunto a ustedes ¿Cuáles fueron los designios del Señor cuando dije que en esta noche después de casi dos siglos, naciera también esta porción, este Instituto, este grupo? y hemos hecho hincapié en estos días para aclarar cuál es el carisma de esta noche, cuál es el carisma de este acontecimiento, cuál es el carisma de ese establo y de ese pesebre. Por qué nos encontramos aquí también reunidos en un lugar, que en aquella noche era un establo este sitio donde estamos celebrando la Eucaristía. ¿Cuál es el carisma que tenemos que arrancar a esa noche? ¿Hemos reflexionado?

“Humildad” es el distintivo de la Hija del Divino Salvador. Nada de vanidades, aun en su porte exterior, aun en sus vestidos. Sencillez, humildad. ¿Puede haber más pobreza que la que nos predica en aquel establo, en aquel pesebre el Hijo de Dios y que nos quiere dar también como carisma “la obediencia al Padre celestial”? El hijo de Dios obedece. Ahí está nuestro Carisma.

Siempre recordemos el establo de Belén; ese es nuestro carisma, ese es el pensamiento que vamos a recorrer esta noche y que vamos a interiorizar con lentitud para cimentarlo fuertemente en nuestros corazones.

Mis congratulaciones para todas vosotras, para las que meditáis y reflexionáis, para las que buscáis el cumplimiento del deber alrededor de aquel establo y de aquel pesebre. Que nuestras plegarias se unan este día, que cantemos con fe y entusiasmo alrededor de este pesebre la trayectoria que queremos dar en nuestra vida, la forma, la figura, el sabor, el perfume, el olor que queremos dar a nuestro Instituto; perfume suave como el de la violeta; fragancia y hermosura como una rosa abierta con el poder de Dios.

Que esta noche sea la plataforma de nuestra vida, el campo de batalla ante el enemigo que buscará de todas formas y maneras, desgarrar la imagen de esta noche en vuestros corazones; valientes para luchar, fuertes para resistir, decididas para triunfar.

Los augurios de felicidades, de bendiciones en esta noche y una decisión firme de servir a Dios con toda la potencia de nuestra alma. Felicidades, augurios. Adelante.

Que sea esta la norma del Instituto. Si alguien quiere introducir modificaciones al espíritu sencillo y humilde; al espíritu de trabajo; al espíritu de unión; al espíritu de adhesión a la Iglesia, hay que cortarlas; con dolor, pero hay

que cortarla, porque hay que salvar el Instituto. Ahí aplíquese el pasaje del Evangelio. Debemos vivir ese espíritu si de verdad queremos aspirar a la santidad y al amor a Dios como Hijas del Divino Salvador”.⁴

Casi al final de su vida nuestro Padre Fundador, resumió en la introducción de las Constituciones Renovadas sus exhortaciones, invitándonos a la santidad como la voluntad expresa de Dios, insistiendo que el fin de ser religiosa es deseo de santidad:

“Las presentes Constituciones, amadísimas Hijas del Divino Salvador, son para ustedes el camino que el Espíritu Santo les traza para escalar prontamente los estadios de la santidad. No me queda más que insistir: el fin de ser religiosa es deseo de santidad.

Por eso insisto con vehemencia en que todas, confiando en María Auxiliadora y acogidas a su manto, caminen seguras hacia la santidad.

La obediencia sencilla y humilde, la caridad de hermanas que se unen, debe ser para ustedes un mandato de Dios y de la Iglesia, uniendo la modestia en el modo de actuar, de hablar y de comportarse: reflejen así el voto de castidad que voluntariamente han emitido.

Cumplan gustosamente las disposiciones que sus Superiores les vayan dando. Sean un ejemplo atractivo para el mundo en el cual tienen que trabajar, viviendo desprendidas de esta tierra, haciendo uso de lo estrictamente necesario y abrazando con alegría la pobreza del pesebre y de la Cruz.

Reciban con regocijo y amen estas Constituciones como la voluntad expresa de Dios.

Pobreza, sencillez, humildad y obediencia: es el resumen de esta exhortación.

Será ésta la última recomendación que les haré en vida: procuren cumplirlas, para que nos veamos un día en la gloria celestial, rodeando a nuestra Madre y a San Juan Bosco que las ha llevado a Ella.

Mi bendición llegue a todas ustedes y que cada Casa sea un recinto terreno de Dios, de la Santísima Virgen María y de San Juan Bosco”.⁵

⁴ Homilías del 25 de diciembre de 1982, del 24 de diciembre de 1984 y del 24 de diciembre de 1987

⁵ Introducción a las Constituciones 1990

IV

Espiritualidad

La espiritualidad es un modo de ser y de actuar. Es la vida.

La espiritualidad no tenemos que confundirla con las prácticas de piedad, que son importantes también como parte de la espiritualidad. La persona espiritual, no es solamente la persona piadosa. Una persona puede ser muy piadosa, pero no ser muy espiritual. Y una persona puede ser muy observante y no ser espiritual.

Es necesario asimilar los valores; ¿qué significa? que yo voy modelando mi carácter, mi vida, mi afectividad, mi manera de ser; todo eso lo voy modelando sobre los valores que me van proponiendo las Constituciones.

El carisma expresado en tradición y en tradiciones sanas, universales y permanentes se traduce en **espiritualidad**. Es decir, en un conjunto de rasgos, de actitudes, de elementos doctrinales y experimentales que constituyen el modo de ser y la índole propia de un instituto en la Iglesia.

Una espiritualidad es una teología meditada y vivida hasta el punto de crear un estilo de vida. Supone pues la meditación asidua y dominante de algunos temas doctrinales, que se convierten en goznes de la propia vida.

Es "Vivir la vida del Espíritu". Cada Instituto Religioso, asume el espíritu del Fundador, porque cada Fundador, es una persona que se ha dejado llevar por el Espíritu, que lo guía a "construir el Reino de Cristo con un determinado estilo".

La espiritualidad es el elemento central de referencia, la piedra angular de un Instituto. Desde ahí cobra sentido todo lo demás. **La Espiritualidad es una propuesta de santidad** (*para nosotras Hijas del Divino Salvador, desde el pesebre de Belén y de Don Bosco: desde lo pequeño y lo cotidiano*), es la manera de vivir la vida de cada día inmersos en el Misterio de Dios. Entonces lo que define a un Instituto no es la actividad, sino la espiritualidad.

Vita Consecrata recalca este aspecto con la siguiente exhortación: *“Quien profesa los Consejos Evangélicos está obligado a aspirar con todas sus fuerzas a la perfección de la caridad. Aspirar a la santidad: éste es en síntesis el programa de toda vida consagrada. Todos estos elementos, en las varias formas de vida consagrada, generan una espiritualidad peculiar”*⁶.

La espiritualidad, además, supone un comportamiento o un conjunto de rasgos y hasta de **virtudes características** que le dan un estilo propio (*para nosotras Hijas del Divino Salvador, las virtudes adoptadas en el Plan de Formación son: humildad, sencillez, pobreza, obediencia, alegría, paciencia, comprensión, amabilidad, laboriosidad y templanza*) que se consideran más característicos de la propia vocación-misión y más eficaces para realizarla.

Es un modo de ser y un modo de actuar. Implica también algunas prácticas, ejercicios o devociones como medios para vivir y como modos de vivir el propio estilo de vida espiritual.

Cuando la Iglesia reconoce un Instituto, garantiza que en su carisma espiritual y apostólico se dan todos los requisitos para alcanzar la perfección evangélica personal y comunitaria. Así cada Instituto y cada comunidad debe aparecer como escuela de auténtica espiritualidad evangélica.

Lo que puede conmover a las personas de nuestro tiempo, también sedientas de valores absolutos, es precisamente la cualidad espiritual de la vida consagrada, que se transforma en un fascinante testimonio de vida”.

⁶ N° 35

V

Virtudes características de las Hijas del Divino Salvador

El objetivo de una vida virtuosa consiste en llegar a ser semejante a Dios (Catecismo de la Iglesia).

La espiritualidad de la Hija del Divino Salvador tiene dos fuentes de inspiración: **El Pesebre de Belén y Don Bosco**. O sea la espiritualidad de **lo pequeño y lo cotidiano**.

La configuración con Cristo Infante⁷ y Buen Pastor⁸ en el Instituto “Hijas del Divino Salvador” se adquiere a través del ejercicio de algunas virtudes según nuestro Carisma en la Iglesia.

De entre las virtudes más necesarias para la religiosa Hija del Divino Salvador, por su vida y la misión que realiza en la Iglesia, se toman las que enfatizó más nuestro Padre Fundador con su vida y sus palabras⁹ y las que nos proponen las Constituciones¹⁰: *humildad, sencillez, pobreza, obediencia, Alegría, paciencia, comprensión, laboriosidad, amabilidad y templanza.*

1. Las virtudes de la humildad, sencillez, pobreza y obediencia para la Hija del Divino Salvador no son simplemente virtudes sino que son el *espíritu, el estilo de vida* que la caracteriza ante las demás religiosas. De aquí depende toda la vida del Instituto.

Por eso ser Hija del Divino Salvador y no vivir este *espíritu que nace del Niño Jesús en el Pesebre de Belén*, es una verdadera contradicción, es negar la propia identidad para la cual Dios nos ha colocado en el mundo, como nos lo dice nuestro Padre Fundador en su homilía donde nos presentó el carisma del Instituto: **“Nacimos del Pesebre para llevar al mundo el mensaje de humildad; el mensaje de pobreza; el mensaje de no aspirar a cosas grandes, el mensaje de mantenernos siempre ocultas, el mensaje de servir a nuestros hermanos, el mensaje de abrir el alma, el corazón y los brazos a todos los jóvenes que acuden a nosotros** (en resumen esto último es el mensaje de sencillez y obediencia). *Lo pusiste en el camino dentro del mundo, en un momento de agitación, en un momento de incompreensión, en un momento de luchas y fatigas, en un momento de odio y de rencor. Nos pones a nosotras para que nuestra presencia, para que nuestras palabras, para que nuestro modo de actuar, lleve esa paz, esa tranquilidad, esa confianza, esa comprensión, esa esperanza, esa ternura espiritual y lleve esa reconciliación ...*¹¹” (cf Const. 10).

Viviendo este espíritu, las Hijas del Divino Salvador estamos realizando el programa de vida virtuosa con promesa de recompensa celestial, presentado por Jesús en el Monte, cuando proclama las Bienaventuranzas. **“Bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el Reino de los cielos; Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán en herencia la tierra; Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios”**¹².

Por lo tanto, el Instituto se mantendrá con vida, se multiplicará e irá adelante cuando todas hagamos norma de nuestra vida las palabras de nuestro Padre Fundador que nos dijo: **“El Instituto irá adelante, marchara siempre adelante, pero si todas no olvidan este carisma; la misión para la cual El, desde Belén, desde el Pesebre, nos ha enviado a los lugares que les tiene reservado. No nos vayamos haciendo ilusiones de nuestros triunfos; es El, el que va adelante; es El, el que prepara; es El, el que ha hecho todo. A nosotros**

⁷ Espiritualidad desde el Pesebre de Belén: humildad, sencillez, pobreza, obediencia.

⁸ Espiritualidad Salesiana = Don Bosco: Alegría, paciencia, comprensión, laboriosidad, amabilidad, templanza.

⁹ Introducción a las Constituciones, página 9.

¹⁰ Constituciones, Artículos 65. 66. 81. Reglamentos 55-58.

¹¹ 24 de diciembre de 1984.

¹² Mt 5, 1-12; Lc 6, 20-23

*solamente nos toca ser instrumentos dóciles en sus manos, saber sobreponer, saber humillar, saber desaparecer nuestras propias inclinaciones, nuestros modos de pensar y nuestras ambiciones. Nuestro carisma está en el Pesebre de Belén. Que sea esta la norma del Instituto. Si alguien quiere introducir modificaciones al espíritu sencillo y humilde; al espíritu de trabajo; al espíritu de unión; al espíritu de adhesión a la Iglesia, hay que cortarla; con dolor, pero hay que cortarla, porque hay que salvar el Instituto. Ahí aplíquese el pasaje del Evangelio. Debemos vivir ese espíritu si de verdad queremos aspirar a la santidad y al amor a Dios*¹³.

2. Las virtudes *de la Alegría, paciencia, comprensión, laboriosidad, amabilidad y templanza* nacen de otra fuente de espiritualidad que es Don Bosco. Al igual que las cuatro virtudes anteriores, estas virtudes también son el *espíritu, el estilo de vida* que caracteriza a las Hijas del Divino Salvador en el desempeño de su misión. De aquí depende la vida del Instituto.

Que las Hijas del Divino Salvador vivamos la espiritualidad de San Juan Bosco parte de aquella famosa carta que Madre Ersilia Crugnola envió a Monseñor Aparicio en 1946, como contestación a la que él había enviado antes y contestada por la Santísima Virgen, donde le decía: **“La Congregación que en tu mente tienes se realizará: Será formada con el espíritu de San Juan Bosco, espíritu apostólico; enseñando al que no sabe y llevando almas al cielo”**. A través de los años, nuestro Padre Fundador nos fue mostrando con cuál espíritu debíamos nosotras realizar la misión de educadoras. Además estando él todavía en vida el Instituto alcanzó la gracia de ser aprobadas como miembros de la Familia Salesiana, aprobación que causó mucha felicidad a Nuestro Padre Fundador, pues confirmaba todo lo que él ya nos había enseñado.

Sus palabras fueron claras e insistentes en esta vida que nosotras debíamos vivir y seguir transmitiendo: *“Procuremos, mis buenas Hermanas, empaparnos del espíritu de Don Bosco; mucha devoción a la Santísima Virgen; todo lo que sea para Ella, entregárselo y trabajar con la juventud. Las clases tienen que ser un medio para que yo haga apostolado. Este espíritu, mis buenas hermanas está lleno de entrega y amor, de sacrificio y de unión”*¹⁴.

*“Mis buenas hermanas, pidámosle mucho a Don Bosco que nos alcance del Señor, esa **comprensión** que él tuvo, ese **amor a la juventud** en la forma que él la tuvo, ese arranque para decirle a cualquiera y **hablarle de Dios**. Es para nosotros de gran satisfacción poder arrancar el año escolar, meditando, reflexionando, en estas actitudes de Don Bosco, dedicado todo a la juventud., cuando nos vayamos dando cuenta, cuando vayamos descubriendo los secretos del Sistema Preventivo, iremos entrando con facilidad y no tendremos dificultades con la juventud; sabremos entenderla, comprenderla; por difícil que sea, sabremos transformarla, sabremos cambiarla.*

Como les decía anoche, pidámosle mucho a Don Bosco, que nosotros podamos entender, asimilar, empaparnos de su espíritu, para que podamos hacer todo el bien a las almas que el Señor ponga bajo nuestro cuidado, bajo nuestra vigilancia, bajo nuestra protección.

*El papel nuestro va a ser, ‘ser ayudantes de Don Bosco’ en aquel sueño, donde para dirigir aquellas inmensas multitudes varios le fueron ayudando para irlo llevando. Y ese es el papel nuestro, si nosotros nos hacemos dignos de él. Y **para hacernos dignos de él tenemos que amar a Dios, ser humildes, y obedientes**”*¹⁵.

“El Sistema Preventivo” consiste en poner a los jóvenes, en la imposibilidad moral de pecar, y llegar al alma y al corazón de los jóvenes. Tenemos que revestirnos de caridad y de esa espiritualidad del Sistema Preventivo de Don Bosco.

He querido traer esta reflexión en este día, primero, para que veamos cuál es la misión del maestro. Si Don Bosco hubiera despachado inmediatamente a Miguel Magone a la primera falta, no hubiera obtenido una conversión. Es la oración. Es el **diálogo**. Es la **comprensión**. Es la **paciencia** que tenemos que tener”¹⁶.

¹³ Homilías del 25 de diciembre 1982 del 21 de diciembre de 1987

¹⁴ Buenas Noches 27 de diciembre de 1978

¹⁵ la Homilía del 31 de enero de 1982

“Ojalá pues, que todas las Hermanas sepan ‘conservar ese espíritu de adhesión a Don Bosco’, a la congregación, a María Auxiliadora. **Procuremos infundir la devoción a la Santísima Virgen, ese espíritu Eucarístico; ahí está, les vuelvo a repetir, el éxito grande de Don Bosco**”¹⁷.

Estas virtudes que nacen de Don Bosco, las Constituciones nos la presentan en el Capítulo de la misión, para enseñarnos cómo debemos realizarla, viviendo la espiritualidad del Sistema Preventivo en la asistencia y en nuestra vida hecha oración. Se resume así:

*“Nuestra misión educativa se desarrolla con el espíritu del Sistema Preventivo, se inspira en la caridad paciente de Dios y en la benignidad de Cristo Buen Pastor. **Nuestro trabajo lo realizamos en actitud de servicio, con incansable paciencia, serenidad y oración. La presencia de la Hija del Divino Salvador entre los niños y jóvenes, el deseo de estar con ellos para salvarlos, nace de su experiencia y comunión con Cristo, que le exige comprensión, paciencia, afecto demostrado, que equivale a amabilidad y entrega total que es lo mismo que templanza.***

*La necesidad de Dios sentida en el trabajo apostólico, nos lleva a celebrar la Eucaristía a lo largo del día, que nos da fuerzas para lograr una **laboriosidad incansable** por la salvación de las almas, santificada por la oración y la unión con Dios. Este modo de ser de la Hija del Divino Salvador, la convierte en testimonio de vida para la niñez y juventud”.*

A continuación se detallan cada una de las virtudes características en la vida de la Hija del Divino Salvador.

¹⁶ Homilía del 23 de junio de 1982

¹⁷ Homilía del 19 de agosto de 1984

1. La Humildad

La palabra humildad tiene su origen en la raíz latina humus, que significa **tierra**. **Humilde** en su etimología, **significa inclinado hacia la tierra**. Así la virtud de la humildad consiste **en inclinarse delante de Dios y de todo lo que hay de Dios en las criaturas**. En la práctica, nos lleva a reconocer nuestra inferioridad, nuestra pequeñez e indigencia ante Dios.

Camino de humildad

La humildad es una de las virtudes claves en la vida cristiana. No es la virtud de los débiles, como algunos han dicho, sino más bien la virtud de los maduros, de los que hacen las cosas por sí mismos, sin que les afecte el juicio ajeno en su obrar. Por ello, Santa Teresa dio aquella famosa definición de la virtud de la humildad: "andar en verdad". Ser humilde no es ser inseguro, sino ser auténtico y transparente.

La humildad es la virtud que modera en nosotros el excesivo afán por elevarnos más allá de nuestros propios méritos, por sobresalir más allá de los límites de nuestro verdadero valor. La humildad es la virtud moral que nos hace comprender nuestra insuficiencia y miseria, manteniéndonos en nuestro verdadero lugar; nos hace comprender nuestra incapacidad para obrar el bien, enseñándonos a apoyarnos sólo en Dios.

La humildad es la verdad, porque nos hace reconocer la realidad de nosotros mismos, nuestra insuficiencia, nuestros deberes y nuestras responsabilidades.

Es así mismo justicia, porque nos hace comprender que todo lo hemos recibido de Dios, y que todo debemos hacerlo para su mayor gloria.

Es gratitud, porque nos obliga a dar gracias a Dios, a referirlo todo a Él, mereciendo así nuevas gracias y nuevos dones.

La humildad es una virtud escondida que da valor y eficacia a todas las demás virtudes morales, como una dínamo subterránea genera y distribuye calor, luz, energía, movimiento y vida a una gigantesca fábrica.

La humildad nos hace espontánea y meritoria la obediencia; nos hace dóciles y sumisos de inteligencia, de corazón y de obra a quién esté revestido de cualquier autoridad.

Es un verdadero ejercicio de penitencia, porque nos hace sacrificar toda comodidad personal, todo interés egoísta, toda vanidad y ambición.

Es inspiradora de paciencia, porque nos hace soportar gustosamente, o al menos con resignación, los males de la vida, los infortunios de nuestra condición, los trabajos de la propia profesión.

Es guardiana de la recta intención, porque en todas las cosas nos hace buscar al Señor y enderezarlo todo a su gloria.

Es hermana de la pureza, porque nos hace precavidos ante el peligro, fuertes en la tentación, nos merece la defensa y simpatía del Cordero inmaculado.

Es maestra de caridad fraterna, porque nos hace ver a Jesús en el prójimo y nos induce a servirle.

Es alma del cielo, porque nos convierte en aliados de Dios y asegura los éxitos más brillantes a las obras emprendidas con fines puramente espirituales.

Es también un secreto de grandeza, porque la humildad da lustre y esplendor a la sabiduría, atrae la simpatía de las personas no sólo en el orden sobrenatural, sino en el mismo ambiente mundano. Los soberbios están condenados al desprecio, a la desilusión, al aislamiento.

Todas estas son verdades que encuentran su confirmación en el Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo y en las vidas de los Santos, porque Jesús y los santos han hecho el panegírico de la humildad, exaltando sus Excelencias y demostrando su grandeza con la palabra y el ejemplo.

Jesús en el Evangelio fue maestro de humildad. Al proclamar las Bienaventuranzas concedió el primer lugar a los "Pobres de Espíritus". Es decir, a las almas humildes (Mt. 5,3).

Invitando a los afligidos y fatigados a descansar en su corazón, nos revela el secreto, nos señala el camino, nos indica el programa de la perfección en aquellas palabras divinas llenas de sabiduría y bondad: "Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas". (Mt. 11, 29)

Jesús, además de enseñarnos la humildad con sus palabras, nos la enseñó con su vida. La Encarnación en un abismo de humildad, ¡El verbo se hizo hombre, responsable de los pecados, "Se hizo pecado" por nosotros! Belén, Nazaret, el calvario, son tres misterios de profundísima humildad; y misterio de humildad es la institución de la Eucaristía, la permanencia de Jesús en nuestros altares, la vida de anonadamiento y de oración bajo las especies eucarísticas en nuestros sagrarios.

María es maestra de humildad; agradó a Dios por su pureza, pero fue la humildad la que la convirtió en Sagrario vivo de Dios. En el Magnificat hizo un canto a la humildad, reconociendo los dones con que Dios la había favorecido, atribuyéndole a Él la gloria y el mérito. Inmaculada cooperadora de la encarnación, fue en el Calvario la dolorosa corredentora en la humildad y en el dolor.

La humildad, es la base y el fundamento de todas las virtudes. San Agustín dice que quien quiere construir una casa alta y sólida tiene que pensar ante todo en los cimientos. Cuanto más alta haya de ser la casa, más profundos tienen que ser los cimientos. Cuánto más profunda sea nuestra humildad, más elevada y sólida será nuestra perfección. Santo Tomás dice que la humildad es la primera de todas las virtudes.

Consejos para vivir la virtud de la humildad con intensidad

1º.- Ser sincero: Una de los principales motivos que nos conducen a mentir es la vanidad. ¡Cuántas veces ocurre que exageramos las cosas, o incluso las inventamos, con el objeto de mantener el protagonismo en las conversaciones, o por destacar sobre los demás! La sinceridad es un consejo muy sencillo pero a la vez muy eficaz para educarnos en la autenticidad, en la humildad. Si metí un gol en el partido, digo que metí uno y no dos, etc... Ser sincero es camino de humildad.

2º.- Saber callar: Ocurre también que muchas cosas que contamos en público, aún en el supuesto de que sean ciertas, suelen estar dichas con el objeto de hacernos publicidad. Sin embargo, no es necesario que los demás sepan todas las cosas positivas que nos hayan ocurrido o hayamos hecho. El mismo Jesús nos lo dijo: "que no sepa la mano izquierda lo que hace la derecha" (Mt 6, 3).

3º.- No excusarse: Un tercer grado superior de humildad lo constituye la renuncia a la auto excusa cuando somos injustamente acusados. No cabe duda de que en el caso de que nuestro silencio pudiese ser motivo de escándalo, no sería prudente que renunciásemos a la autodefensa. Es más, podríamos llegar a tener la obligación moral de ejercerla. Pero, sin embargo, en la mayoría de los casos, lo único que está en juego es nuestro orgullo herido. ¡No hay cosa más medicinal que saber callar ante las falsas acusaciones!

Práctica de la humildad

La humildad se puede practicar bajo tres grados:

- ★ El primer grado consiste en el bajo concepto de nosotros mismos
- ★ El segundo grado exige el dominio de nosotros mismos
- ★ El tercer grado nos lleva a alegrarnos de las humillaciones.

Al practicar la humildad estamos combatiendo tres fuerzas que existen en todas las personas: **la soberbia, el orgullo y el amor propio.**

Soberbia, orgullo, amor propio.... Sin duda podríamos distinguir entre estos tres términos - la soberbia es más grave que el orgullo; y el orgullo que el amor propio-; pero probablemente sea más práctico utilizarlos como sinónimos, ya que es un hecho que la soberbia, el orgullo y el amor propio los encontramos perfectamente compenetrados. Y no olvidemos que la soberbia es un pecado capital; es decir, que está en la raíz de muchos otros pecados.

Algunos síntomas por los que podemos descubrir esta enfermedad espiritual:

1. **Rechazo de las correcciones:** El orgulloso recibe cualquier corrección como si de un ataque personal se tratase. Su resorte es ponerse a la defensiva. No es consciente de que Dios pueda estarse sirviendo del prójimo para abrirle los ojos y desenmascarar sus defectos. Todo ello puede llevar al extremo de que el soberbio pretenda ser un autodidacta, prescindiendo de la riqueza tan grande que suponen los consejos, enseñanzas, testimonios, etc.

2. **Cabezonería:** Se traduce en incapacidad de ceder en las discusiones. En el fondo el orgulloso mantiene sus posiciones por "propias", antes que por "verdaderas". En el fragor de la discusión, no deja un ápice a ver las razones del prójimo. En realidad, lo está sintiendo como un contrincante. Incluso aunque el orgulloso llegase a ser consciente en su fuero interno de estar en el error, mantendría su postura primera por no pasar por la humillación de reconocerse equivocado. Precisamente el problema consiste en que siente como humillación el decir "me he equivocado".

3. **Decepción ante el fracaso:** Cuando el soberbio fracasa en una empresa, se derrumba interiormente. Su decepción es un signo muy claro de orgullo, porque deja al descubierto que había construido en sueños su personal castillo de naipes, en el que -por supuesto- ocupaba el lugar central; y la desesperación le invade al comprobar cómo saltan por los aires sus planes. En realidad, el problema está en que al soberbio no le interesa lo que Dios quiera de él o cuando menos está despreocupado de ello; ya que está demasiado ocupado en sus estrategias.

4. **Fe en el valor medicinal de la humillación:** Cuando uno es un orgulloso, es imposible llegar a ser humilde sin pasar por las humillaciones. El hecho de que las humillaciones nos hieren tanto, denota que todavía no somos humildes. Pero, sin embargo, es importantísimo tener fe en el valor medicinal de las humillaciones y en que son parte de la providencia de Dios, que nos permite purificarnos mediante esta penitencia. No olvidemos que las penitencias que no son buscadas, son las que más valor y fruto pueden llegar a tener. El orgulloso debería de hacer el siguiente acto de fe: "Me hiera, luego me puede sanar".

5. **Fe en perdonar y ofrecer perdón:** Le costará mucho al orgulloso llegar a pedir perdón con espontaneidad o brindar el perdón cuando alguien se lo pida. Aunque su voluntad esté decidida a luchar contra su pecado capital, difícilmente podrá controlar sus primeros impulsos, que se "revolverán" contra el camino de humildad. Ahora bien, aunque en los comienzos del camino de humildad, al soberbio se le "escape" su impulsividad orgullosa, dispone todavía de un arma preciosa cuando vuelve la calma: *la petición de perdón y el ofrecimiento del perdón. No pensemos que es tontería pedir perdón y ofrecer perdón cuando el mal ya está hecho.* A parte de que podemos evitar el escándalo en quienes nos rodean, también nos dispone a nosotros para tener más prontitud en el control de nuestros impulsos.

Cuando nos cueste mucho pedir perdón y ofrecer el perdón, descubramos ahí una ofrenda agradable a Dios, una piedra preciosa. Viendo la imagen de María Inmaculada pisando la

cabeza de la serpiente, pensemos en "pisotear nuestro orgullo" con la gracia de Dios y con la humildad de María como modelo.

En resumen, la soberbia, el orgullo y el amor propio..., en realidad se confunden con el mismo pecado original. La tentación de la serpiente -"seréis como dioses"- incidía en la tentación del hombre de olvidar su condición de "criatura", revelándose contra toda voluntad que no fuese la propia. Al respecto San Agustín dice: "Aquí hay dos amores, dos ciudades: Dos amores hicieron dos ciudades: el amor de sí mismo hasta el desprecio de Dios, hizo la ciudad del mundo; el amor de Dios, hasta el desprecio de sí mismo, hizo la Ciudad de Dios"¹⁸.

Explicando los grados de la humildad:

★ *El primer grado consiste en el bajo concepto de nosotros mismos: la persuasión de que no somos nada, de que nada podemos sin la gracia de Dios.*

Hablar poco o nada de nosotros mismos, no para bien ni para mal; nunca hablar nada de los demás; emplear con todos buenos modales, simpatía y urbanidad; he ahí la manera de ejercitar el primer grado. Hablar de uno mismo, hablar siempre en primera persona, es pura vanidad, que frecuentemente conduce al desprecio o a la compasión. Criticar de los demás, buscar siempre el lado frágil en sus personas y en sus obras, tratar de imponerse a ellos, revela falta de humildad y de caridad. Los modales corteses (hablar en voz baja, no interrumpir a quien está hablando, reverenciar a los superiores, saludar, dar gracias, ceder el paso, etc), son continuos ejercicios de humildad, de buen ejemplo que mantienen en las comunidades el buen espíritu de Cristo. Es importante la práctica de la humildad cuando somos aplaudidos y en ese aplauso damos gloria a Dios. Reconocer que nada tenemos, todo nuestro saber es obra de Dios. Por eso un hombre sabio y humilde es un tesoro.

★ *El segundo grado de humildad es aceptar sin queja las correcciones, las observaciones y las contradicciones, vengan de donde vinieren.*

Reaccionar con malos modales, mostrarse ceñudo, quejarse aunque sea entre amigos y bajo pretexto de defender la verdad son manifestaciones del espíritu soberbio, contrarios a la virtud y una dilapidación de méritos.

Las correcciones son un don de Dios y exigen gratitud hacia quien las hace, aunque sea de manera poco grata. Las contradicciones, aun las injustas y ofensivas, son golpes de cimal que esculpen la imagen de Cristo en nosotros. Se aprovecha más con una contradicción que con una comunión; las personas molestas cooperan maravillosamente a nuestra santificación. No hay mal alguno en sentir la reacción interna; es un fenómeno psíquico y muchas veces también físico que nos ofrece ocasión de adquirir méritos preciosos y de ejercitar la abnegación.

El segundo grado de la humildad exige el dominio de nosotros mismos; el silencio y la adaptación resignada a las mortificaciones todas de la vida religiosa. Callar, no poner mala cara, procurar echarlo todo a la buena parte; he ahí el ejercicio característico de las religiosas que practican el segundo grado de la humildad.

★ *El tercer grado nos lleva a alegrarnos de las humillaciones. Los Santos como San Pablo, gozaban y se alegraban en medio de las pruebas más dolorosas. Esto es el heroísmo de la humildad.*

Conservar la calma y la serenidad de espíritu incluso cuando nos y vemos ofendidos, maltratados, calumniados, quizás por una persona a la que hemos hecho beneficios; mantenernos siempre en el mismo humor, cuando las

¹⁸ San Agustín, Libro Ciudad de Dios, libro XIV, cap. XXVIII.

cosas van bien y cuando van mal; difundir en nuestro torno un poco de alegría, aunque tal vez nos interpreten mal: todo esto son modos de ejercitar el tercer grado de humildad. Las religiosas que siempre están alegres, siempre del mismo buen humor, son las verdaderas mártires de la humildad, porque bajo el velo de un rostro sonriente ocultan un corazón sangrante y un corazón dolorido. ¡Benditas almas! Son verdaderas santas¹⁹.

Las Hijas del Divino Salvador mirando a Dios hecho hombre en el Pesebre de Belén, cultivamos la virtud de la humildad como base profunda para el desarrollo de nuestra vida consagrada en este Instituto. La humildad para la Hija del Divino Salvador forma parte del carisma dejado por nuestro Padre Fundador, ya que él nos infundió tanto esta virtud como algo fundamental para la vida de la Congregación.

La palabra sabia y paternal de Monseñor Aparicio, inspirado por el Espíritu para infundir en nosotras el carisma que debíamos vivir, lo llevó a dar una catequesis profunda sobre esta bella virtud que nos dejó como herencia, meditemos sus palabras:

“Ahí está el establo de Belén, que dice mucho a todos los siglos. Ahí está la gran lección, ahí está la gran lectura que deja confundido al mundo entero, magnates, nobles, principales. El Dios hombre no escogió otro sitio más apropiado y así nos querrá decir aprended de mí que soy manso y humilde de corazón.

Contemplémoslo también, en esa humildad allá en Nazareth por espacio casi dieciocho años sin saberse nada de él, escondido. Y no porque no valía nada, sino porque al Padre así le pareció.

El pueblo que andaba en tinieblas vio una gran luz. Tú has prodigado la alegría por doquiera; se regocijan como en una buena cosecha. Así viene cantando el Antiguo Testamento la llegada del Mesías. En lugar de aquella escena victoriosa que ellos esperaban, nosotros contemplamos el pesebre de Belén, unos pastores y después saben bien, los extraños. No habla de que otros hallan llegado: los pastores, la gente humilde como ellos. E inmediatamente para dar a comprender su misión sobre la tierra, vienen del extranjero gente que puede viajar a postrarse, a adorarle y entregarle los símbolos de la realeza, de la dignidad, de la incorruptibilidad como fue el oro, el incienso y la mirra.

Cristo, en esta forma en lugar de venir a hacer la imagen viva de Dios, de su Padre, viene más bien a representar el papel del siervo, del sirviente, del criado, del que se entrega a los demás. Todo el misterio de la encarnación y de la redención. El misterio de un amor servidor que está ya contenido en el Evangelio de Navidad.

La revelación que Dios ha hecho de sí mismo está en... ¿no es para nosotros una invitación inaudita a amar y a servir? Con un recipiente en la mano, va a cumplir el oficio de esclavo, a lavarle los pies a sus discípulos “Si yo vuestro maestro les he lavado los pies, también ustedes deben lavarse los pies, los unos a los otros (cf. Jn 13, 14). No le basta el pesebre de Belén. , no le basta el establo, aun sin darse cuenta humanamente hablando, no le basta esa humillación de haberse hecho hombre, nos enseña con hechos a servir con humildad a nuestros hermanos”²⁰.

“Tengo que ser humilde, sin humildad no soy nada, sin humildad no hay vida religiosa, ese es el fundamento. La soberbia sin querer nos llevará como en un precipicio.

Meditemos nuestras Constituciones, de ahí puede salir una santa para los altares, porque la base es la humildad. Dios resiste al soberbio, nadie ha nacido humilde. Con espíritu de humildad, sigo lo que los superiores dicen que siga; expongo yo mis problemas pero ya de ante mano voy segura de que lo que ahí me digan eso es lo que Dios quiere, porque en los superiores está Dios, pero si yo voy buscando la manera que

¹⁹ Folleto sobre esta temática

²⁰ Plática del 25 de diciembre de 1983

*salga como yo quiero es demás, esa no es voluntad de Dios. Dios quiere sencillez y la sencillez iluminará al superior*²¹.

“Sed sencillas y humildes de corazón. Sólo así no tendrán ningún problema y si son instrumentos dóciles en las manos del Señor. Aquella que quiere actuar por su cabeza; aquella que quiere darle interpretaciones a la Palabra de Dios, a la voluntad de Dios, es la que encontrará dificultades en su vida. Es la humildad, la fe, la obediencia, la caridad: la mezcla que nos tiene que tener unidos; la argamasa que pegará todas las baldosas de este pavimento sobre los cuales se sienta o sienta su realeza Dios nuestro Señor.

*Sin humildad no somos nada más que tropiezos en el camino. Nadie se crea superior a las demás. Procure en el espíritu, en la realidad de su vida, en su modo de actuar, en sus prendas de vestir, en todo conformarse a lo que tiene que ser una religiosa*²².

*“La pobreza tiene una hermana melliza sin la cual no se puede cumplir y es la humildad. La que sea humilde, será pobre. La que sea soberbia, será rica. Por que solo será deseos de cosas grandes, de tener todo, que no le falte nada, y de todo lo demás. Para ser pobres es necesario ser humildes; pero la humildad es reconocerse lo que uno es. No es mentir, no es fingir. Y esto quiero que se lo hablen claro a las aspirantes: que la humildad no es fingir; sino la humildad es un sinónimo de sinceridad. Lo que yo soy. Y sabiendo que lo que tengo no me lo puedo atribuir a mí mismo, es don gratuito de Dios. Una que tenga una cualidad, y todas se la reconoce y se lo dicen, pero que comience a decir que no tengo nada. Eso ya no es humildad. Eso ya es fingir. Se dice claramente: “Dios me ha dado un poco de eso y voy a ponerlo al servicio de los demás”. De modo que la humildad, no la vayan a tomar nunca por fingimiento; ni por aparentar lo que no es. Es reconocer lo que uno es. Y si reconocemos lo que somos, necesariamente tendremos que llegar a que somos un costal de imperfecciones, ambiciones, deseos de cosas superfluas*²³.

*“Todas deben comprender que debemos de revestirnos de una dosis fuerte de humildad; sin ella no se reconoce nada. Cuando los analistas van a hacer un estudio, especialmente en microscopios, colocan la materia que van a analizar en un vidrio especial para que el microscopio pueda enfocar de qué se trata. Así nosotros tenemos que poner todos nuestros acontecimientos en un vidrio de humildad. Sabedoras todas que sin la humildad no somos capaces de nada. Nuestra vida religiosa sería como una farsa. Nosotros nos consideramos nada ante la presencia de Dios. “Siervos inútiles somos, sólo hicimos lo que debíamos hacer” (Lc 17,10). Lo que me tocaba hacer por obligación es lo que he hecho, otra cosa no*²⁴.

✓ Como para confirmar con broche de oro el espíritu que las Hijas del Divino Salvador debíamos vivir, nuestro Padre Fundador, a pocos días de su muerte, el 26 de agosto de 1992, casi a señas nos dejó un testamento espiritual donde nos mandó a ser humildes y a vivir unidas, con las siguiente expresión: **“SEAN HUMILDES Y VIVAN UNIDAS”**²⁵ Recuerdo que conservamos para mantener nuestro espíritu de Hijas del Divino Salvador.

La base de toda esta espiritualidad está en el pesebre de Belén, por eso se sugiere leer y profundizar la homilía del 24 de diciembre de 1984, que se encuentra en el apéndice de las Constituciones, Págs. 267- 271

Ante toda esta doctrina de la humildad, sería un contrasentido ser Hijas del Divino Salvador, haber nacido del Pesebre de Belén, tener a Jesús Niño como nuestro Maestro de humildad y no trabajar cada día por ser más humildes. La ambición, la vanidad, la envidia, la soberbia, el rencor, el resentimiento son vicios que debemos ir desterrando de nosotras para ir adquiriendo un corazón humilde. El estado de virginidad, el estado de pobreza y obediencia si no van acompañados de verdadera humildad, resultan odiosos, insoportables para uno mismo y para los demás.

²¹ Homilía del 5 de agosto de 1982

²² Meditación del 6 enero de 1983

²³ Meditación del 5 de enero de 1982

²⁴ Meditación del 5 de enero de 1982

²⁵ Const. Págs. 290-291.

Recojámonos ante el Pesebre de Belén; examinémonos acerca de la práctica de la humildad; encontraremos defectos, lagunas y pecados. Hagamos algún propósito práctico de silencio, de mansedumbre, y de buen humor a nivel personal y comunitario. Será un hermoso fruto de la práctica de esta virtud que es la base de nuestra santificación.

Monseñor Aparicio en muchos momentos nos dio ejemplo de humildad. En varias ocasiones pidió perdón en público, así mismo ya cuando estaba muy enfermo llamó a la Hna. Rosa Candelaria Cáceres, Superiora General, para pedir perdón a la Comunidad a través de ella.

Profundizando la Palabra de Dios en relación a Jesús Infante:

La Anunciación y Encarnación Lc 1, 26 –38. Mt 1, 18 – 25

La Visitación Lc 1, 39 – 45

El Magnifica Lc 1, 46- 56

Nacimiento de Jesús Lc 2, 1 –20

Presentación y Circuncisión de Jesús Lc 2, 21 – 40

Adoración de los Magos Mt 2, 1 – 12

* Huida a Egipto Mt 2, 13 – 18

* Vuelta a Nazareth Mt 2, 19 – 23

* Jesús entre los Doctores Lc 2, 41 – 52

2. La Sencillez

La sencillez es la floración de una personalidad integrada. Es unidad íntima, vital, descomplicación interior.

La sencillez conduce a la alegría de servir y al inmenso deseo de ser útil en la sociedad.

La sencillez en las relaciones interpersonales hace abrir el corazón para acoger con amor y escuchar con atención²⁶.

Algunas características de una persona sencilla:

- Valora al ser humano y le habla con voz amable; trata bien a todos sin empequeñecer a nadie. En su corazón no existe el odio, ni el rencor.
- Le gusta trabajar sin criticar a las personas ni instituciones; busca de no hacer conflictos y de solucionarlos cuando estos se dan porque ama la paz y es instrumento de paz.²⁷
- En la donación encuentra su plena realización.
- Jamás verá cortadas las alas de sus esperanzas porque se apoya siempre en Dios.
- Vive la alegría de los hijos de Dios, lo que le hace enfrentar la vida sin complicaciones, sin angustias y temores.²⁸

La Sencillez implica toda la vida de la Hija del Divino Salvador en su porte, en su vida fraterna, en su Misión y en su vivencia de los Consejos Evangélicos.

La contemplación de Cristo Niño en el Pesebre de Belén, lleva a la Hija del Divino Salvador a trabajarse para quitar de sí, todas aquellas actitudes que complican su vida y a comprometerse para adquirir en alto grado la virtud de la sencillez, ya que no es una simple virtud sino el espíritu del Instituto, como lo ha propuesto nuestro Padre Fundador. Meditemos sus palabras:

“Carisma de sencillez carisma de humildad, carisma de caridad, carisma de pobreza, carisma de obediencia. Nosotros tal vez no penetramos en muchos de esos detalles; por ejemplo, todo un Dios o un Hijo de Dios, lleno de gloria y majestad sufriera la humillación de encarnarse en el vientre de una mujer la más santa que pudo crear Dios, pero era de carne y hueso, había nacido también de hombres y aquella grandeza omnipotente del cielo, va a estar en estos días en palabras secuestrado sin ninguna acción por nueve meses. No sé si alguna de ustedes estaría dispuesta a ir a un ranchito bajito pero donde no hay nadie a compartir con aquellos campesinos, con aquellos chiquillos campesinos, a comer del mismo plato y con los dedos de uno y de otros, los frijoles solamente sancochados y que le digan: por nueve meses vas a estar ahí, no vas a protestar, vas a compartir con ellos, vas a usar su misma ropa que usan ellos; eso sería nada a la que Dios sometió a su Hijo.

Después por dieciocho años no hablarás ni una palabra que te vaya a ser saber de dónde vienes, tienes que guardar absoluto silencio; hacer el bien a todas las personas que se te presenten pero no se te debe de escapar ningún acto; dieciocho años vas a estar así. ¿Han reflexionado alguna vez cuando la vanidad, cuando el deseo de aparecer, cuando el querer hacerse ver a los demás cuando se han sentido humilladas y no es tal humillación es tu soberbia ver que estás humillada?, hemos reflexionado en eso mis buenas hermanas? ¿Hemos profundizado? ¿Qué les hace ver?

Bonito el nacimiento vamos a pasar hasta media noche alegre y todo lo demás. ¿Seremos capaces de llamarnos Hijas del Divino Salvador, hijas de El y no compartir con El y no vivir con El esas humillaciones? Gozamos con

²⁶ Del Libro “Cómo obtener éxito en las relaciones humanas”, de Germano de Novais

²⁷ Cf. Oración por el Instituto

²⁸ Cf. Lc 10, 21 – 22.

que nos alaben nos ensalcen cualquier cosa que nos lleve más alto que las demás? cómo se nota que estamos, dominados por la vanagloria que no vivimos, que no respiramos, que no gozamos del Espíritu de Dios. Vallamos reflexionándolas mis buenas hermanas antes que nos sorprenda el ladrón, antes que anuncien la llegada del Esposo, antes que llegue el amo, tenemos que estar preparadas en debido sentido y no ser sorprendido, en aquel momento cuando veamos y creímos que todo lo habíamos hecho perfectamente bien. Y cuando veamos enfrente cúmulos de debilidades, de pretensiones, de avaricia, esa pobreza que creímos haber cumplido, esa obediencia que es la única que nos hace cantar victoria, es la única que hace cantar tributo; claramente lo dice la escritura, el varón obediente cantara victoria. ¿Hemos entendido el carisma que el Hijo de Dios quiso darnos como parte de esta población de nuestra herencia? ¿Vamos a buscar por otro lado nuestro carisma?

*Es alrededor del pesebre, alrededor del nacimiento del Hijo Dios. ¿Hemos comprendido, hemos entendido nuestro carisma?, ¿Lo andamos buscando por otro lado, andamos como ciegos buscando de otro lado cuando es aquí donde está nuestro carisma? ¿Andamos adivinando todavía? ¿Dirá alguna es que no sabemos cuál es el carisma? ¿es que no sabemos cuál es la finalidad? **Llevar ese Pesebre en nuestra alma, vivir la pobreza de ese pesebre, observar la obediencia de ese camino, practicar la santidad dentro de nuestro cuerpo, en la persona de aquel Niño que ha nacido, de aquella Virgen Inmaculada**” ¿no hemos entendido nuestro carisma, no lo hemos comprendido? El lo quiso así y casi lo que podía ver en el siglo XX, quiso que fuera también el nacimiento de esta Institución.*

Cada vez que se acerque esta festividad, para nosotros deben ser días, momentos de profunda reflexión; alegres, tranquilas porque cumplimos la voluntad de Dios. Pero ante ese Pesebre, ante ese Belén tenemos que venir a postrarnos cada año, para hacer un reencuentro de esos doce meses, que han partido; para ver si nos hemos apartado o alejado, si hemos olvidado, si hemos pretendido cambiar ese carisma que El nos quiso dar en aquella noche. Este es mi soplo de vida, este es mi Espíritu Santo: alrededor de esta sencillez, alrededor de esta tranquilidad, de esta mansedumbre, de esta docilidad, quiero que se rieguen y lleven a las partes donde van el perfume, el ambiente, la paz, la tranquilidad, la concordia: el Pesebre de Belén.

Tenemos que transmitir y más tarde yo me pregunto sería una simple ilusión, una postura el que se adoptara a Jesús como Patrono en su Adolescencia, El nos quiere adolescentes; Él nos quiere niños para atenderlo entre los niños y adolescentes. Sepamos conjugar, sepamos buscarlo en esos principios que no han sido nuestros ciertamente. Es El, el que nos apoyó y debemos estar convencidas que el Instituto irá adelante, marchará siempre adelante, si no olvidamos este carisma, la misión para la cual El desde Belén, desde el Pesebre, nos ha enviado a los lugares que les tiene reservado no nos vayamos haciéndonos ilusiones de nuestros triunfo es El, el que va adelante; es El, el que prepara; es El, el que ha hecho todo a nosotros solamente nos toca ser instrumento dóciles en sus manos, saber sobreponer, saber humillar, saber desaparecer nuestras propias inclinaciones, nuestros modos de pensar y nuestras ambiciones.

Es necesario que Él triunfe, Oportet Illum Regnare, es necesario que a El le preparemos el camino, le preparemos nuestro corazón. Nuestra misión es parecida a la de San Juan Bautista, El nos quiere allanando caminos, El nos quiere que seamos voz en el desierto, que le preparemos a la juventud, que los eduquemos para Él. Nuestro carisma está en el Pesebre de Belén. Analicen todos los puntos del Instituto”²⁹.

“Sed sencillas y humildes de corazón. La que con sencillez, abraza la cruz que Dios le da, que no es más pesada que las fuerzas que tiene y la ayuda que él le da, encontrará paz y tranquilidad; por su sencillez y humildad. Instrumentos inútiles somos, lo que Dios ha querido que hagamos, eso es lo que estamos haciendo; pero nada más. No soy yo; es él, el que actúa. Yo soy nada más el instrumento, él es el que lo suena. No importa qué instrumento sea con tal de que dé sus notas en el momento preciso en que tiene que darlas. Que en esta melodía y en esta armonía de este concierto, cada uno sea un instrumento bien preparado, bien afinado, para que Jesús toque y su toque será oído por todas partes. Pero la que crea que es ella la que tiene que tocar el instrumento, está equivocada y le saldrá totalmente mal todo.

²⁹ Homilía del 21 de diciembre de 1987

Sencillos y humildes. No buscar extravagancias en el calzado, que ya en último capítulo pusieron algo en las reflexiones bastante fuertes sobre esto. Su modo de llevar el cabello, las cejas, las uñas cortas, todo debe reflejar una religiosa compenetrada de lo que es el servicio de Dios y de que hay otras religiosas que observan y que ven. Nada de vanidad, mucha decencia y mucho decoro; mucho respeto y mucha alegría, pero dentro de las normas del Evangelio y del llamado de Cristo. “Ustedes no me escogieron a mí. Soy yo quien los escogí a ustedes y los he puesto para que produzcan fruto, y ese fruto permanezca, pero con este espíritu” (cf. Jn 15, 16).

Esa sencillez de la vida espiritual, de la vida religiosa. Aquí no han venido a aprender a ser maliciosas; han venido a ser sencillas.

La pobreza de la fe, la sencillez, castidad y obediencia no pretendamos otra cosa, no anhelemos ni ambicionamos otras cosas, queremos vivir el espíritu de serenidad y tranquilidad de la noche de Belén.

Que cada día Dios nos encuentre tranquilas y pacientes, resolviendo el problema de cada día, sin adelantarnos y sin estar haciendo recuerdos o lamentaciones”³⁰. (Leer el artículo 12 de Constituciones)

*“Nosotros hemos tomado una vida sencilla, pero esa vida sencilla tenemos también que entenderla, que comprenderla. La sencillez no quita en nada **el respeto a la persona, y el respeto a la autoridad**. Tenemos que tener criterios para distinguir esas cosas. Respeto a la persona y respeto a la autoridad. La sencillez de las Constituciones de ustedes las caracteriza y no tienen que alterarlas. Si no apártate de mi Satanás”³¹.*

La vida de Monseñor Aparicio era una vida de mucha sencillez. No andaba buscando honores, decía la verdad dispuesto a lo que le podía suceder, su único objetivo era presentar el Reino de Cristo con claridad.

³⁰ Meditación del 6 de enero de 1983

³¹ Homilía del 5 de agosto de 1982

3. La pobreza

“Al nacer en Belén, Cristo nos reveló que Dios es pobre, porque se ha entregado totalmente al hombre. El «signo» que el ángel dio a los pastores para que reconocieran al auténtico Salvador fue el de la pobreza: «encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre» (Lucas, 2, 12).

«En Belén, Dios entró en la historia con los pasos de un pobre, de un humilde, de un manso. ¿Por qué escogió Dios la pobreza? ¿Por qué Jesús se presentó pobre? ¿Por qué la pobreza forma parte de la manifestación de Dios?. Dado que la primera carta de Juan, en el capítulo 4, 8-16, afirma: «Dios es amor», entonces, significa que «es don», «pues sólo donde hay amor hay don». Por tanto: «Dios es don infinito de sí».

«Pero quien da no da porque posee. El misterio de Dios es un misterio de donación. En Dios, sólo se conjuga el verbo "donar": el Padre se dona al Hijo y el Hijo es el don del Padre, y se devuelve al Padre en el abrazo del Espíritu Santo que es la "Persona-don"».

«Este es el misterio de Dios. Dios sólo conoce una acción, la acción de donar». «Y dado que quien da no posee, quien no posee es pobre. Dios, que es el amor infinito, el don infinito, es también: el infinitamente pobre».

En Belén inicia precisamente la gran revelación de Dios-amor. Dios que se dona a la humanidad³².

Desde Belén, la pobreza tiene el sentido de donación para la Hija del Divino Salvador. Darse a los niños y jóvenes como Cristo se entregó. Su riqueza es Cristo: “Mi corazón está inquieto hasta que no te posea totalmente a Ti”³³.

Como todas las virtudes, la pobreza debe comenzar en el interior del corazón.

La virtud de la pobreza para la Hija del Divino Salvador, parte de Cristo en el Pesebre de Belén. Por lo tanto, las Hijas del Divino Salvador amamos la pobreza como parte de nuestra vida, porque nos identifica donde quiera que vamos. Este es el gran deseo que tuvo nuestro Padre Fundador, que vivamos la pobreza, que demos ese testimonio de pobreza:

“La pobreza es abandonarse en Dios, en ese Niño que todo lo tiene porque es Dios, pero que nació ahí sin nada y murió sin nada. Sólo Dios es nuestra riqueza, pero cuando vamos a entender. Si nosotros queremos alcanzar la santidad tenemos que entrar en las fraguas de las pruebas, de la obediencia, de la humildad y de la caridad; de lo contrario seguiremos siendo barras de hierro candente. Y el hombre que Dios ama, tiene que entrar en el horno de la pobreza.

Quizás nosotros no le hayamos dado a la pobreza, el alto significado que tiene. Quizás nosotros no hemos descubierto en la pobreza la grandeza de la riqueza que encierra. Parece una paradoja pero solamente entrando en ella, apreciándola, amándola y abrazándose a ella, se comprende la grandeza de la pobreza.

Confíate a él, y él, a su vez te cuidará, endereza tus caminos y espera en él (Si 2, 6) ¡Qué pueden hacer los hombres, por más que le estemos contando nuestros problemas, si Dios no mueve un dedo para venir en nuestra ayuda! ¿Qué son todos los hombres del mundo en comparación de lo que es Dios para nosotros?”.

Pero qué difícil es que nos contentemos con la pobreza; qué difícil es que entendamos lo que es la pobreza. Es ese desprendimiento interior.

Una vez salieron unas blusas que no eran de fábrica “made in Santo Domingo”. Y ya todas querían de esas blusas. “Y si tengo que salir, tengo que salir con esa blusa, porque la otra lleva, y yo no llevo”. “Yo no, porque

³² Juan Pablo II

³³ San Agustín

yo quiero ser más religiosa, yo quiero tener más espíritu de pobreza”. Y que salieron medias azules, y se ven bonitas. Pues todas a comprar medias azules. Así también toda la ropa, quieren lo último. Novedades. Apenas se ve una cosa, como que es un incendio. Ahí está el Niño Dios, lo han puesto bonito, y con colgantes, pero en Belén no estaba así. A veces me imagino que es hasta un insulto que le hacemos porque en Belén no estaba Él así, tenía zacate, una mula y un buey. Cuando murió, ahí sí lo han puesto como es. Por eso yo en el Pesebre pondría un poquito de zacate, lo pusiera acostadito”³⁴.

“Somos pobres voluntariamente. Le hemos pedido a Dios ser pobres. Y no está en la cuestión del dinero, está en el espíritu, en el sentirse feliz de ser pobres, en el sentirse dichosa de que le falte algo; ésta es la pobreza. Es interior. Por eso dicen las bienaventuranzas: *“bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el Reino de los Cielos”* (cf. Mt 5, 3). Y pobre de espíritu es aquel que ama la pobreza. Pobres de espíritu. Cada mes deberían registrar ahí y lo que no está bien, entregarlo. No lo uso, podría usarlo otra. En las cosas de uso personal, ya saben: que lo que es cuestión de perfumes, nada. No es de religiosas. Y creo que a nadie le da mal olor la nariz y si se lo diera y se pusiera perfume sería peor, porque se confunden los dos extremos. El perfume no es de religiosa. El desodorante, sí, úsenlo y según como lo necesite.

La virtud es la antesala del voto, la cortina que cubre al voto. La que pase los límites de la virtud, ya está para rodarse en el voto que es la promesa hecha a Dios. A la virtud de la pobreza se falta aunque no se tenga dinero, aunque no se tengan cosas de lujo, se puede estar faltando a la pobreza, si se está deseando esas cosas y si se está intranquila porque no se tienen. Puede faltar a la virtud de la pobreza, nosotros estamos llamados a practicar la virtud”.

Hay cosas en las que las superiores deberían estar insistiendo:

- Saben pues, dinero nadie tiene que tener, nadie, nadie. Que las “Hijas de María”, que el primer año, que el segundo, que el tercer ciclo, nada; todo tiene que estar en el economato. Cuentas ahí claras de cada una, de lo que tienen ahí depositado; pero nadie debe manejar dinero. Y ténganse por dichosas, si no les encargan manejar dinero. La ecónoma lo tiene que hacer por obediencia y que lo tome por obediencia y que maneje por obediencia; y que maneje en virtud de la pobreza; y que no sea ella el cause por el cual se falte a la pobreza. Sale una hermana, hay que darle el dinero del pasaje, y algo más por alguna cosa que pueda pasar. Dé con amabilidad lo que la Hermana necesita y la Hermana tiene que gastar lo que tiene que gastar y traer apuntado en algún papelito lo que ha gastado y en qué lo ha gastado. Y eso va prensado para las cuentas de cada mes, y para enviarlo al encargado.
- Y en particular quiero recordarles a todas las casas, la obligación que tienen de mandar a la Casa Generalicia, para las que están en formación, todo el dinero necesario. Que quede ahí sólo lo estrictamente necesario. De ahí todo tienen que mandarlo. Todas están pidiendo una hermana más; “paguen”. Ustedes están como el pueblo: “párroco, párroco”. Y ¿con cuánto me ayuda el pueblo para las vocaciones? Y hasta he sabido que en alguna casa, alguna se molestaba porque se mandaba dinero para acá. Y entonces ¿dónde vamos a parar? Que “hay que hacer esto para que se vea más bonito”. “No, mandémoslo a la casa de formación”; que hay que pintar aquí unos cuadros”. No, mandémoslo para la casa de formación. Y algunas personas les van a regalar los cuadros y otras les pintarán el edificio; porque mandaron lo que estaba para la casa de formación. Esa es una primera obligación. La casa que sea más generosa con la casa de formación, el Señor le va a ayudar; pero las que sean renegonas van a vivir que nada les va a ajustar. Cubiertos los gastos de la casa, lo demás para las casas de formación. Ahora aquí todas las que están estudiando hay que darles todo lo necesario. Las aspirantes vienen y saben ustedes que son pobres y hay que ayudarles como se les ha ayudado casi a todas, no se les olvide. Y eso sí, lo que gastemos en las aspirantes, en la casa de formación es dinero puesto al banco. La casa que sea más generosa, tiene más haberes en el banco de arriba. Y como les digo no faltarán personas generosas que van a proveer lo que ustedes generosamente dieron para la casa de formación. Pero si le están escondiendo, no quieren decir cuánto tienen aquí. En eso no se puede andar con ocultaciones a la Superiora General y a la ecónoma, no; está bien tener en el banco y se debe de tener, pero no se debe dejar pasar la casa de formación sin lo necesario. Da gusto ver a muchos sacerdotes que llegan

³⁴ Homilía del 31 de enero de 1982

allá al seminario con su camioncito lleno de maíz, de frijol. Y otros nada. No sé, podríamos entrar en mil y mil detalles; pero el punto está en eso “*bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el Reino de los Cielos*” (cf. Mt 5, 3”).

- Sé que algunas lo hacen, pero otras no sé si lo hacen. De que ya cuando la falda está desgastada de un lado, se le da vuelta al otro lado; y ya no se va a ver como se veía antes; y hasta donde sea posible, pero vean que no se desperdicie. Creo que me entienden todas lo que quiero decir, el espíritu de pobreza; el amor a la pobreza. El no gastar innecesariamente aún para la casa; aún para la comunidad.
- Estaba viendo ahí que tengo un montón de papeletas de exámenes. Al terminar van a ir unas a revisármelas, y todas las que tengan un lado limpio, me las van a apartar. Y después me la van a cortar en papelitos chiquitos para llevárselos a la Superiora General, a la ecónoma, a la directora. Para cuando tenga que mandar alguna razón, lo haga en el revés del papelito; los sobres usados se guardan y cuando se tiene que mandar un dinero, se manda en los sobres usados. Monseñor Cubías, todos esos sobres que vienen en telegramas, los guarda y cuando quiere mandar algo, ahí lo manda. Hay que buscar el espíritu de pobreza. SOY RELIOSA.
- La comida creo que ya lo dicen las Constituciones. Una comida abundante, sana, natural, sencilla. Hay una fiesta, también no se abuse dar el montón. Las mismas tres cosas un poco mejor preparadas. Un principio, un dulce, una cosa así. Cada una tiene ese compromiso con Dios, ese gozarse de ser pobre. Démosle gracias a Dios que tenemos algo que comer. Yo le he dicho a la que me sirve: “medio vasito”. Una naranja está costando: veinticinco centavos. Ha veces que no nos damos cuenta de todo lo que nos comemos. No digo que no se dé; pero si se compra un vaso de esos grandes afuera, les cuesta un dólar. Todo bien medido, y nosotros conformándonos al espíritu de pobreza del Instituto.
- Cuando vayan donde el médico, apunte la medicina y para qué le dieron esa medicina. A nadie se le niega la medicina, ni a nadie debe negársele; pero no la desperdicien. No las abandonen. Si ya no las necesitan, pásenla a la enfermería. Digan para esto me lo recetaron. Yo voy donde el médico cuando ya no le hallo remedio a la cosa. Pasé más de un año con la garganta... Yo sabía “si voy me va decir que no hable”. Cómo iba a estar sin hablar? Cuando me vi doblado fui y le dije: “Mire yo no había venido porque usted me iba a decir que no hablara”. Me vio la garganta, “sí, - me dijo- aquí está la cosa; no le voy a decir que no hable, pero que hable menos”. Yo ya más o menos sé mis medicinas. Procuro tenerlas, y hacer lo que el médico me va a decir también. ¿Por qué? Porque he procurado estudiarme yo mismo y ver de donde vienen las cosas y así más o menos voy. Y así, cada una tiene que estudiarse, y apuntar para qué le dieron la medicina, en qué cantidad y en qué calidad.
- Hay un peligro que se está metiendo, que son las cámaras fotográficas. Que cada una parece que quiere tener. Y es la casa la que debe tener un cámara. Que “esto es mío”. No; nada de mío. Se está metiendo mucho.
- La colección de estampillas. Es la casa la que debe llevar la colección de estampías y que la lleve. Puede valer millones de dólares si está bien hecha y bien puesta. Tanta carta que se recibe aquí, y no hay ninguna encargada para el álbum. Creo que fue en Roma, que unas monjitas, compraron el terreno, hicieron su casa grande, con solo dos álbumes de estampillas que vendieron. Para ser pobres es necesario ser humildes”³⁵.
- “Todo lo que un religioso gane con su propio trabajo o por razón del Instituto, lo adquiere para el Instituto; nadie va a decir: "esto es mío, yo lo hice, yo lo reparé, yo sembré esto". Nada. Todo lo que el religioso hace, o decide en esa forma es para el Instituto. Lo que percibe de cualquier modo en concepto de pensión, subvención o seguro, lo adquiere para el Instituto. Así es que esas jubilaciones o pensiones que da el Ministerio de Educación no son para los parientes; el beneficiario es el Instituto. Si alguna ha puesto a sus parientes que revoque porque no puede así. Las Constituciones lo dicen claro. Ya saben que el Instituto sin

³⁵ Plática del 27 de diciembre de 1982

andar con muchas bullas, cuando ve que hay alguna necesidad en las casas, provee en la forma que le es lícito, que puede hacer. Y eso no ande ahí con "que a mí me da pena".

- Deben llevar el hábito del Instituto de acuerdo con la norma del derecho propio. **Como signo de su consagración y como testimonio de pobreza.** Ustedes tienen dos puntos sobre el hábito y es el saco, que dice para salir, pero las de Raxruhá dicen que hace mucho calor allá, las de Maracaibo en realidad es demasiado caliente y el velo, a lo menos para las prácticas de piedad.
- Un religioso no debe aceptar sin licencia de su superior legítimo, cargos u oficios fuera de su propio Instituto. La prohibición se extiende a cualquier cargo y oficio incluso de carácter eclesiástico, o religioso.
- Por el voto de pobreza y por la virtud, personalmente no podemos administrar nada como propio. No podemos aparecer fiadores de nadie: en alguna reunión que van de directores y todo lo demás, no pueden aceptar el cargo de tesorero. De nada de que se establezca para rendir cuentas; si no es dentro del Instituto.
- Todas las cosas de importancia, porque después se van metiendo cositas; lo ideal sería por ejemplo: que cada casa tuviera lo estrictamente necesario para todas: las casas tienen sus cámaras fotográficas, tienen sus máquinas de escribir, sus radios y todo lo demás. Y en cada casa que vaya, estará a la disposición. Pero es feo ver que cada religiosa, anda con su cámara fotográfica, anda tomando aquí, anda tomando allá. Que cada religiosa tenga su radio. Son de la casa. Y por eso les dije, cuando tengan que obsequiar en el día de la gratitud, obsequien no cosas personales, sino cosas aun cuando ven: "no tiene hábito, regalémosle el hábito". No. Regálenles las cosas para la casa; cuando venga el tiempo de hacer el hábito se hace. Porque eso conlleva el espíritu de no personificar, sino de ver a todo el Instituto y ver a toda la comunidad.

Que una máquina de escribir para la directora, para... sí, está bien, es para la dirección. Y si la Hermana se va, ahí queda la máquina para la otra directora.

- **Su propia ropa:** no andar buscando lujos ni nada de lo demás, ropa sencilla, de religiosa. "Ah que voy a ir al hospital que cómpreme cosas". Somos religiosos. Ya les dije si es posible cuando me muera, una tabla y una sábana; para qué caja. No hace falta caja en aquellos hoyos. De modo que hay cosas en que uno debe verlas y decir: "¿bueno y esto?", no es para mí.
- **Los anteojos:** "Que voy a ir donde el doctor porque... pero es que veo unos aros más bonitos". O anteojos que con el sol se ponen negros y sin el sol se ponen blancos. Si el doctor receta, no hemos hablado. Pero a mí me recetó estos y no veo; no sé si es que ya tengo que andar buscando la distancia para ver.
- **Dinero:** Ya saben que de ninguna manera. Les dan para un mandado o lo que sea, le van a dar lo necesario, y hasta algo más por cualquier cosa; "ah pero como me sobró, voy a comprar esto, como me lo dieron tengo que gastarlo". ¡No señor! Vas obligada a cumplir la virtud de la pobreza. Y solamente que ya no diera más por el hambre, voy a comprar una cosita. Pero no... irse a los restaurantes mejores y todo lo demás; una cosa decente.

El amor a la pobreza, debemos llevarlo interiormente y no hay una que no sea responsable en el voto y virtud de la pobreza en la casa. Ha veces que pido un pedacito de papel y un lápiz y allá viene la hoja de papel; - "No, niña, sácame un sobre de papel manchado" -. En la vida que estoy leyendo de Don Amadeo, dice que recibió unas cartas de Don Rúa y una se la había contestado en la misma que él le había mandado, abajo sin margen. ¡Qué ejemplos! Sin embargo necesito un fólter de dos colones, de cinco colones para esto, con broche aquí y no sé qué más.

Pero cada una debe vivir la virtud de la pobreza. No se fije en la otra. No se fije en la falda que lleve la otra. La blusa que lleve la otra. "Ah las que vinieron de tal parte trae una blusa así". "traen un velo...". No se fijen, soy yo; yo soy la que debo amar la pobreza; la que debo vivir la pobreza.

Bonito está que a la hora de la muerte hasta esté el diablo ahí enseñando las blusas, y la ropa interior toda bordada, de alambre y todo lo demás.

Fíjense que si amáramos el voto y la virtud de la pobreza, aunque nos regalaran esas cosas, no las usaríamos. Ahí tenemos el ejemplo en los superiores, Don Rúa se ve que no usó ropa nueva siendo Superior General de la Congregación. Y cuando veía que los hermanos le habían puesto una pieza de ropa nueva, con mucho disimulo la tomaba, y le decía al hermano: "mira coloca esto, en la ropería de las misiones. Y tú vete a ver si todavía queda ropa de aquel hermano que murió y me la pones aquí. ¡Qué premio tendrá en el cielo!

Sí, he oído algunas que han dicho: "la falda que estoy usando es de alguna que se fue". O "ya le di dos veces vuelta a la falda, le di para atrás y le di para adelante". Procuren pues, estoy con un poquito de escrúpulo porque me han regalado tanta ropa interior, que no sé que hacer. Los pañuelos se los puedo dar a ustedes pero la ropa interior no, ya veré qué hago con ella.

La pobreza debemos llevarla, amarla, hacerla vida. Que en el comedor hubo buena comida, comamos; que en el comedor no hubo buena comida, no hagamos mala cara: comamos lo que podamos, lo que no, pues, lo dejamos tranquilamente. Agradecemos a Dios por lo que nos da.

Así es que si las que ya se confesaron, si hay algo que esté ahí, que vuelvan: "Padre se me quedó algo, he faltado a la pobreza, tengo esto que no es permitido, y es que yo he visto que las bancas se están quebrando, las sillas se están quebrando, la gotera se está cayendo, y no me he preocupado como si no fuera mío aquello".

Amen la pobreza. Todo es de ustedes. Fíjense lo que hay gastar por un descuido. La pobreza³⁶.

"Pobreza. Amor a la pobreza. Belén, el Calvario; Allí está Dios, la segunda persona de la Santísima Trinidad. Belén, el Calvario; un establo, una cruz. Y desde aquel momento la cruz se volvió en todas partes el signo de nuestra redención. Pobreza mis buenas hermanas. Pero amor a la pobreza. Sentirse feliz de poder decir soy pobre. Que no les humille nunca el decir en alguna parte que son pobres. Que no les dé vergüenza el decir que son pobres. Llénlo en el alma³⁷.

Y como para dejar bien cimentada esta virtud en nosotras, la última plática que nos dirigió en público, tres meses antes de morir, fue sobre la pobreza. Ya muy cansado, prácticamente perdido de su mente, haciendo un gran esfuerzo nos dirigió el siguiente mensaje, que debemos procurar hacer vida:

"Les voy a hacer un examen de conciencia". Y con gran esfuerzo empezó a formularlo, todo sobre la Pobreza y entre pregunta y pregunta dejaba un espacio para reflexionar.

"La pobreza Hermanas hay que vivirla.

¿He manejado dinero este mes?

¿Tengo mis propios ahorros y comprado con ellos lo que he querido?

¿He echado a perder las cosas de la casa, no preocupándome de ellas?

¿He llevado dinero o hago el papel de tramposa? Y las que andan llevando dinero en la bolsa y ya lo tienen destinado para sus cosas.

¿Soy obediente?

Las que por algún motivo reciban alguna cantidad, entréguenla inmediatamente a la encargada, lo grande es no desmayar. Cada día tengo que aprender a ser virtuosa.

¿He pedido cosas a mi casa o a otra persona, sin necesidad, porque la comunidad me da todo?

¿Habrá alguna que le da pena decir que ha hecho el voto de pobreza? Todo depende de cómo entienda su consagración y cómo ama el voto y virtud de la pobreza.

Les dejo este momento para reflexionar sobre sus acciones y todo lo demás e ir descubriendo, cuál es el amor a la pobreza y a la obediencia. Más que el voto, en esta virtud cada una es responsable.

³⁶ Plática del 29 de diciembre de 1983

³⁷ Plática del 5 de enero de 1984

Creo que ahora si no estoy dispuesta a colaborar con la Comunidad, es mejor que no esté aquí”.

Y para finalizar, que ya casi no se le entendía nada, dijo: "Hermanas yo no sé si volveré a hablarles. Sólo les dejo y les vuelvo a repetir: **"LA OBEDIENCIA Y LA POBREZA"**. Lo que les dejo como recuerdo es: **"PIEDAD Y OBEDIENCIA"**.

Lo que tiene que hacer cada una es lo que "LAS CONSTITUCIONES Y REGLAMENTOS NOS MANDAN".

Cada una lo que tiene que hacer es: "PRACTICAR Y HACER LAS COSAS NO PORQUE LA MIREN, SINO PROCURANDO ALCANZAR LA CARIDAD LO MAS PERFECTAMENTE"³⁸.

³⁸ Plática dirigida a todas las Hermanas que trabajaban en El Salvador, reunidas en la Casa Madre para su retiro mensual, domingo 7 de junio de 1992.

4. La Obediencia

La virtud de la obediencia que nuestro Padre Fundador quería que practicáramos las Hija del Divino Salvador parte de Jesús. Obediente. En todo buscó “hacer lo que le agradaba al Padre”. La obediencia de Jesús es la expresión de su amor al Padre y a los hermanos. Por eso dejó el cielo y se hizo semejante a nosotros, tomando nuestra misma naturaleza y con su obediencia logró nuestra salvación.

En la palabra sabia de nuestro Fundador, encontramos estas bellas frases: “La virtud de la obediencia es la que viene a quebrar nuestro amor propio y nuestra vanidad; voluntariamente he venido para decirle a Dios: “No quiero hacer mi voluntad sino la tuya, aquí vengo a clavar mi capricho, mi soberbia y vanidad y no quiero más que obedecer, quiero que todo lo que yo haga, todo lo que actúe y tenga que caminar sea en virtud de la obediencia, vaya ratificado por la obediencia”. Solamente lo que se hace por obediencia tiene mérito y la recompensa delante de Dios”³⁹.

Según Mons. Aparicio, la obediencia para la Hija del Divino Salvador, en constante búsqueda de la voluntad de Dios, le lleva a la entrega total de sí misma, para colaborar en el plan salvífico de Cristo: la salvación de los niños y jóvenes.

“Seamos obedientes, interpretemos el pensamiento de las Constituciones y del voto de obediencia; interpretemos la voluntad de los superiores. No se olviden que son religiosas. Nosotros debemos vivir con alegría esta virtud. Y en esto muchas veces se quiere hacer lo que cada una piensa.

Vuelvo a repetirles el caso con que nos dejaba con la boca abierta el maestro de novicios nuestro, Don Balsario; éramos ocho. Estábamos sentados junto a él y nos decía: “Yo estaba tísico, tísico... Un pedacito de pulmón nada más. Escupía sangre. Era un alfiler. Llega el director y me dice: “Don Balsario, lo llama Don Rúa”. Y salgo para el oratorio tosiendo como iba. Llegué ahí y con toda tranquilidad me dice: “Don Balsario, lo hemos escogido para que vaya de maestro de novicios a Barcelona”. Me le quedo viendo. Yo pensé, ¿qué iba a hacer con este tísico?. Bueno, Dios sabrá lo que tiene que hacer. Y me preparan todo, y me van a dejar a Génova para tomar el barco. Llego a Barcelona, allá se ponen tristes porque mandan un tísico de maestro de novicios. Y llego allá, estaba curado. Perfectamente curado. Y con un cuarto de pulmón nada más porque uno me lo habían quitado y el otro solamente tenía la mitad. Estuve cuarenta años de maestro de novicios”. En Ayagualo estuvo diez. Murió en Santa Ana.

EL VARÓN OBEDIENTE CANTARA VICTORIAS. Cuando estén tísicas y las manden a las misiones, o las manden a abrir una casa, tosiendo, váyanse. Que la obediencia obrará el milagro. Pero si van renegando: “Fíjense cómo me manda. Si fuera fulana de tal no la mandarían. Que yo no sirvo para ello”. Allá te vas a quedar hecha dedazos y sin méritos, porque fuiste renegando y no hiciste lo que Dios te pedía.

Cuando me mandaban para Panamá, hice lo posible para no ir, pero en todas partes me salían cerradas las puertas. Estaba Don Tosi que era Visitador. Yo les dije: “Yo no entiendo nada de arte y oficios, a mí déme un colegio todo arruinado, que creo que lo pongo en su puesto, pero de artesano no sé nada”. Por ahí está un libro, donde están las despedidas que me hicieron los muchachos en el Don Bosco, me fui. Llegué como a las nueve de la noche. Me estaban esperando. Muy pronto descubrí que es Dios quien hace las cosas. Después me vine triste, porque vi la mano de Dios.

Y puedo decir que fue el directorado más feliz que tuve en mi vida, no tuve problemas. Los muchachos cambiaron todos; sólo estuve seis meses. El ambiente del técnico cambió totalmente. Yo hacía sólo lo que el Señor me inspiraba”⁴⁰.

³⁹ Plática del 29 de diciembre de 1986

⁴⁰ Buenas Noches del 28 de diciembre de 1982

Monseñor Aparicio quería que sus hijas vivieran la obediencia, buscando la voluntad de Dios, a través de los superiores, ya que es en ellos donde Dios habla a la Comunidad. Así expresó: “El único criterio que han de tener las superiores de cada casa, en todas sus actuaciones, es el mayor servicio y gloria de Dios; que es lo mismo, que buscar en todo la voluntad de Dios”⁴¹.

“Solamente cuando haya obediencia con espíritu de fe, habrá disciplina religiosa en el establecimiento. Quién es la directora, no me importa. Es alta, es alegre, es comprensible, eso no me importa. Me basta que haya una directora. Y tiene que haberla. Obedeciéndole a ella, obedecemos a Dios. Si me revelo contra ella, me revelo contra Dios. Si hay algo que no camina bien, ahí está la Superiora General o la provincial cuando haya provincias. Es a ella que le tengo que decir, pero no soy yo que me voy a echar esa carga encima o andar hablando aquí, andar hablando allá con una y con otra y hasta con la gente de afuera. Aprendamos a obedecer. Cuando se nos diga: “Mire Hermana esto no está bien, evite esto, no haga esto, no haga aquello”, obedezcan. No sé si hemos aprendido, no pongan imposibles en la obediencia en las manos de los superiores; cualquiera que sea. Dios está en ellos.

Las Superiores están puestas por Dios y no por nosotros. Y se les debe respeto y obediencia. La humildad, la obediencia, deben ser la norma; “es mi compañera” ¡No importa! Ahora es la Superiora. Yo tengo que inclinarme ante ella. “El que quiere asegurar su vida la perderá, pero el que la pierda por mí la encontrará” (cf. Mt 16, 25; Mc 8, 34). Así es que esa vanidad, ese orgullo, esa prepotencia, esa cólera, ese reventar de repente como un volcán, eso ya no viene para la vida religiosa. Eso debe haberse quedado en la puerta atrás.

“Si alguno quiere seguirme, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y sígame” (cf. Mc 8, 34; Lc 9, 23). Todo lo que yo me creía, todo lo que yo pensaba: hoy después de reflexionar ante Cristo ¿Quién soy yo? ¿Qué soy yo? ¡Este es perder su alma! Y entre más nos humillemos y nos hundamos frente a Cristo, nuestro cielo se multiplica. ¡Entendamos! El varón obediente no delibera. Pregunta, pero pronto obedece”⁴².

“Sin obediencia es inútil la vida religiosa en este Instituto. La obediencia es la esencia de esta vida.

Aquí el papel de la Directora. Me están pidiendo Hermanas para la Domingo Savio, para Guatemala, pero le digo al Padre Inspector: “Padre, a usted se lo puedo decir, mi problema son las directora”. Así es. Mi problema es la que se haga responsable de que todo el grupo que va a ir allí, va a cumplir con las Constituciones y que ella va a ser el ejemplo, la primera, que les traten bien, que tengan modales, en fin, nadie ha nacido perfecta; pero tiene que buscar la forma de ir perfeccionándose. Ese es el problema. Podríamos abrir varias casas más; pero, ¿dónde están ellas?

Cuando una comunidad se entiende, cuando una comunidad se comprende, cuando la directora está con su comunidad y la comunidad con su directora, ¿qué problema puede haber? ¿Qué problemas se pueden presentar?

La edad. Ella es directora y punto. “Es mi compañera”. Está bien; cuando estamos juntas le puedo decir el nombre así a secas; cuando estamos en medio de las demás: “Hermana Directora, aquí hay esto, Hermana Directora esto otro. En grito no es la manera: “¡es que vos!”. No, **a la directora hay que darle ese respeto; delante de la gente, hermana directora la buscan aquí.** Y no: “vos aquí te buscan”. Puede ser una súbdita suya, una que yo tuve en el noviciado, de aspirante, de postulante, y todo lo demás; y yo ya tengo mis años... No, **Hermana directora. Eso es vivir! Eso no es humillarse; eso es convivir; porque nosotros lo sabemos es que no es ningún capricho; son las Constituciones que así lo mandan. Es el espíritu del Instituto que Dios nos pide que vivamos.** Y yo he

⁴¹ Buenas Noches del 28 de diciembre de 1982

⁴² Buenas Noches del 28 de diciembre de 1982

prometido solemnemente cumplir esas Constituciones; no las voy a quebrantar. O hacer cosas sin decirle a la directora, actuar sin consultar a la directora, no; es la que debe saber todo.

Voy a ver donde está el Espíritu Santo para no irme con la mía. Aprendamos a vivir la vida de comunidad en las comunidades pequeñas; fuera de ésta, todas son pequeñas las comunidades. Pues aprendamos la regla de la obediencia. “El varón obediente cantará victorias”. Es mejor la obediencia que el sacrificio (1S 15, 22). Porque fuiste fiel en lo poco te constituyo sobre lo mucho (cf. Mt 25, 21). Este actuar les hará infundir gratitud hacia ustedes en los alumnos y en todas las personas”⁴³.

“Nuestras Constituciones antiguas nos decía a los salesianos, un deseo del Papa es una orden para el salesiano. Así tenemos que ser nosotros con la Iglesia y con nuestros superiores. Una obediencia filial, alegre, pero no renegando, no criticando y como digo no nos importe a quien ponen de Superiora. ¿Creen ustedes que el Espíritu Santo va a dejar en el aire a una Superiora cuando el Instituto es de él? El Instituto no es mío, ni de ninguna de ustedes, es de Dios. Y por consiguiente, El tiene que velar para que las cosas vayan bien; nosotros tenemos que ser nada más canales limpios. Nosotros tenemos que ser conductos limpios de la obediencia.

Parece que algunas que están dando clases por aquí, van a tener que ir a dar clases por otro lado porque aquí hay muchas. Y entonces va haber que mandar a hacer unos cuantos pares de alas para volar, pero vuelen con alegría; dispuestas a lo que mande; a lo que ordene. El vicario general de la Diócesis, Mons. Antonio Cubías, en cada tanda de ejercicios espirituales se presenta: “Excelencia a sus órdenes, lo que mande”. Vamos a ver cuántas llegan: Aquí estoy. Y eso es lo que vamos a decir: “Aquí estoy Señor, para hacer tu voluntad”. Esa va a ser la oración de todas. Y Pablo derribado por el suelo... Si alguna de ustedes la han derribado de alguna parte, si las han echado afuera, contesten: ¿’Qué quieres que haga, Señor’? Pero con humildad”. Y Dios la va levantar de ahí y le va a dar el premio merecido por humilde, por obediente”⁴⁴.

“Es mejor la obediencia que el sacrificio, y es el voto por excelencia, es la virtud por excelencia, en las primeras comunidades de monjes no se hacía más que el voto de obediencia, porque al hacer voto de obediencia, estaban incluidas las constituciones y en las constituciones estaba el voto de pobreza y el voto de castidad; por consiguiente, haciendo el voto de obediencia estaba toda incluida la vida religiosa. Es mejor la obediencia que el sacrificio, es tal vez el que más nos pone en problema y nos trae problemas, es el que más nos trae dificultades, única y exclusivamente por ese paño, por ese esmalte que tenemos de soberbia, de vanidad y de orgullo. Eso de que nos manden en público, eso de decir que no puedo salir, eso de que me vengán a buscar y no puedo atender, eso de que llamen al teléfono a tal hora y no pueda ir. Y es que la virtud de la obediencia va muy unida con la virtud de la humildad.

El varón obediente cantará victorias dice la escritura; no dice victoria, dice: victorias. El varón obediente estará siempre en su puesto, nunca tendrá remordimientos de conciencia, nunca tendrá que agachar la cabeza delante de nadie, está siempre sereno y tranquilo, está siempre con el rostro sereno y apacible, bondadoso y generoso, está siempre comprensible para los demás, es duro consigo mismo, en la vivencia de este voto y de esta virtud y es suave amable y comprensivo con las demás.

Es mejor la obediencia, que el sacrificio, pero esta obediencia sin manipuleos, esa obediencia sin prepararla, sin buscar la forma de que me digan que sí, voy a tener todo listo que así, me tienen que decir que sí.

Seamos sinceros y francos también con los superiores, no callemos nada, que más tarde pueda traer consecuencias para ti, para algunas hermanas para alguna comunidad, no exageremos, no mintamos, no faltemos a la caridad, pero exponamos con sencillez las cosas que tenemos que exponer, yo he notado esto, he visto esto. ¿Hasta dónde ha llegado? ¿Cómo ha llegado? No sabría decirlo, puedo decir esto, puedo decir aquello, con sencillez y humildad.

⁴³ Plática del 22 de diciembre de 1984

⁴⁴ Buenas Noches del 28 de diciembre de 1982

No perdamos esa sencillez, amemos la verdad, amemos la justicia, convirtámonos en instrumentos dóciles en las manos del Señor.

Una religiosa que no es obediente no es casta, ni practica la virtud de la pobreza. Una de las manifestaciones de la santidad y de que en realidad se está luchando y de que se está trabajando es acatar, con fe, esa negativa, esa orden, ese mandato, ese favor que se me pide, entonces aquí estoy, no pongo dificultades en la obediencia, no he venido a eso, no he venido a poner obstáculos a las ruedas de la locomotora, he venido a que camine y quiero que camine al ritmo que tiene que seguir. ¿Qué día habrá habido en el Instituto que no ha habido un disgusto porque se ha negado un permiso o se ha prohibido alguna cosa, o se ha dicho que no está bien esto, o se le ha dicho a alguna que no a lo que está haciendo; se le ha dicho alguna que esta visita no está bien, que esa compañía no está bien, que esas salidas con esa persona no está bien...? ¿Habrá habido un día que no ha habido ninguna de estas fallas en todo el Instituto? La superiora que consienta cosas que están contra el espíritu del Instituto no está actuando bien y será grande la cuenta que tendrá que dar delante de Dios.

Seamos sencillos como religiosos. Lo sabe todo el mundo que hemos hecho el voto de obediencia, lo sabe todo el mundo que nosotros no podemos disponer en una casa, lo sabe todo el mundo que nosotros no podemos invitar, ni llamar sino con permiso de la Directora y la Directora con permiso de la Comunidad. Entendamos lo que es vida de comunidad bajo la obediencia. Es mejor que obedezca, a que traigan un millón de pesos a la comunidad desobedeciendo.

Es mejor la obediencia que el sacrificio. No estemos labrándonos nuestro infierno, no estemos labrándonos las maldiciones del cielo. Es mejor la obediencia que el sacrificio. Tal vez están graves en tu casa y te dicen: no, vamos a pedir el permiso. No voy me quedo rezando ese día y el Señor al ver la decisión de esta religiosa dice bueno démosle más tiempo de vida, para que pueda arreglar todo esta moribunda.

La obediencia es la piedra angular del edificio de esta Congregación.

La que obedezca viva tranquila, la que obedezca viva feliz, la que obedezca esté siempre alegre, la que obedezca no tenga miedo a la muerte, la que obedezca aunque haya sido equivocadamente no tema. Obedezcamos.

Pidamos pues a la Santísima Virgen, a San Juan Bosco, cuyo espíritu queremos adquirir, la gracia de entender y saber obedecer⁴⁵.

⁴⁵ Plática del 29 de diciembre de 1986

5. La alegría

“Estad siempre alegres en el Señor os lo repito, estad siempre alegres...”⁴⁶

La alegría es una virtud esencial en las Hijas del Divino Salvador, para poder predicar el Evangelio en la misión que Dios nos ha confiado, de salvar a la niñez y juventud.

La alegría es un sentimiento vital que se logra a través del equilibrio, el orden, la fuerza y la belleza de los seres que nos rodean.

La alegría verdadera es la que tiene como base principal los valores y bienes del espíritu, el amor desinteresado a Dios y al prójimo. Está, apoyada en motivos nobles, firmes y duraderos.

La alegría es sinónimo de gozo. El gozo es un fruto del Espíritu Santo y se define como la alegría que causa a los buenos el ser amigos de Dios.

Nuestra fuente de la alegría es Dios, que ha creado todo para que lo gocemos y le alabemos por su obra. Dios nos dio a su Hijo para que por su medio recobráramos nuestra dignidad de hijas de Dios, gracia que nos colma de alegría porque no hay gozo más grande que tener a Dios por Padre.

Mons. Aparicio nos invitaba a vivir la alegría, a mantener una estabilidad de carácter, mostrando siempre un rostro: tranquilo, sereno y sonriente. Muchas veces nos invitó a vivir la alegría infundida por Don Bosco como camino de santidad.

A continuación se presenta un resumen de cómo Don Bosco vivió esta alegría, que dejó como herencia para toda la Familia Salesiana. Tomado del Libro “Don Bosco profundamente hombre, profundamente santo”⁴⁷.

Un Santo Alegre

“El primer aspecto que nos llama la atención en la santidad de Don Bosco y que está en él como para ocultar en prodigio de la presencia del Espíritu Santo, es su actitud de *Sencillez* y de *alegría* que hace parecer fácil y natural lo que en realidad es arduo y sobrenatural” (Don Egidio Viganó).

El gozo, del cual es la alegría su manifestación o expresión exterior, forma parte de la santidad cristiana. Es, en efecto, como expresa Pablo VI en su Exhortación sobre la alegría *Gaudete in Dómino*, “Participación espiritual en el gozo insondable, humano y divino a la vez, que se encuentra en el corazón de Cristo glorificado. Aquí abajo brota de la celebración conjunta de la muerte y de la resurrección del Señor”.

Es, pues, gozo que el Espíritu Santo infundió en María, en su prima Isabel, en Simeón, en Jesús. “Un santo triste es un triste santo”, decía San Francisco de Sales. “El demonio – Repetía a su vez Don Bosco – tiene miedo a la gente alegre”.

Pero no todos los santos han manifestado su alegría del mismo modo. Las vidas de Santo Tomás Moro, de San Felipe Neri, de Don Bosco están tan rebosantes de gozo que podrían ofrecer materia para una “Teología del gozo”.

Tanto cuando bromea, como cuando habla de cosas serias o cuando reza, Don Bosco da color a la vida y difunde alegría. Podía leerse el gozo en sus ojos luminosos y profundos, en su rostro “invariablemente sonriente, fascinante e inolvidable” (P. Albera). Se podía recoger en sus buenos golpes, llenos de agudeza y buen humor. Después del tiro que por poco lo mata, exclamó: “Pobre sotana mía; tú la has pagado”. Decía: “Vaya como

⁴⁶ Fil 4, 4-9.

⁴⁷ páginas 81-89

quiera con tal que vaya bien”. “En cuanto encontremos un buey sin amo, lo pasaremos de maravilla”. Repetía: “Laetare et benefacere e lasciar cantar le passere”. (“Alegrarse y hacer el bien, y dejar que canten los pájaros”).

A un muchacho descalzo, de dijo: “Ven a Turín; allí haré que te arreglen los zapatos”. No perdió el buen humor ni en el lecho de muerte: “Viglietti, dame un poco de café helado, pero que esté muy caliente”.

La alegría ancha y profunda que rezuma de la persona de Don Bosco es, como escribe sutilmente Don Egidio Viganó, muchas cosas a la vez: “Es el gozo de vivir manifestado en lo cotidiano; es la aceptación de los acontecimientos como camino concreto y arduo por la esperanza; es la intuición de las personas con sus dones y sus limitaciones para formar una familia; es el sentido agudo y práctico del bien con la íntima convicción de que es (en nosotros y en la historia) más fuerte que el mal; es el don de predilección por la juventud que abre el corazón y la fantasía hacia el futuro e infunde una flexibilidad inventiva para saber asumir con equilibrio los valores de los tiempos nuevos; es la simpatía del amigo que se hace amar para construir pedagógicamente un clima de confianza y de diálogo que lleva a Cristo; es una pérgola de rosas que se recorre cantando y sonriendo, aunque bien provistos de zapatos que defiendan de las numerosas espinas”.

Estudiante en Chiari, fundó la “Sociedad de la alegría”. Finalidad: tener alejada la “Melancolía y estar siempre alegres”; cumplir “con exactitud los deberes escolares y religiosos”. Pero todo Oratorio suyo instituto se convertirá en una “Sociedad de la alegría” y, en toda reunión, él mismo tomará las riendas de la alegría; saludará a sus amigos con el “Está alegre” que los hacía saltar de contento.

“Puede decirse que no pasó ni un solo día – escribe Don Lemoyne – sin que, con modales graciosos o narraciones amenas, excitare la hilaridad, o en las reuniones públicas o en las charlas con los alumnos o en los corrillos que formaban a su alrededor sus Salesianos y jóvenes; en los viaje, en las casas o palacios de los señores, en fin, donde quiera que apareciese”.

Aunque estamos bien seguros de que su vida fue un silencioso martirio, él aparecía siempre alegre. Cuanto más sufría, más alegre se mostraba.

El undécimo mandamiento

La alegría es el “undécimo mandamiento de las casas salesianas”. Es uno de los grandes secretos del sistema preventivo. Como San Felipe Neri, Don Bosco no se cansaba nunca de repetir a sus jóvenes; “Estad siempre alegres”; “Servid al Señor, estando alegres”; “Vivid en el mayor gozo, con tal que no cometáis pecados”.

Guiado por la experiencia y por un seguro instinto pedagógico, sabía que para crecer bien, en el espíritu y en el cuerpo, los jóvenes tienen tanta necesidad de la alegría como del pan.

“Don Bosco – escribe Don Braido –, mucho más comprensivo e intuitivo que muchos padres, sabe y comprende que el niño es un niño y permite y quiere que lo sea; sabe que la forma de vida del joven es la alegría, la libertad, el juego, la “Sociedad de la alegría”. Sabe que para una acción educativa normal y profunda, el joven debe ser respetado y amado en su persona, que no consiente opresiones, coacciones, violencias.”

En su exhortación a la alegría, Pablo VI afirma que el gozo cristiano supone al hombre capaz de alegrías naturales: “Sería también necesario un paciente esfuerzo de educación para aprender a gustar sencillamente los muchísimos goces humanos que el Creador pone en vuestro camino: la alegría y satisfacción de la vida; la alegría y satisfacción del deber cumplido, la alegría; la alegría transparente de la pureza, del servicio, de la participación, la alegría exultante del sacrificio. El cristiano podrá purificarlas, completarlas: no puede desdeñarlas”.

En estas afirmaciones se descubre a Don Bosco; él, que siempre se prodigó para que no faltase a los jóvenes la alegría desbordante de los recreos bulliciosos, del deporte, de las excursiones, de la música, del canto, del teatro, de la gimnasia. Mientras se lo permitieron las fuerzas, cuando estaba en casa era él mismo el alma de las diversiones. La última competición en las carreras, en la que tomó parte, se remonta al año 1868; tenía cincuenta y tres años, sus piernas ya estaban hinchadas pero todavía conservaba una agilidad maravillosa.

El día de carnaval, el Oratorio enloquecía de júbilo. La crónica de Domingo Rufino describe el horario del día: Misa temprano, después desayuno y media hora de juegos; comida especial con vino y fruta; por la tarde recreo con los tradicionales bastonazos a las piñatas, clase por clase; seguían las Vísperas, alegradas con el chispeante diálogo entre el teólogo Borel y don Juan Cagliero y la bendición. Teatro y cena especial cerraban la jornada. Después de las oraciones de la tarde y las palabras paternas de Don Bosco, rendidos, pero con el alma rebosante de alegría los jóvenes se retiraban a descansar.

A diferencia del canónigo Allamano, que durante el carnaval no permitía nunca la más ligera diversión, Don Bosco quería enseñar con hechos que se puede estar santamente alegres sin ofender al Señor.

Estando con los jóvenes en las cosas que les gustan, Don Bosco conseguía hacerles amar aquéllas a las que ellos no se sienten inclinados por naturaleza, como el estudio, el trabajo, el cumplimiento del deber, la piedad. Estaba convencido de que el destino del hombre se juega en la juventud y amonestaba en su *Joven instruido*: “El camino que el hombre emprende en su juventud, lo continúa en la vejez; si nosotros comenzamos una vida buena, ahora que somos jóvenes, también seremos buenos en la edad avanzada”. “Recordad – son palabras del Reglamento – que vuestra edad es la primavera de la vida. El que no se habitúa al trabajo durante su juventud, ordinariamente será siempre un poltrón hasta la vejez”.

Los quería laboriosos, celosos, activos, siempre ocupados; no daba sosiego a los holgazanes. Sabía educar a sus jóvenes en el gusto por las satisfacciones y las alegrías íntimas, inherentes al deber cumplido, y percibir la verdad del trinomio inherentes al haber cumplido, y percibir la verdad del trinomio que le era tan querido: *alegría, estudio – trabajo*, piedad. Tres grandes valores inseparablemente unidos de su pedagogía. No creía en una piedad que no condujera al compromiso, ni compromiso separado de la piedad. En esta síntesis ponía él la fuente de la felicidad: “Piedad, estudio y alegría os darán muchas satisfacciones, dulces como la miel”.

“Si quieres hacerte bueno – leemos en la biografía de Francisco Besucco – practica estas tres cosas solamente y todo marchará bien... Helas aquí: *alegría, estudio y piedad*. Este es el gran programa, y practicándolo podrás vivir feliz y hacer mucho bien a tu alma.”

F. Orestano escribió con toda verdad: “Si San Francisco santificó la naturaleza y la pobreza, San Juan Bosco santificó el trabajo y la alegría. Él es el santo de la euforia cristiana, de la *vida cristiana laboriosa y alegre*”.

Y quería que esta euforia cristiana pusiera su sello en los mismos ejercicios de oración, en la misma relación con Dios. Desterraba por ello las oraciones largas, monótonas y repetitivas que producen tedio y repulsa en los jóvenes. El tiempo pasado en la Iglesia debía sustanciarse en “una hora de gozo”, de “fiesta”. “Cosas fáciles que no asustan – escribía – que no cansan, y no oraciones prolongadas.” Las prácticas de piedad “Sean como el aire, que no oprime, no cansa jamás, aunque llevemos a la espalda una pesada columna”.

El año escolar estaba salpicado de fiestas litúrgicas, de ejercicios devotos, de triduos, de novenas, pero no se sentía su peso. Don Bosco preparaba a los jóvenes “fiesta”; sabía hacerla vivir como un encuentro sacramental, gozoso con Cristo; sabía hacerla gustar como preludio de la felicidad eterna, con la magia del canto, el esplendor de las ceremonias y de los ritos. Las celebraciones que se hacían en Valdocco se convierten con el tiempo en un verdadero centro de atracción para los fieles de la ciudad de Turín.

Desde la iglesia, el gozo se derramaba por la vida, en los recreos clamorosos en la alegría de una comida más abundante. Don Bosco, que jamás estableció dicotomías entre el alma y el cuerpo, quería que “También el cuerpo estuviese alegre”; había que ahuyentar la melancolía. “El ruido de platos y vasos” tenía que formar “una bella armonía”. Todos los elementos positivos, no destruidos por el pecado, como puede verse, eran asumidos con optimismo en su método educativo.

La alegría: camino de santidad

Cuando Don Bosco escribe: “Sólo la religión y la gracia pueden hacer feliz al hombre”, o también – como se lee en la primera edición del *joven cristiano* (1847) – “los que viven en gracia de Dios están siempre alegres y, aun en medio de los sufrimientos, tienen el corazón contento”, mientras que “los que se dan a los placeres, viven

amargados, siempre infelices”. Entiende hacer comprender a los jóvenes que la felicidad terrena y eterna se encuentra en las relaciones con Dios.

No existe, por tanto, más que un camino para alcanzar la felicidad y la alegría: el que pasa por la religión del amor y de la salvación, por la amistad y la intimidad con Cristo y su Espíritu.

La pedagogía de Don Bosco será, por lo tanto, “radicalmente y esencialmente una *pedagogía espiritual* de las almas”, dice Don Caviglia; es decir, una pedagogía de la vida de gracia, del crecimiento y maduración en Cristo; en una palabra, una “pedagogía de la santidad y del gozo” porque la alegría es elemento constitutivo de la santidad. San José Cafasso hablaba de sus “santos ahorcados”; San Leonardo Murialdo animaba a la santidad incluso a las jóvenes descarriadas del “Retiro del Buen Pastor”; Don Bosco la proponía como meta suprema tanto a sus “pilluelos” y a sus “barrabases” como a sus jóvenes mejores. Una santidad “a la medida del joven” pero exigente e incluso heroica.

Cuando la praxis romana creía que no podía proponerse la causa de beatificación y canonización de los jóvenes, partiendo del supuesto de que sólo una persona adulta puede practicar la virtud en grado heroica, el Santo afirmaba, aludiendo a Domingo Savio: “Os aseguro que tendremos jóvenes de casa elevados al honor de los altares”. La Iglesia le ha dado la razón.

No es pequeño mérito haber creído en la santidad juvenil, pero mucho mayor mérito es el de haberla presentado a los jóvenes en la estimulante perspectiva de la alegría, que no es obstáculo sino camino para la santidad.

“Estoy contento de que os divirtáis, que juguéis, que estéis alegres. Este es un método para haceros santos como San Luis, con tal que procuréis no cometer pecado”

Después de la famosa plática sobre la santidad (1855), de la que sólo conocemos los incisivos enunciados: “Es voluntad de Dios que todos seamos santos; es bastante fácil hacerse santos: hay preparado un gran premio en el cielo para el que se hace santo”, Domingo Savio se presenta a Don Bosco y le dice: “No creía que pudiese hacerme santo con tanta facilidad, pero ahora he comprendido que eso se puede conseguir también estando alegre, yo quiero ser santo; siento urgente necesidad de hacerme santo”.

Arrebatado por su fantasía de adolescente hubiera querido imitar a los grandes escetas, ayunar rigurosamente, darse a largas horas de oración. El maestro alaba su propósito de hacerse santo, pero frena el idealismo excesivo, y le traza con realismo el programa de santidad adaptado a su edad y condición: *“Primera cosa”, le sugiere “una constante y moderada alegría”; después, el cumplimiento exacto “de los propios deberes de piedad y de estudio”, el “recreo con los compañeros”, y “trabajar para ganar almas a Dios, porque no hay nada más santo en el mundo”.*

Son los consejos que él desarrolla en las notas biográficas de Savio, Magone y Besucco, en las que se advierte su esfuerzo por demostrar que la vida de sus protagonistas fue desde el principio al fin un gradual y progresivo camino hacia la plenitud de la santidad.

Todo se consigue, en síntesis, con el consabido trinomio: *alegría, estudio-trabajo, piedad*. Aquel “nosotros hacemos consistir la santidad en estar siempre alegres” que dijo Domingo Savio al amigo Camilo Gavio, en una convicción profunda, es un toque del Espíritu: “un tesoro divino, por lo tanto, revestido de sencillez y de gozo como para ocultar el prodigio”.

Porque la santidad que Don Bosco propone no tiene nada de complicado, de arcano, de extraordinario; es la santidad de lo cotidiano, de los gestos ordinarios vividos de una manera no común, como hacía Domingo Savio de quien el Santo alaba “el ejemplar tenor de vida y la exactitud en el cumplimiento de sus deberes *cuya perfección era imposible superar*”.

La propuesta de santidad que encierra el recordado trinomio no excluye sino que implica, evidentemente, las otras virtudes cristianas que el santo educador inculcaba siempre. La importancia que la obediencia y la pureza tienen en la vida del joven lo induce a subrayar con más fuerza: **“El fundamento de toda virtud en un joven es**

la obediencia". Dirigiéndose familiarmente a sus alumnos les pide que se dejen cortar la cabeza, que se dejen guiar casi a ciegas, que entreguen la llave de su corazón a quien les conoce y les ama.

Cuando habla de la pureza se convierte en poeta y encanta a los jóvenes. Lo que dice la Escritura de la Sabiduría él lo aplica de buen grado a la pureza: *Et venerunt omni abona periter cum illa* (Juntamente con ella me vinieron todos los bienes). Todos los bienes se derivan de la pureza.

Cuando hablamos de la gran santidad que floreció en Valdocco como fruto del Sistema Preventivo, pensamos inmediatamente en la acción del Espíritu Santo, autor de la santidad. Pero no podemos olvidar que el Espíritu se ha servido de la acción delicada y discreta de su siervo fiel, Don Bosco, de su extraordinaria habilidad como director espiritual de almas juveniles. Uno de los más grandes de todos los tiempos.

En qué criterios y normas inspirase él su misión de guía y consejero espiritual nos lo dice Caviglia en una feliz síntesis que merece ser recordada: *"Libertad de espíritu y de movimiento, respeto a la libertad de la gracia, cumplimiento santificado del deber, atención a Dios, orientación hacia Jesús Sacramentado y María, mortificación de la vida: y, encabezándolo todo, confianza en Dios, serenidad, alegría sin temor y sin humores enervantes, pero como la vista puesta en el paraíso: todo con amor y por amor, en el interior y lo exterior"*.

Añadiremos finalmente que la propuesta de santidad, hecha por Don Bosco, jamás va desvinculada del "premio, del paraíso". "Hay preparado un gran premio en el cielo para el que se hace santo. Sobre el firmamento de Valdocco asomaba siempre, de día y de noche, con nubes o sin nubes, "el Paraíso". El Santo hablaba de él con frecuencia: "Un pedazo de paraíso lo arregla todo"; "en las fatigas y en las penas no olvidemos jamás que nos aguarda un gran premio en el paraíso"; "Pan, trabajo y paraíso". Durante tres noches consecutivas, el 3-4-5 de abril de 1861 sueña que se "pasea" con sus jóvenes por el "paraíso".

En las biografías de sus jóvenes, incluso describiendo la agonía, le gusta subrayar cómo, más que el horror de la muerte, ellos vivieron la esperanza del paraíso.

El pensamiento del Paraíso es uno de los frutos de la presencia del Espíritu Santo, y Don Bosco es un "alma del Espíritu Santo". Camina sobre esta tierra, pero el corazón y la mente están fijos en el cielo. Antes de morir dijo a su jóvenes: "Les espero en el Paraíso". Este premio mantenía motivados a los jóvenes para estar alegres.

Vale la pena vivir con gozo nuestra vocación, sabiendo que también a nosotras nos espera un paraíso.

6. La Paciencia

“La paciencia es la virtud que hace valer la vida tanto, más que el martirio mismo”.

La misión para la que han sido llamada la Hija del Divino Salvador, le exige cultivar esta virtud en gran medida, ya que la educación es un trabajo que hay que esperar a veces muchos años para ver los frutos, sin desesperarse.

La paciencia como virtud moral se adquiere mediante el esfuerzo humano (catecismo N° 1804)

La paciencia se logra por la esperanza en la Providencia de Dios. El Señor nos dice como le dijo al Rey Josafat y a los judíos: "No temáis ni os asustéis... porque esta guerra no es vuestra sino de Dios. Apostaos y quedaos quietos, y veréis la salvación de Yahvé que vendrá sobre vosotros... Yahvéh estará con vosotros" (2 Crónicas 20,15-17).

La paciencia tiene sentido desde Cristo que nos enseña a ser pacientes: "Mi alma está triste hasta el punto de morir" (Mt 26 38). Porque nos amaba, soportó los peores sufrimientos físicos junto con una angustia moral inmensa: odio, rechazo, ingratitud, todo por salvar la humanidad. Jesús es nuestro modelo fundamental. "Conocerle a él, el poder de su resurrección y la comunión en sus padecimientos hasta hacerme semejante a él en su muerte" (Flp 3 10). Estamos llamados a ser como Él. Como Jesús, nuestra mayor prueba vendrá a menudo a manos de buena gente. Duras a veces de soportar. Pero Jesús dijo: "Os he dicho estas cosas para que tengáis paz en mí. En el mundo tendréis tribulación. Pero ¡ánimo!: yo he vencido al mundo" (Jn 16 33; 23).

El resultado de la paciencia es la alegría. Al poner uno toda su confianza en Dios, la alegría nace de poseerle a Él y la paz fluye de descansar en Dios. Los judíos "se postraron ante Yahvé para adorar a Yahvé"(2 Cro 20,18). Nuestra espiritualidad es la de alabar a Dios no importa lo que pase. "Y los levitas...se levantaron para alabar con gran clamor a Yahvé" (2 Cro 20,19).

Presentad todas vuestras inquietudes al Señor. Éste es el camino de la paciencia que conduce a la alegría: "Alégrense en el Señor en todo tiempo... En cualquier circunstancia recurran a la oración y a la súplica,..." (Flp 4 4-7). Despacio pero seguro, tu actitud cambia hasta el punto donde "mi corazón y mi carne (¡tus emociones!) Gritan de alegría hacia el Dios vivo" (Sal 84 3).

Dios quiere que vivamos en el mundo con los ojos siempre fijos sólo en el Él, decía Don Bosco. Al fijar nuestros ojos en Él, Él purificará nuestra paciencia como el oro es purificado por el fuego. La paciencia, como un fruto, madurará progresivamente y su recompensa es la vida eterna.

La educación de la paciencia

La paciencia requiere una motivación adecuada que únicamente puede ser resultado de un temple sereno. En nuestra descripción operativa decimos "soportar las molestias presentes con serenidad". La serenidad prepara el terreno para una actuación paciente con sentido. Quien conserva la calma está en condiciones de pensar, de estudiar los pro y los contra, de examinar juiciosamente los resultados de las acciones previstas. Y después, sosegadamente, interviene con decisión".

La serenidad significa conceder la primacía a la razón, ser vigoroso en el discurso, considerar con atención y objetividad los datos de un problema, los pro y los contra de una decisión; supone saber distinguir entre lo principal y lo accesorio, entre lo que es importante y lo que simplemente resulta estridente. Con serenidad se evita la reacción precipitada, nerviosa o asustadiza, y se hace más fácil la actuación responsable y prudente, el encuentro de la solución más justa". La serenidad es una condición necesaria para el desarrollo de la paciencia.

El ambiente necesario para desarrollar esta virtud dependerá, en gran parte, de la seguridad afectiva en que se vive. La paciencia no es ser indiferente.

La clave del papel del educador es la paciencia. Sencillamente porque no se ven normalmente los resultados de su actuación a corto plazo. O, por lo menos, lo que se ve a corto plazo no es lo más importante.

En cuanto se capte el valor que tienen las molestias o el dolor que los educandos causan, puede existir una alegría real en su aceptación hasta llegar a una situación en que, de algún modo, el dolor y el placer coincidan. “He llegado a no poder sufrir, pues me es dulce todo padecimiento, decía Santa Teresita. “Me basta que seáis jóvenes para que os ame. Salten, corra, hagan lo que quieren con tal que no cometan pecado”, decía Don Bosco.

Los alumnos necesitan ver que sus educadores están dispuestos a escucharles, a preocuparse por ellos. Necesitan saber que quieren que sean felices. Esta aceptación lleva a que los educadores no harán creer a sus educandos que son una carga indeseable, sino el objeto imprescindible de su amor. Don Bosco decía: “No sólo es amar a los jóvenes, es necesario que ellos se den cuenta que les amamos”.

Cada joven necesita una atención diferente por parte de sus educadores: más o menos afecto, más o menos dedicación de tiempo, más o menos exigencia. Pero todos necesitan ser comprendidos por igual. Es la virtud de la paciencia “la que nos impulsa a ser comprensivos con los demás.

Los educadores tienen el deber y el derecho de indicar a los educandos si su actuación es buena o mala y esto se hará mejor, cuando hay amor.

7. La Comprensión

La comprensión es gozo del Espíritu Santo; además es un valor humano clave, ya que sirve de soporte y razón a otros valores; el comprender es amar y aceptar en la esperanza, ya que trata de ver el lado bueno de las personas y de las cosas.

En la vida y misión de la Hija del Divino Salvador no puede faltar el ejercicio de esta virtud, ya que su trabajo siempre está en relación con otras personas a quienes les debe su amor y su perdón permanente⁴⁸.

Se basa en la palabra de Don Bosco que decía: “Los jóvenes son olvidadizos y hay que estarles recordando las cosas continuamente”.

Un motivo para desarrollar la virtud de la comprensión es el deseo de ayudar a otras personas, de acuerdo con sus circunstancias, teniendo en cuenta cuáles son los factores más decisivos en cada caso. La comprensión, entonces lleva a la persona a sentir con el otro, a ver las cosas desde donde el otro las ve⁴⁹.

La comprensión en relación con la tolerancia es el conocimiento de la diferencia, por el respeto a los demás y por la convicción de que nadie tiene la razón absoluta.

La comprensión en relación con la amabilidad lleva a tomar una actitud afectuosa con los demás.

La comprensión en relación con la misericordia arranca siempre del conocimiento de sí mismo y de la sensibilidad que cada uno es capaz de manifestar ante las debilidades y miserias humanas, convencido de sus propias limitaciones, debilidades y miserias. La misericordia es siempre consecuencia de la generosidad, de la magnanimidad de corazón y de una gran humanidad.

La comprensión es la compasión, la misericordia evangélica. “Sean compasivos, como es compasivo el Padre de ustedes.”(Lc 6, 36) “Sean comprensivos con los de conciencia más débil, en vez de criticar sus escrúpulos” (Rm 14, 1). “Revístanse de entrañable misericordia”.

La comprensión de los demás, comienza con el esfuerzo de intentar comprenderse a sí mismo. Necesitamos estar luchando para superar nuestros propios prejuicios, para evitar sentimientos indignos o innecesarios que obstaculizan nuestro proceso de mejora.

Y Monseñor Aparicio al presentar el ambiente en que nacimos y seguiremos realizando la misión nos dijo: “Hemos comprendido cuál es la misión para la cual trajiste al mundo al Instituto Hijas del Divino Salvador. Lo pusiste en el camino dentro del mundo, en un momento de luchas y fatigas, en un momento de odio y de rencor. *Nos pones a nosotras para que nuestra presencia, para que nuestras palabras, para que nuestro modo de actuar lleve esa paz, esa tranquilidad, esa confianza, esa comprensión, esa esperanza, en cierta forma, ternura espiritual. Y esa reconciliación*”⁵⁰.

Indicándonos, en esta exhortación, que para hacer el bien siempre van a existir dificultades, pero que nuestro testimonio debe de ser de personas llenas de paz, de tranquilidad, de comprensión... Sólo así podremos hacer presente el Reinado de Cristo en los niños y jóvenes.

⁴⁸ Del Libro “Valores Humanos” Volumen I, BERNABE TIERNO

⁴⁹ Del Libro “La educación de las virtudes humanas y de su evaluación”, DAVID ISAACS

⁵⁰ Homilía del 24 de diciembre de 1984

8. Laboriosidad

Laboriosidad proviene del término latino “labor”=trabajo, tarea, fatiga; adjetivo “laborioso”=esforzado.

Laboriosidad implica tenacidad en el esfuerzo y ésta requiere valentía y coraje.

La laboriosidad = trabajo **lleva a la persona a realizar diligentemente las actividades necesarias para alcanzar progresivamente la propia madurez natural y sobrenatural en el trabajo profesional y en el cumplimiento de los demás deberes.**

La capacidad de realizar una serie de labores con ahínco, supone que la persona tiene unos motivos suficientes para superar los obstáculos que pueden surgir. Para ello la laboriosidad cuenta con el amor como motivo principal. La posibilidad de realizar distintos actos por amor, a su vez, depende de que la persona esté en condiciones adecuadas para amar, que sepa amar, que esté dispuesta a amar. Por eso, laboriosidad y diligencia se confunden en una sola virtud. **Diligente quiere decir amar, apreciar, escoger, como fruto de una atención esmerada y cuidadosa.**

La laboriosidad lleva al sujeto a considerar el cumplimiento de sus deberes diarios como un campo abonado para ir alcanzando su propia madurez natural y sobrenatural. Es decir, **cumplir con el deber de ser cada día mejor hijo de Dios, sirviendo como elemento imprescindible para ayudar a los demás a hacer lo mismo.**

La laboriosidad es importante como virtud no sólo en el trabajo, sino también en el cumplimiento de otros deberes llevados a cabo en el llamado “tiempo libre”. **La laboriosidad supone hacer las cosas con cuidado, por amor, para cuidar bien lo que Dios nos ha dado, para intentar ser más dignos de ser sus hijos cada día y para ayudar a los demás a hacer lo mismo.**

La laboriosidad es una virtud, de la persona que sabe que puede servir a Dios y al hombre en cada detalle del cumplimiento de sus deberes; la persona no se luce personalmente siendo laboriosa. Sin embargo, cuando esta virtud existe en su vida, los demás notarán el fundamento de amor que lo sustenta y posiblemente querrán beber de la misma fuente. Una persona laboriosa, es muy amada y querida por todos.

La laboriosidad significa hacer con cuidado y esmero las tareas, labores y deberes que son propios de nuestras circunstancias. *El estudiante va a la escuela, los profesionistas dirigen su actividad a los servicios que prestan, los sacerdotes sus actividades ministeriales, etc.*

La laboriosidad no significa únicamente "cumplir" nuestro trabajo. **También implica el ayudar a quienes nos rodean en el trabajo e incluso durante el tiempo de descanso.**

Al crear una imagen de mucha actividad pero con pocos resultados se le llama activismo, popularmente expresado con un “mucho ruido y pocas nueces”. Es entonces cuando se hace necesario analizar con valentía los verdaderos motivos por los que actuamos, para no engañarnos, ni pretender engañar a los demás cubriendo nuestra falta de responsabilidad.

Para ser laborioso se necesita estar activo, hacer cosas que traigan un beneficio a nuestra persona y más aún a quienes nos rodean. **En la laboriosidad el descanso es necesario para reponer fuerzas y trabajar más y mejor.** *Pero el descanso no significa “no hacer nada”, sino dedicarse a actividades que requieren menor esfuerzo y diferentes a las que usualmente realizamos⁵¹.*

⁵¹ De los libros “El Libro de los Valores”, GUSTAVO VILLAPALOS y Libro de “Los valores humanos”, volumen IV, BERNABE TIerno

Para la Hija del Divino Salvador la laboriosidad alcanza su éxito en hacer del trabajo una constante oración, como nos lo presenta el Artículo 81 de la Constituciones: “Hasta alcanzar aquella laboriosidad incansable santificada por la oración y la unión con Dios. Esta debe ser la característica de la Hija del Divino Salvador.” Y nuestro Padre Fundador nos lo enseña con su vida y sus palabras: “Hagamos de nuestro trabajo oración. Nuestra lucha está en convertir el trabajo y la ocupación de cada día en oración, transformar todo lo que tenemos que hacer en oración. No podemos perder tiempo, todo lo que hagamos es oración y por consiguiente, aquello que hagamos de mala gana, aquello que hagamos contrariando las órdenes de los superiores o de las constituciones, reglamentos y el mismo horario de la casa es trabajo nulo, perdido y más bien basura que prenderá fuego con rapidez”⁵².

La laboriosidad o trabajo, para las Hijas del Divino Salvador, es la herencia recibida de Don Bosco, por formar parte de esta Gran Familia, transmitida por nuestro Padre fundador como elemento importante para el futuro de la Congregación. Desde la primera propaganda vocacional que Monseñor Aparicio lanzó para la fundación de la Congregación, especificaba con claridad el trabajo que las Hijas del Divino Salvador iban a realizar en bien de la salvación de los niños y jóvenes.

El trabajo-laboriosidad para la Hija del Divino Salvador es una forma de inserción en la sociedad y en la cultura que le marca el rasgo fundamental de su vida.

El significado que Don Bosco le daba al trabajo, algunas veces sinónimo de: **Actividad manual**, artesanal, técnica, profesional; otras **actividad intelectual** escuela, estudio, cultura; otras **actividad apostólica** catequesis, evangelización, celo pastoral; otras **actividad sacerdotal** acción litúrgica, sacramentos, otras **actividades caritativas** en sus diversas formas y otras **actividades** por **deberes del propio estado**. “**Por trabajo se entiende el cumplimiento de los deberes del propio estado**”.

Don Bosco hizo del trabajo su bandera, se santificó trabajando y trabajando mucho.

Don Bosco sintió el extraordinario poder del trabajo, como instrumento educativo, para construir la personalidad humana en todos los sentidos y momentos. Recomendó el trabajo como camino eminente de ennoblecimiento del espíritu: “**No os recomiendo penitencias ni disciplinas, sino trabajo, trabajo, trabajo**”. Y aún en el lecho de muerte se los recomendaba a todos los salesianos “**Trabajo, trabajo, trabajo**” a quienes él quería organizados como una milicia social no empeñada en prácticas ascéticas, sino compenetradas en las necesidades de la vida moderna.

Don Bosco llamó trabajo al “Da mihi animas”, a la “caridad pastoral”.

Don Cagliero repitió más tarde: “Quien no trabaja no es salesiano”. Esto mismo se puede decir de las Hijas del Divino Salvador, como hijas de Don Bosco que somos.

Leer para prueba el siguiente párrafo sacado del “Libro Don Bosco Profundamente hombre, profundamente santo”⁵³.

La “escala mística” del trabajo

Don Bosco intuyó la suprema grandeza, la divina virtud santificadora del trabajo, entendido como *actividad apostólica, caritativa y humanizante*, y no dudó en hacer él su “*Escala mística*” para llegar hasta Dios.

No separó el trabajo de la oración: “Si ha habido un santo que haya unificado personalizando en sí mismo los dos elementos de la tradición benedictina “reza y trabaja”, en los tiempos modernos, éste fue precisamente Don

⁵² Plática del 04 de agosto de 1986

⁵³ Páginas 107 –110

Bosco” (cardenal Salotti). Pero no es la oración lo que más resalta en él, no es su divisa. “Lo que más se manifiesta al mundo es su trabajo intenso y desinteresado. Don Bosco es un santo extremadamente concreto: para decirlo en una palabra un poco cruda, pero muy cierta, no cree en una piedad que no se exprese en la vida que no se convierte en acción, caridad activa, que no se traduzca en un trabajo incesante por amor a Dios y a los hermanos” (C. Colli).

Añadamos que el siglo XIX la oración era todavía una realidad tan profunda imbricada en la tradición cristiana que Don Bosco no creyó oportunamente insistir, como probablemente lo hubiera hecho si se tratara de una situación distinta. Urgía, en cambio santificar el trabajo y divinizar la acción. Este fue su carisma.

Se sentía inspirado y enviado para esto. Sabía que la palabra no es persuasiva sino en el momento en que se transforma en acción, y quiso que la acción se convirtiese en palabra, que sus ideas tuvieran manos, como de hecho sucedía.

Era por temperamento lo que se dice “hombre de acción”; “el trabajador de éxitos”, el “genio de la organización”. El trabajo era su segunda naturaleza. “Dios – solía decir – me ha concedido la gracia de que el trabajo y el esfuerzo, en vez de ser para mí un peso, se me conviertan en descanso”.

El impulso a la acción era poderosamente estimulado por las nuevas e inmensas necesidades de su siglo, de la mísera condición en la que se encontraba la juventud marginada o desatendida de su tiempo. Pero lo arrastraba, sobre todo, el ejemplo de Jesús, el divino obrero de la casita de Nazaret, el amigo de los niños y de los humildes, el apóstol del Padre continuamente trabajando por nuestra salvación. “Mi Padre sigue obrando siempre, y por eso obro yo también” (Jn 5,17); Jesús “comenzó a hacer y enseñar” (Hch 1,1). Y éste es el modelo que propone a sus hijos cuando escribe las Constituciones.

“Jesús comenzó a hacer y enseñar – leemos en el segundo artículo –, del mismo modo los socios comenzarán a perfeccionarse a sí mismos con la práctica de las virtudes internas y externas”.

Cuando Don Bosco cita la Palabra de Dios, de la que está bien alimentado, demuestra una destacada preferencia por los textos que ponen en evidencia la “categoría del obrar”, del anuncio, de la evangelización; son menos frecuentes las citas sobre la oración. Por extraño que pueda parecer faltan por completo las citas relativas a la oración en su epistolario, donde la llamada a la oración es casi continua. Sólo a partir de la primera expedición misionera cita la frase de Jesús: *Rogemus Dominum messis ut mitat operarios in messem suam* (Mt 9, 38): “pidamos al Señor de la mies que envíe operarios a su mies”.

Las frases más citadas, por ejemplo, en las casi tres mil cartas del epistolario, es decir, la que le salen del corazón con más naturalidad porque son las más vividas, son frases de este tenor: *Opus fac evangelistae* (2 TM 4,5): “Continúa tu trabajo de predicador del Evangelio”; *tu vero predica verbum opportune et importune* (2 TM 4,2): “Predica la Palabra de Dios, insiste a tiempo y a destiempo”; *Opera Dei revelare et confiteri honorificum est* (tb 12, 7): “Es cosa gloriosa revelar las obras de Dios”.

No ha sido un pragmático, no ha elevado la praxis a criterio de verdad: siempre ha puesto por encima de todo tanto la doctrina de la fe como el Magisterio. Pero ha sido el “emprendedor de Dios”, el realista que antepone, por instinto, lo práctico a lo teórico, lo vivido a lo abstracto, los hechos a las palabras, el que no cree en la fe sin obras, ni en un Evangelio que no esté incorporado a la vida. Sólo “el que obre la verdad viene a la luz” (Jn 3,21).

Sólo le parecía bastante creíble el lenguaje de los hechos y de las obras. “El mundo se ha hecho materialista – decía- por eso hay que trabajar y hacer conocer el bien que se hace. Aunque uno haga hasta milagros, y rece día y noche en su celda, el mundo no se dará cuenta ni nos creará. El mundo tiene necesidad de ver y tocar. El mundo actual quiere ver la sobras, quiere ver el clero trabajando...”

En un época en la que se miraba a los religiosos como a gente ociosa, inútil para el progreso de la sociedad, quiso ver fundada su institución sobre la gran ley del trabajo, y decía con buen humor, que el hábito de sus religiosos sería el de las “mangas remangadas”.

Las afirmaciones

Las ardientes afirmaciones que hicieron otros santos en elogio de la oración, Don Bosco las hizo par alabar el trabajo.

“El noventa por ciento de sus conferencias a las hermanos – escribe Caviglia – tratan del trabajo, la templanza, la pobreza. ¡He aquí – añade graciosamente – el escándalo de un Santo!, de un Santo podemos decir, “americadno”: dice más veces: *trabajemos, que recemos*”.

Ceria afirma a su vez: “Sería difícil encontrar otro santo que haya conjugado y hecho conjugar como Don Bosco el verbo trabajar”.

Quiso que sus Salesianos fuesen alegres, pobres, frugales, pero sobre todo “laboriosísimo”: ¡Trabajo, trabajo, trabajo! – repetía –. He aquí lo que debe constituir el orgullo y la gloria de los sacerdotes. No cansarse jamás de trabajar. ¡Cuántas almas se salvarían!”.

La idea de la fatiga no debía ser un pensamiento que frenara, sino un estímulo para trabajar más. “Nosotros no queremos dineros sino trabajos”. “Es necesario que nos procuremos trabajar superiores a nuestras fuerzas, y así quién sabe si no se llegará a hacer todo lo que se puede”.

La pereza y el ocio le inspiraban horror. Llegó a pronunciar esta frase tremendamente dura: “El sacerdote o muere por el trabajo o muere por el vicio”.

Lo que para unos institutos eran las penitencia aflictivas y los largos ayunos, lo era el trabajo para Don Bosco: “Queridos míos – repetía – no os recomienda penitencias y disciplinas sino trabajo, trabajo”.

Cuando contemplaba el gran trabajo que realizaban sus hijos gozaba íntimamente: “Cuando voy por las casas y advierto que hay mucho trabajo, vivo tranquilo. Donde hay trabajo, no está el demonio”. “Es cierto que el trabajo supera las fuerzas – añadía – pero ninguno se asusta, y parece que la fatiga es como una sobrealimentación después del alimento material”.

Estaba convencido que “desde San Pedro hasta nuestros días los tiempos jamás fueron tan difíciles”, pero quería que “en vez de llenar el aire de lamentos plañideros” se reaccionase intensificando el trabajo: “Nunca puede decirse que se trabaja demasiado”.

Pío IX le había dicho: “Creo que está en mejores condiciones una casa religiosa donde se reza poco pero se trabaja mucho, que no otra donde se rezan muchas oraciones pero se trabaja poco o nada”. Le dijo también: “No metáis a los novicios en la sacristía, porque se harán ociosos; hacer más bien que trabajen, que trabajen”.

Es lo que Don Bosco hacía siempre dejando perplejos y recelosos a los otros religiosos y a la misma autoridad eclesiástica.

Se le reprochaba, por ejemplo, que se sacrificara el “noviciado ascético” y los “métodos tradicionales” de formación empeñando incautamente a los jóvenes hermanos en precoces y disipantes actividades apostólicas. Pero Don Bosco respondía, disculpándose: “La experiencia de treinta y tres años pondría, disculpándose: “La experiencia de treinta y tres años nos enseña que estas asiduas ocupaciones son un baluarte inexpugnable de la

moralidad. Y he observado que los más y los más trabajadores recuerdan mejor su antigua condición gozan de buena salud, se conservan más virtuosas y, llegados al sacerdocio, logran copiosos frutos en el sagrado misterio”.

La confirmación de la bondad de su método le venía también de sus misteriosos sueños que, como documentos del cielo, le señalaban los momentos decisivos de su vida.

En el “sueño de Lanzo” (1876), por ejemplo, el guía que lo acompañaba le hizo ver el campo inmenso de la acción Salesiana y le dijo en todo apremiante: “Mira; es necesario que hagas imprimir estas palabras, que han de ser vuestro lema, vuestra palabra de orden, vuestro distintivo. Anótalo bien: *El trabajo y la templanza harán florecer la Congregación Salesiana*. Harás explicar estas palabras, las repetirás, insistirás en ellas”.

Importancia extraordinaria ha tenido siempre, en la tradición Salesiana el sueño de los “diez diamantes”, o de las diez virtudes que brillan con luz resplandeciente sobre el manto del personaje que representa el “modelo del verdadero Salesiano”. Dos de estos diamantes llevan estas palabras “trabajo, templanza”. Están colocados respectivamente sobre el hombre derecho y el izquierdo como marcando la figura del Salesiano.

Recordemos finalmente las palabras, tal vez las más importantes de su vida: “Cuando sucede – así termina su testamento espiritual – que un salesiano sucumba y deje de vivir trabajando por las almas, decir entonces que nuestra Congregación ha alcanzado un gran triunfo y sobre ella descenderán, copiosas, las bendiciones del cielo”. Hasta en le lecho de muerte recomendó por dos veces a Monseñor Cagliero: “Diga a todos los Salesianos que trabajen con celo y ardor: trabajo, templanza”.

Su testimonio

Más eficaz que sus palabras es el testimonio de su vida. Una vida, como la definió Pío XI, “que fue un verdadero, propio y gran martirio: una vida de trabajo colosal que daba impresión de agobio sólo con verla”.

Se resiste uno a creer que un hombre solo haya podido trabajar tanto y atender a tantas cosas al mismo tiempo. Escribe A. Caviglia que en Don Bosco parece que actúan simultáneamente varias personas: “El educador y pedagogo, el padre de los huérfanos y el recolector de jóvenes abandonados, el fundador de congregaciones religiosas, el propagandista del culto a María Auxiliadora, el creador de uniones laicales extendidas por todo el mundo, es suscitador de la caridad operativa, el pregonero de misiones lejanas, el escritor popular de libros morales y apologías religiosas el propugnador de prensa honesta y católica, el creador de talleres cristianos y de colecciones de libros, el hombre de la piedad religiosa y de la caridad, y el hombre de los negocios humanos o de los públicos intereses; y todo, al mismo tiempo, y de una vez avanza como si se tratase de otras tantas personas nacidas o destinadas para cada cosa, y se tratase de otras tantas personas nacidas o destinadas para cada cosa, y se funden en la única persona de un sacerdote sin apariencias, que no pierde jamás la serenidad de su semblante ni la circunspecta molestia de su trato con grandes gestos llamativos, ni adorna su vocabulario con la retórica de frases grandilocuentes”.

Tanta multiplicidad de aspectos estaba unificada en profundidad por la idea que domina toda su vida: la idea, como ya hemos visto, de la salvación de las almas.

La Providencia había atemperado a Don Bosco al trabajo desde los duros y pobres años de su niñez. Sabemos que hizo de todo y que fue: pastor de ganado, trabajador del campo, criado, sastre, herrero, mozo de café, pastelero, saltimbanqui, repetidor, estudiante, sacristán, barbero; pasó de un amo a otro, experimentando cuán “amargo sabe” el pan de los otros.

Esta experiencia dejará en él una huella indeleble: será por siempre sensibilísimo a los problemas de la juventud pobre y marginada, lo mismo que al de las humildes clases trabajadoras, y será siempre un trabajador y un realizador formidable: “Las cosas no marchan solamente a vapor – escribía en 1878 a la condesa Ugucioni –

sino como el telégrafo. En un año, con la ayuda del Señor y con la caridad de nuestros bienhechores, hemos podido abrir veinte casas. Vea cómo ha crecido su familia”.

Fiel a su antiguo propósito, no concedía al sueño, en su madurez, más de cinco horas cada noche. “Puede decirse – depuso en los procesos monseñor Bertagna – que pasó la mitad de las noches trabajando: le he sentido decir muchas veces que, cuando estaba más sano, se pasaba el muchas ocasiones hasta dos noches sobre el escritorio escribiendo. A pesar de ello, por la mañana ya se encontraba en la sacristía para celebrar la misa y confesar durante varias horas”. En circunstancias especiales confesaba diez, doce y hasta dieciocho horas diarias.

Escribía con una velocidad sorprendente, hasta 250 cartas en un día, de puño y letra. “El trabajo lo hago pasar por debajo de mis dedos – decía – (...), he adquirido una velocidad que no sé si podrá darse mayor”. Muchas veces se ponía al escritorio a las dos de la tarde y permanecía hasta las ocho para reemprender luego su trabajo. “Hace varios meses que me pongo a escribir a las dos de la tarde y me levanto a las ocho y media para cenar”.

La “fatiga mortal” a la que le obligan las preocupaciones cotidianas se filtra a través de sus cartas en rápidos desahogos que no dejan de conmovernos: “El trabajo me trae loco”; “Me encuentro tan cansado que ya no puedo más”; “Estoy cansadísimo”.

Y era verdad. Puede decirse que no conoció más reposo que el de la tumba. “No recuerdo – depuso monseñor Cagliero – en toda su vida se *haya tomado un día de vacaciones por deporte o para reposar*, y con frecuencia, al encontrarnos cansados y fatigados por el trabajo: animo – nos decía – ánimo, *trabajemos, trabajemos siempre porque allá arriba tendremos un descanso eterno*”.

Murió destrozado por el exceso de trabajo, mártir – y no es metáfora – de una laboriosidad que no conoció descanso. “Sus exageradas vigiliyas y fatigas materiales – leemos en la rápida y curiosa biografía de su médico – le consumieron la vida: al principio casi sin advertirlo, después de 1880 (ocho años antes de su muerte) puede decirse que su organismo había quedado reducido a un gabinete patológico ambulante en medio del cual brillaba todavía una mente siempre activa y siempre ansiosa de lograr gloriosas metas”.

“Ha muerto por exceso de trabajo – confirma a su vez el profesor Fissore de la Universidad de Turín –. No muere por enfermedad, sino que es una mecha que se apaga por falta de aceite”.

La laboriosidad del “viejo sacerdote”, del “filántropo del siglo XIX”, del “católico intransigente”, pareció a los hombres de su tiempo increíble y legendaria. A la muerte de Don Bosco los periódicos de la época definieron su fatiga y laboriosidad de “prodigiosas” (*La Ilustración popular*) “gigantesca” (*La Patrie*), “Enorme y en un sumo grado” (*la perseverancia*), “fenomenal” (*la Fantulla*). “Si Don Bosco – se lee en el mismo diario – hubiera sido ministro de fianza. Italia hubiera sido económicamente la primera nación del mundo”. En los procesos apostólicos, el Promotor de la fe no dudó en llamarle uno de los máximos apóstoles de la Iglesia del siglo XIX: “La Multiplicidad y fecundidad de sus obras es algo prodigioso: su celo por la salvación de las almas y por la difusión del Reino de Cristo sobre la tierra, ha sido tan intenso y continuo que la historia, con todo derecho, lo proclama apóstol extraordinario – “*maximum*” – del siglo XIX”.

Cuando Don Bosco quería saber cómo formar a la Congregación salesiana, en el año 1876, tuvo aquel sueño famoso “Trabajo-Templanza”, en donde el personaje le recomienda estas dos virtudes como fundamentos para que su Congregación tenga larga duración. Leer y analizar el siguiente sueño⁵⁴:

TRABAJO Y TEMPLANZA

⁵⁴ Libro “Sueños de Don Bosco”

Sueño 98 – Año de 1876

Como clausura y recuerdo de los ejercicios espirituales del aquel año, Don Bosco contó un sueño simbólico, que es uno de los más instructivos de cuantos hasta entonces había tenido. Don Lemoyne tomó apuntes del mismo mientras el siervo de Dios hablaba; después lo puso todo por escrito y se lo dio a leer al buen padre que le hizo algunas leves modificaciones.

Para mayor claridad dividiremos la narración en cuatro partes.

PRIMERA PARTE

“Dícese – comenzó el ciervo de Dios – que no se debe hacer caso de los sueños: os aseguro que en la mayor parte de los casos también yo soy de este mismo parecer. Con todo, algunas veces, aunque no nos revelan cosas futuras, nos sirven para hacernos conocer cómo hemos de resolver asuntos intrincadísimos y la prudencia con que hemos de solventar algunas cuestiones. Entonces se les puede hacer caso, por el bien que nos proporcionan.

Deseo contaros ahora un sueño que me ocupó, se puede decir, todo el tiempo de estos ejercicios y que me tuvo agitado particularmente la noche pasada. Os lo voy a contar tal y como lo tuve, resumiéndolo acá y allá un poco para no ser demasiado largo, pues me parece rico de muchas e importantes enseñanzas.

Me pareció, pues, que estábamos todos reunidos y que nos dirigíamos de Lanzo a Turín. Ibamos montados en cierto vehículo, pero no sabría decir si viajábamos en ferrocarril o en ómnibus; lo seguro es que no lo hacíamos a pie. Al llegar a un punto del camino, no recuerdo dónde, el vehículo se detuvo. Yo descendí de él para ver que era lo que sucedía, cuando se me presentó un personaje que no sabría describir. Me parecía de alta y de baja estatura al mismo tiempo; grueso y delgado; blanco y rojo; caminaba por la tierra y por el aire. Me sentí lleno de estupefacción, pues no sabía darme razón de todo aquello, cuando dándome ánimos a mí mismo, le pregunté:

– ¿Quién eres?

Y él, sin más, me respondió:

— Ven. Yo quería saber antes quién fuese, qué es lo que quería, pero él repitió:

— Ven pronto; hagamos girar los vehículos hacia este campo.

Lo más admirable era que hablaba bajo y alto al mismo tiempo y a varias voces, por lo que yo me sentía extraordinariamente maravillado.

El campo era extensísimo, aun a simple vista, y muy llano; no había en él surcos y estaba apisonado como si fuera una era. No sabiendo qué decir y viendo a aquel personaje tan resuelto, hicimos volver a los vehículos, los cuales entraron en aquel campo después les ordenamos a todos los que iban dentro que bajasen. Todos lo hicieron en un santiamén, y he aquí que apenas echaron pie a tierra desaparecieron los carruajes sin saber donde irían a parar.

– Ya hemos bajado, me dirás..., me diréis..., me dirás..., dije yo en ton vacilante, al no saber cómo tratar a aquel personaje ¿Por qué nos habéis hecho parar en este lugar?

Entonces me respondió:

— Por una razón muy grave; para librarnos de un grandísimo peligro.

– ¿Qué peligro?

— El de un toro furioso que no deja pasar a una persona viva por el lugar en que se encuentra. *Taurus rugiens quaerens quem devoret*; (Toro rugiente buscando a quien devorar).

— Despacio, querido, tú atribuyes al toro lo que en la Sagrada Escritura el Apóstol San Pedro dice del león: ¡Leo Rugiens! (León rugiente).

— No importa, allí era Leo Rugiens (León rugiente) y aquí es Taurus Rugiens (Toro rugiente). El hecho es que tenéis que estar alerta. Llámalos a todos que se congreguen a tu alrededor. Anúnciales con toda solemnidad y premura que estén atentos, muy atentos y que apenas sientan el mugido del toro, que es extraordinario e inmenso, que se arrojen inmediatamente al suelo y que permanezcan así boca abajo con la cara vuelta a la tierra hasta que el toro haya pasado. ¡Hay de aquel que no escuche y no siga tu consejo; y no se postre boca debajo de la manera que te he dicho! Está irremisiblemente perdido, pues se lee en las Sagradas Escrituras que quien se humilla será ensalzado y el que se ensalza será humillado: Quí se humiliat exaltabitur, et qui se exaltat humiliabitur.

Después me añadió de nuevo:

— ¡Pronto, pronto! El toro está para llegar; grita, grita fuerte que se tiren al suelo. Yo gritaba y él me decía:

— ¡Más, más! Grita aún más fuerte, más fuerte. Yo lo hice tan fuerte que creo que asusté a Don Lemoyne que dormía en la habitación contigua a la mía; más no podía gritar.

He aquí que, de pronto, se siente el mugido del toro.

– ¡Atención! ¡Atención! Que se pongan formando una línea recta, próximos los unos a los otros en una y otra parte dejando un pasillo en medio para que el toro pueda pasar.

Esto me gritó el personaje. Yo, a mi vez, a voz en grito di esta orden a los jóvenes y en un abrir y cerrar de ojos todos se postraron en tierra y nosotros comenzamos a ver al toro que desde muy lejos llegaba lleno de furor. Si bien la gran mayoría de los muchachos estaban echados en el suelo, con todo había algunos empeñados en ver al toro y no se postraban en tierra por completo; afortunadamente eran pocos.

Entonces aquel individuo me dijo:

— Ahora verás lo que les va a suceder a éstos; ya verás la suerte que les va a tocar por no querer bajarse.

Yo quise avisarles, gritar aún, correr adonde estaban; pero el otro se negaba; yo insistí que me dejase. Pero me contestó secamente:

— Tú también tienes que bajarte, ¡Obedece!

No me había aún tirado al suelo, cuando un terrible mugido, espantoso, tremendo, se dejó sentir. El toro estaba ya próximo a nosotros. todos temblábamos y nos preguntábamos:

– ¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

– No temáis; pegaos al suelo – les gritaba yo.

Y el desconocido continuaba diciendo en alta voz:

— El que se humilla será ensalzado y el que se ensalza será humillado...

Una cosa extraña, que me llenó de estupor, fue la siguiente: que a pesar de que yo tenía la cabeza pegada al suelo y de estar completamente con los ojos pegados al polvo, veía perfectamente todo cuanto a mi alrededor sucedía. El toro tenía siete cuernos en forma de círculo; dos los tenía situados sobre las narices, dos en el lugar de los ojos, dos en el sitio corriente de los cuernos y uno encima.

Y ¡Cosa maravillosa!, dichos cuernos eran fortísimos movibles, los podía volver hacia donde quería, de manera que para echar por tierra a uno, al correr, no tenía que volverse de un lado o de otro; sino que bastaba con que prosiguiese adelante, sin retroceder, para abatir a quien encontraba. Los cuernos más largos eran los que tenía sobre el hocico, con los que causaba estragos verdaderamente espantosos.

Ya estaba el animal muy cerca. Entonces el personaje comenzó a gritar:

— Ahora se verá el efecto de **la humildad**.

Y ¡Oh maravilla!, en un instante todos nosotros nos vimos levantados en el aire, a una considerable altura, de modo que era imposible que el toro nos pudiese alcanzar. Los que no se había bajado no fueron levantados. Y al llegar el toro los destrozó en un momento. Ni uno solo se salvó. Nosotros entretanto, elevados de aquella manera en el aire, teníamos miedo y decíamos:

— Si caemos desde aquí arriba sí que estamos perdidos. ¡Pobres de nosotros entonces! ¿Qué será de nosotros?. Entretanto veíamos al toro que intentaba alcanzarnos; daba saltos terribles para darnos cornadas; pero no nos pudo hacer ningún mal.

Entonces, más furioso que nunca, hace ademán de ir en busca de algunos compañero, como diciendo:

— Nos ayudaremos los unos a los otros y formaremos una escalera...

Y así, habens iram magnam (Con gran furia), se fue.

Entonces nos encontramos nuevamente tendidos en el suelo y el personaje aquel comenzó a gritar:

— Volvamos hacia el mediodía.

SEGUNDA PARTE

Y he aquí que, sin comprender cómo sucedía aquello, la escena cambió por completo delante de nosotros. Dirigiendo nuestra mirada hacia el mediodía, vimos expuesto el Santísimo Sacramento; había muchas velas encendidas en una y otra parte y ya no se veía el prado, sino que nos parecía encontrarnos en una iglesia inmensa, muy bien adornada.

Mientras estábamos todos postrados en adoración delante del Santísimo, he aquí que vinieron muchos toros furiosos, todos dotados de cuernos horribles y espantosos. Al llegar, como todos estábamos en acto de adoración delante del Santísimo Sacramento, no nos pudieron hacer ningún mal. Nosotros entretanto habíamos comenzado a rezar la Corona en honor del Sagrado Corazón de Jesús. Poco después, no sé cómo, miramos y los toros no estaban ya. Dirigiendo nuestra vista a la parte del altar, comprobamos que las luces habían desaparecido, que el Sacramento no estaba ya expuesto; desapareció la iglesia; pero ¿Dónde estábamos? Nos encontrábamos en el campo donde habíamos estado primeramente.

Vosotros comprendéis perfectamente que el toro es el enemigo de las almas, el dominio, que siente una gran ira hacia nosotros y que busca continuamente hacernos mal. Los siete cuernos son los siete pecados capitales.

Lo que nos puede librar de los cuernos de este toro, esto es, de los asaltos del demonio, del caer en los vicios, es principalmente **la humildad, base y fundamento de las virtudes.**

TERCERA PARTE

Nosotros entretanto, estupefactos y maravillados, nos mirábamos los unos a los otros; ninguno hablaba, no sabíamos qué decir. Se esperaba que Don Bosco hablase o que aquel personaje dijese alguna cosa. Cuando he aquí que, tomándome aparte aquel desconocido, me dijo:

— Ven, que te voy a hacer ver el triunfo de la Congregación de San Francisco de Sales. Súbete sobre esta roca y verás.

Era una gran peña que sobresalía en medio de aquella llanura inconmensurable y yo me subí a ella. ¡Oh, qué inmensidad se extendía ante mis ojos! Aquel campo que jamás habría imaginado tan vasto, me pareció que ocupase toda la tierra.

Hombres de todos los colores vestidos de las formas más diversas, de todas las nacionalidades, estaban allí reunidos, vi tanta gente que no sabría decir si en el mundo existe una población semejante. Comencé a observar a los primeros que se ofrecían a nuestra vista. Estaban vestidos como nosotros los italianos. Yo conocía a los de las primeras filas y habían numerosísimos Salesianos que conducían como de la mano a multitud de escuadrones de niños y de niñas. Después les seguían otros en varios grupos; y después otros muchos a los cuales no conocía y a los que no podía distinguir, formando un número indescriptible.

Hacia el mediodía aparecieron ante mis ojos, sicilianos, africanos y un pueblo integrado por un número incontable de gente desconocida para mí. Todos eran conducidos por los Salesianos, de los cuales sólo conocía a los que iban en las primeras filas.

— ¡Vuélvete! – Me dijo aquel desconocido.

Y he aquí que vi ante mí a otros pueblos de gente incalculable por su número, vestida de una manera diversa que nosotros; llevaban pieles y una especie de capas que parecían de terciopelo, todas de distintos colores. Aquel personaje me hizo dirigir la mirada hacia los cuatro puntos cardinales. Entre otras cosas, hacia la parte de oriente, vi unas mujeres con los pies tan pequeños que apenas si podían estar de pie y que casi no podían caminar. Lo más maravilloso era que por todas partes veía Salesianos que conducían falanges y falanges de niños y de niñas y, al mismo tiempo, un concurso inmenso de pueblo. Siempre me eran conocidos los que iban en primera fila; pero a los que venían detrás los desconocía por completo, lo mismo a los misioneros. Muchas cosas no las puedo contar con todos sus pormenores porque me harían interminable.

Entonces el desconocido, que me había guiado y me había aconsejado lo que tenía que hacer, tomó de nuevo la palabra y me dijo:

— Mira, observa; ahora de momento no comprenderás todo cuanto te voy a decir, pero, presta atención: **todo cuanto has visto es la mies preparada para los Salesianos.** ¿Has visto qué campo tan inmenso por cultivar? Pues esta extensión sin límites ante la cual te encuentras es el campo reservado a tus hijos. Los Salesianos que has visto son los operarios de esta porción de la viña del Señor. Muchos de los que trabajan en ella te son conocidos. El horizonte se dilata ante tu vista y has visto aparecer ante ti mucha gente para ti desconocida; esto quiere decir que no solamente en este siglo, sino también en el próximo y en los siglos futuros, los Salesianos continuarán trabajando en su campo. Pero ¿Sabes con qué condiciones se podrá conseguir lo que has visto? Te lo voy a decir. Mira, es necesario que hagas imprimir estas palabras que serán como vuestro lema, como vuestra palabra de orden, vuestro distintivo. Nótales bien:

“El trabajo y la templanza harán florecer a la Congregación Salesiana”. Harás explicar estas palabras, las repetirán continuamente, insistirás en su significado, harás imprimir un manual que las explique y haga comprender bien que **el trabajo y la templanza son la herencia que deja a la Congregación y, al mismo tiempo, su gloria.**

Yo le respondí:

– Lo haré de mil amores; todo está muy de acuerdo con el fin que nos hemos propuesto; es lo mismo que recomiendo a mis hijos día a día y siempre que se me presenta la ocasión.

— ¿Estás, pues, bien persuadido de ello? ¿Me has comprendido bien? Esta es la herencia que les dejarás y di, con toda claridad, que **mientras sepan corresponder tendrás seguidores al mediodía, al norte, al oriente y al occidente.** Ahora termina los ejercicios y encamínalos a su destino. Estos serán los modelos, después vendrán los otros.

Y he aquí que aparecieron nuevamente los ómnibus para conducirnos a todos a Turín. Yo observaba atentamente y pude ver que eran unos vehículos Sui Generis (a su manera), extraños a más no poder. Los nuestros comenzaron a subir a ellos; mas aquellos ómnibus no se apoyaban en ninguna parte y yo me temía que los jóvenes se cayesen de ellos y no quería dejarlos partir.

Pero el guía me dijo:

— Deja, deja que marchen; no necesitan apoyo, basta con que cumplan bien aquella máxima: *Sobrii estote et vigilate* (sed sobrios y vigilad). Si se pone bien en práctica esto no hay peligro de caer, aunque no estén apoyados en nada y la carroza siga su marcha.

CUARTA PARTE

Partieron, pues, y yo me quedé solo con el desconocido.

— Ven – Me dijo inmediatamente –; ven, que quiero que veas lo más importante. ¡Oh! Tendrás que aprenderlo bien. ¿ves allá aquel carro?

– Si, lo veo.

— ¿Sabes que es?

– No lo veo bien.

— Si quieres verlo bien, acércate, obsérvalo bien; sobre él aparece un emblema; esto te lo explicará todo.

Yo me acerqué y vi pintado en aquel cartelón cuatro clavos muy gruesos. Entonces me volví al guía para decirle:

– Si no me explica, no entiendo nada.

— ¿No ves esos cuatro clavos? Obsérvalos bien. Son los cuatro clavos que desgarraron y atormentaron de una forma tan cruel a la persona del Divino Salvador.

– ¿Y qué me quieres decir con eso?

— Son los cuatro clavos que atormentan a las congregaciones religiosas. Si te libras de esos cuatro clavos, esto es, si procuras que tu Congregación no sea atormentada por ellos, o sea, si sabéis tenerlos alejados de vosotros, entonces las cosas marcharán bien y os salvaréis.

– Pero, te vuelvo a decir que no sé qué es lo que significan esos clavos – repliqué.

— Si quieres tener una explicación más clara, observa detenidamente este carruaje que lleva los clavos por emblema. Mira: este vehículo tiene cuatro departamentos, cada uno de los cuales corresponde a un clavo.

– ¿Y que significan los departamentos?

— Observa el primero.

Observé y leí sobre el cartel: Quorum Deus venter est (de aquellos cuyo Dios es su vientre).

– ¡Oh! Ahora comienzo a comprender algo.

– Entonces el desconocido me respondió:

— Este es el primer clavo que atormenta y arruina a las congregaciones religiosas. Hará también grandes estragos entre vosotros, si no estás atento. Combate contra él y verás cómo todas tus cosas proceden bien.

Ahora pasemos al segundo departamento; lee la inscripción correspondiente al segundo clavo: Quærent quæ sua sunt, non quæ Jesu Christi (aquellos que buscan sus intereses y no los de Jesucristo). *Estos son los que buscan las propias comodidades, su bienestar, y trabajan en ventaja propia o de sus parientes, sin buscar el bien de la Congregación que es el que forma parte de la porción de Jesucristo.*

Presta, pues, atención; aleja de ti este flagelo y verás prosperar a tu Congregación.

Tercer departamento: Observé la inscripción del tercer clavo y era la siguiente: Aspdis Lingua Eorum (Su lengua es de serpiente)

— *Clavo fatal para las Congregaciones es los murmuradores, los chismosos; los que siempre están criticando con razón o sin ella.*

Cuarto departamento: Cubiculum otiositatis (Habitación del ocio)

— *A esta porción pertenecen los ociosos, muy numerosos por cierto, cuando en una Congregación comienza a introducirse el ocio, la comunidad queda completamente arruinada; en cambio, mientras abunda el trabajo, no existe peligro alguno de ruina.*

Ahora observa otra cosa que podrás ver en este carruaje y de la que muchísimas veces no se hace caso y que yo quiero consideres con especial atención. ¿Ves aquel escondrijo que no forma parte de ningún departamento, pero que afecta a todos? Diríamos que es como un medio departamento o apartado.

- Si lo veo; pero no hay en él más que hojarasca, unas matas altas y alguna hierba toda enmarañada.
 — Bien, bien; esto es lo que quería que observaras.
 – ¿Y que puedo deducir de todo esto?
 — Observa la inscripción que aparece medio escondida.
 Me fijé bien y leí: Latet anguis in herva (la culebra se esconde en la hierva)
 – ¿Y qué quiere decir esto?

— *Mira, hay ciertos individuos que están escondidos, que no hablan, que jamás abren el corazón a sus superiores, que rumian sus secretos en sus corazones, mucha atención: latet anguis in herva (la culebra se esconde en la hierva). Los tales son verdaderos flagelos, verdadera peste para las Congregaciones. Los malos, si se les tiene al descubierto pueden ser corregidos, pero si están escondidos, no porque no nos damos cuenta del mal que hacen y de cómo se multiplica el veneno en sus corazones y cuando se les descubre apenas si hay ya tiempo para remediar el mal que han ocasionado.*

Apréndete, pues, bien las cosas que has de tener alejadas de la Congregación, no olvides cuanto has oído, ordena que se expliquen estas cosas y que sean largamente comentadas. Si lo haces así, puedes estar tranquilo sobre el provenir de tu Congregación, que las cosas prosperarán de día en día.

Entonces le pedía a aquel personaje que, para no olvidar nada de cuanto me había dicho, me dejase un poco de tiempo para poder escribir.

— Si quieres escribirlo – me dijo –; inténtalo; pero me temo que te falte el tiempo. Presta mucha atención.

Mientras me decía estas cosas y yo me disponía a escribir, me pareció oír un rumor confuso, una agitación a mi alrededor. El suelo firme de aquel campo parecía moverse. Entonces yo dirigí la vista a mi alrededor para comprobar si había alguna novedad y vi que los jóvenes que habían partido poco antes, volvían de todas partes hacia mí llenos de espanto; e inmediatamente después percibí el mugido del toro y vi al mismo toro que los perseguía. Al aparecer el animal fue tal mi terror que, al verlo, me desperté.

Os he referido este sueño antes de separarnos porque estoy bien persuadido de que sería una excelente conclusión de ejercicios el que nosotros permaneciéramos fieles a nuestro lema: **Trabajo y templanza**; y que procurásemos evitar a todo trance los cuatro clavos que causan las ruinas de las Congregaciones: **El vicio de la gula, el buscar las propias comodidades, entregarse a las murmuraciones y el ocio, a lo que habría que añadir que cada uno se muestre siempre abierto, claro, sincero, con los propios superiores.** De esta manera proporcionaremos un gran bien a nuestras almas y al mismo tiempo podremos salvar aquellas otras que la Divina Providencia confíe a nuestros cuidados.

Don Bosco había anunciado – escribe Don Lemoyne – y prometido en el curso de la narración, que explicaría mejor el último punto referente la templanza contando una especie de apéndice o complemento del sueño; pero después, al pasar a la segunda parte de su relato, se olvidó de hacerlo. Al despertarse, como dijo, impresionado por la súbita y nueva aparición de la fiera, sintió deseos de conocer alguna cosa más y logró su deseo apenas se quedó otra vez dormido.

Lo que vio entonces lo contó más tarde a los Clérigos, Don Berto, que estaba presente, lo escribió y se lo mandó a Don Lemoyne, el cuál le dio publicidad.

Estaba deseoso de conocer la templanza – dijo Don Bosco – y con este pensamiento me fui a dormir; pero he aquí que apenas me quedé dormido apareció de nuevo nuestro personaje invitándome a seguirlo y a ver los efectos de la templanza. Me condujo, pues, a un amenísimo jardín, lleno de delicias y de flores de todo género y

especie. En él observé una gran cantidad de rosas las más espléndidas, símbolo de la caridad; jazmines, claveles, lirios, violetas, siempre vivas, girasoles y un sinnúmero de flores representando, cada una, una virtud”.

Trabajar “con fe, esperanza y caridad”

El bautismo cambia radicalmente nuestro modo de ser y de vivir: nos hace partícipes de la naturaleza divina, nos incorpora a Cristo y a la Iglesia, nos hace hijos de Dios, nos transforma en criaturas nuevas. Y para que sea posible esta “novedad de vida”, el Espíritu Santo nos infunde con sus dones, el impulso dinámico de la fe, de la esperanza y de la caridad, lo que lleva consigo poner toda la realidad en la órbita de Dios.

Sabemos que las virtudes teologales constituyen la santidad en términos reales dinámicos y la esencia misma de la vida interior. Es demasiado poco llamarlas “virtudes” o “hábitos” de una determinada potencia cuando son más bien las estructuras y dimensiones totales de la existencia cristiana. Es el hombre entero el que por ellas vive en Cristo y en el Espíritu. Creer, para Abraham como para María, quería decir entregarse, llenos de esperanza, a una persona a la que amaban de verdad.

Añadamos que en la Biblia, fe, esperanza y caridad se presentan siempre en una “unidad vital” como “aspectos diversos de una actitud espiritual compleja pero única” (J. Duplacy). La caridad no existe sin la fe y la esperanza; la fe y la esperanza sólo están vivas si las informa la caridad.

Es importante realizar actos separados de cada una de las virtudes teologales; pero es más importante vivirlas “conjuntamente”, sintetizadas en la caridad. Don Bosco no teorizó su experiencia de fe, de esperanza, de caridad, pero la vivió intensamente en medio de actividades más diversas.

A este respecto son significativas la predicación de Trofarello, el 18 de septiembre de 1869 y primera parte del así llamado “Sueño de los diez diamantes”. De la plática de Trofarello que pronunció al final de los Ejercicios espirituales, nos ha llegado el esquema autógrafo. Don Bosco desarrolla este tema: “Trabajar con fe, esperanza y caridad”.

A este tema se refiere también el sueño de los “diamantes” o “virtudes” que brillan sobre el manto del personaje, en el que podemos ver la personificación del mismo Don Bosco. Son cinco los que están colocados en el pecho y configuran el rostro del salesiano, tal como debe aparecer ante el mundo; los otros cinco están colocados en la parte posterior y están destinados a mantenerse más bien ocultos.

Los diamantes que resplandecen sobre el pecho son los de la “fe, esperanza y caridad”. Este último está colocado sobre el corazón. Sobre el hombro derecho y sobre el izquierdo brillan diamantes del “trabajo” y de la “templanza” que constituyen el blasón salesiano: están en conexión orgánica con los precedentes.

“La vida Salesiana – escribe don Felipe Rinaldi – considerada en su actividad, es trabajo y templanza, vivificados por la caridad del corazón en la luz cada vez más radiante de la fe y de la esperanza”.

En este sueño, muy elaborado, Don Bosco no encuentra nada mejor para definir la figura del Salesiano que referirse a la tríada teologal, síntesis y sustancia de la vida cristiana.

Que Don Bosco, como cualquier otro santo, haya sentido predilección sobre todo por las virtudes teologales, lo demuestran, por ejemplo, las biografías de sus pequeños héroes. De Domingo Savio, por ejemplo, alaba “la viveza de la fe, la firme esperanza y la inflamada caridad”. Precisemos mejor el pensamiento del Santo.

Trabajar con fe

Explica Don Bosco: “Trabajemos no por miras humanas, no para sentirnos” aplaudidos con un ¡bravo!, Un ¡bien!”, sino por “hacer algo grato al Señor”, por “aspirar al premio” que nos espera”. La fe es para el Santo la tarjeta del cielo, la visión global de lo alto sobre la vida, sus proyectos, sus acciones, sus realidades en las cuales vive inmerso. La fe le infunde la íntima conciencia de su identidad cristiana; lo transporta a ver, a juzgar, a obrar según la óptica de Dios, de Cristo, de su espíritu; la fe es verdaderamente la razón de todo su obrar: “La fe – decía- es la que lo hace todo”; sin “la luz de la fe, nada vale la obra del hombre”.

La fe le llevaba a valorar, con ojo crítico y discernimiento sobrenatural, las realidades de cada día, a afrontarlas con “Prontitud” y “grandeza de fe”. Aseguraba: “En medio de las pruebas más duras se requiere una gran fe en Dios”. Exhortaba con San Pablo a abrazar con coraje, en la hora de la prueba, “el escudo de la fe” (Ef 6,16).

Aunque tuviese muchos motivos para consolarse por el bien hecho, miraba a lo que aún le faltaba por hacer y se lamentaba de no haber tenido bastante fe y de no haber hecho más. “Si hubiese tenido cien veces más fe, hubiera hecho cien veces más de lo que he hecho” Sin embargo, fue un formidable creyente: vivía, obraba y rezaba “como si viera al Invisible” (He 11,27), en las audiencias, cuando le pedían un consejo, no respondía inmediatamente; alzaba los ojos al cielo, como el que va buscando en Dios la luz necesaria; después daba la respuesta lleno de fe.

Toda su vida – ha escrito don Eugenio Ceria – fue un ejercicio de fe vivida: “Pensamientos, afectos, empresas, audacias, dolores, sacrificios, prácticas piadosas, espíritu de oración, todo eran llamadas que brotaban de la fe”. Aunque su confianza en Dios no tenía límites, repetía con frecuencia: “Si la obra es tuya, Señor, tú la sostendrás; si la obra es mía, estoy contento de que venga al suelo”.

El Concilio Vaticano ha hecho esta importante afirmación: “Sólo a la luz de la fe y en la meditación de la palabra de Dios es posible, siempre y en todas partes, reconocer a Dios en el cual “Vivimos, nos movemos y existimos”, buscar en todo acontecimiento su voluntad, ver a Cristo en todo hombre próximo o lejano, juzgar rectamente del verdadero sentido y el valor que tienen las cosas temporales en sí mismas en orden al fin del hombre “(*Apostolicam Actuositatem* números 4 y 5). Don Bosco no pudo conocer estas palabras, pero su sentido cristiano le guió a practicarlas bajo el influjo del Espíritu.

Parecía sumergido en un cúmulo de asuntos y de actividades, pero su fe era el alma de todo: sabía contemplar al invisible en lo visible; sabía colaborar, como pocos, con el divino Resucitado para la difusión del Reino, a la salvación de las almas. Ha escrito don Egidio Viganó: “Don Bosco percibía casi espontáneamente la densidad histórica de la fe cristiana. También como estudioso y como escritor, es un entusiasta de los aspectos concretos de la historia de la salvación. En efecto, más que un pensador es un narrador de Dios; un narrador de la historia sagrada, un narrador de la vida de los santos, de la historia de la iglesia”.

Se esforzó siempre para que sus hijos tibiaren una fe “operosa” y “dinámica” como quiere San Jerónimo (Gc 2,17). “Viva” y tal que “transportara las montañas al lugar de los valles y los valles al lugar de las montañas”. Fue un excelso defensor de la fe, por la cual puso muchas veces en peligro su vida; un incomparable “Educador de la fe” de generaciones de jóvenes.

Su exhortación a “Trabajar por la fe” no era sólo una convicción enraizada en su alma: era la expresión de su vivencia, una síntesis de su vida.

Trabajar con esperanza

Comenta Don Bosco: “Cuando nos encontremos cansados, cuando estemos agobiados por las tribulaciones, alcemos los ojos al cielo: una gran recompensa nos aguarda en la vida, en la muerte y en la eternidad. Hagamos como aquel solitario que sentía alivio contemplando el cielo”. He aquí su típica manera de pensar y de razonar.

Su mente no se fija en el pasado, no se cierra en el momento presente; se extiende, como por instinto, hacia las realidades últimas, hacia lo eterno. Decía: “Caminad con los pies en tierra – he aquí su realismo – pero con el corazón habitad en el cielo – he aquí su esperanza”.

La comprensión de la fe que lo abría a los males del mundo para curarlos y prevenirlos, y a las inmensas posibilidades de hacer el bien, estimulaba poderosamente el dinamismo de su esperanza y lo lanzaba a la acción. Repetía con frecuencia: “Animo, trabajemos siempre, porque allá arriba tendremos un descanso eterno”.

“Trabajar siempre” podía significar, en abstracto, muchas cosas; en concreto quería decir sentirse implicados en el designio de salvación y comprometerse por la causa de Dios.

La esperanza es una actitud omnipresente en la vida de Don Bosco, lo mismo que la fe y la caridad. La esperanza es el anhelo de los bienes futuros, la certeza del Dios que está presente; la confianza ilimitada en el poder salvador del Padre, de Jesús y de María. Es la voz de aliento del Espíritu Santo que lanza a empresas audaces, inéditas, no exentas de peligro. La Escritura enseña que la esperanza, aunque tenga alas, no está libre de oscuridades y tentaciones, no es triunfalista; tiene que soportar luchas, combates, pruebas: “Llevo unas semanas – escribe a la marquesa María Asunción Frassati – viviendo de esperanza y de sufrimientos”. También desde este punto de vista, Don Bosco se nos revela como gigante de la esperanza, porque fue capaz de “esperar contra toda esperanza” y de intentar lo humanamente imposible, confiando en la fuerza de Dios.

Repetía con frecuencia: “Todo lo puedo en Aquel que me conforta” (Fil 4,13). “Esto no lo habrá en el paraíso”. “¡Animo!, Que la esperanza nos sostenga cuando nos lleguen a faltar las fuerzas”. “Lo que sostiene la paciencia es la esperanza del premio”. Y añadía: “A veces nos encontramos cansadísimo, oprimidos por cualquier incomodidad: pro, animémonos: descansaremos allá arriba”. Y, como solía hacer, levantaba la mano derecha hacia el cielo, indicando su plena confianza en el Señor”.

La frase de San Pablo: “Los padecimientos de la vida presente no son nada en comparación con la gloria futura que se manifestará en nosotros” (Rm 8,18) era uno de sus recursos favoritos. Digamos también que su esperanza era firme e increbrantable porque estaba anclada en el “ya” de la Pascua del Señor, de Pentecostés, de la realidad de la Iglesia, de los sacramentos, de las primicias del Espíritu Santo, que nos han sido dadas en germen.

Al “ya” exaltante también aparecía en él, como contrapeso, la conciencia del “todavía no”, de las faltas de las negaciones y limitaciones, aunque nunca separada de la conciencia afirmativa de exigir un crecimiento y desarrollo del bien diseminado en la historia y de la vida divina sembrada en el tiempo.

El “todavía no” de la esperanza es inseparable efectivamente de su “ya”; está dentro como la vida en la semilla. Quien contempla la vida de Don Bosco percibe que su esperanza él la vivió como proyección práctica y cotidiana de una incansable laboriosidad de santificación personal y de salvación para todos. “Salve, salvando, sálvate” era su saludo. Una esperanza alimentada con el “ya” y el “todavía no”.

Entre los frutos más vellos de la esperanza en la vida de Don Bosco recordamos: la “alegría” exultante, connatural en la certeza del “ya” de la fe; la “paciencia” inalterable en las pruebas, unida alas exigencias del “todavía no”; su sensibilidad pedagógica, en la que tienen buena parte la audacia, la magnanimidad, la perspicacia, la santa astucia, virtudes típicas del que cree y espera firmemente que su futuro “no defrauda”.

Cuando exhortaba a sus discípulos a “trabajar con esperanza”, Don Bosco les invitaba a mirar al paraíso para el cual hemos sido creados; a confiar en la ayuda omnipotente del Padre celestial y de María; a empeñarse a fondo en combatir los gérmenes del mal que infestan al mundo, y a desarrollar, con optimismo, los gérmenes del bien para construir un mejor porvenir para la Iglesia y el mundo. Esto significaba para él “trabajar con esperanza”.

Trabajar con Caridad

Es la recomendación en que más insistía Don Bosco. La caridad es una actitud de amor hacia las personas que son o Dios mismo a su imagen, el hombre: es la plenitud de la vida cristiana, la forma de todas las virtudes. El mandamiento evangélico dice que hay que amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos. Dios siempre en primer lugar; sólo su amor es, en efecto, la fuente de nuestro amor al prójimo.

Si no se ama a Dios no se puede amar divinamente a los demás. “Antes de todo, Dios nos da la capacidad de amarle; y es en este don en el que se injerta el amor al prójimo” (*Catecismo de los adultos*). En sus breves apuntes sobre la plática “*Trabajar con fe, esperanza y caridad*”, Don Bosco se detiene largamente en el ejercicio de la caridad para con el prójimo, pero da preferencia absoluta al amor de Dios. Su breve nota, tan concisa como profunda, comienza precisamente con estas palabras: “Trabajar con amor hacia Dios. Sólo Él es signo de ser amado y servido; el que de verdad pagará la más pequeña cosa que hagamos por Él. Él nos ama como un padre cariñosísimo. *Charitate perpetua dilexi t...* (Jer 31, 3)

La consideración de Don Bosco sobre Dios iba siempre unida a la certeza de que Dios nos ama con ternura infinita – como un padre – y con la idea de la recompensa que reserva a sus elegidos. Dios, decía, es “infinitamente rico y de generosidad infinita. Como rico puede darnos una gran recompensa por cualquier cosa hecha por su amor; como Padre de generosidad infinita paga con medida abundante la más pequeña cosa que hagamos por su amor”.

“Obrar por amor”, “trabajar por amor”, es toda su vida, su gran recomendación. Todo en nuestra persona debe vibrar por Dios: “Los ojos deben ver por Dios, los pies deben caminar por Dios, las manos deben trabajar por Dios, el corazón debe latir por Dios, todo nuestro cuerpo debe servir para Dios”.

Estas recomendaciones eran el reflejo de su vida en el que el amor de Dios reinaba soberano. Lo demuestra este testimonio nada sospechoso del cardenal Cagliero, escogido entre otros muchos: “El amor divino se transparentaba en su rostro, fluía de toda su persona, de todas las palabras que le brotaban del corazón cuando hablaba de Dios en el púlpito, en el confesionario, en las conferencias privadas y públicas y en las mismas conversaciones familiares. Este amor era su único anhelo, su único suspiro, el más ardiente deseo de toda su vida”.

Don Bosco es ciertamente un gran enamorado de Dios, aunque supiese ocultarlo hábilmente, pero no es menos fuerte su amor hacia el prójimo, en el cual descubre la manifestación permanente del Señor.

El dinamismo de su caridad hacia el prójimo, especialmente hacia los jóvenes más abandonados lo impulsa, como ya hemos recordado, a manifestaciones de delicadeza maternal, a actitudes de fraternidad, de fraternidad, de sacrificio superior a todo elogio. Su caridad tiene, esencialmente, un rostro propio: es caridad “pastoral” y “pedagógica”. La caridad pastoral es su íntima participación en el ansia salvífica de Cristo, Buen Pastor, apóstol del Padre, consumido por el celo de su casa: “Es un amor sacerdotal – escribe don Egidio Viganó – iluminado por la fe que vivifica profundamente la dinámica de la esperanza para luchar contra el mal, para ayudar al prójimo, sobre todo a la juventud, en la obra de la salvación”.

La caridad pastoral explica la mística del “*Da mihi ánimas*”, el gigantesco esfuerzo realizado para la difusión del Reino de Dios. “El Señor – afirmaba – nos ha puesto en el mundo para los demás”. “Cada uno procure llenar su corazón con esa caridad que nos *lleva a dar la vida* para salvar almas”.

Trabajar con caridad pastoral y, al mismo tiempo, pedagógica: las dos formas son afines, pero la caridad pedagógica se inspira en el Sistema Preventivo, en su metodología basada en la razón, la religión, la amabilidad, cuya más alta expresión es la caridad sobrenatural. La práctica de este sistema “se apoya totalmente – escribe Don Bosco en su tratadito sobre el “*Sistema Preventivo*” – en las palabras de San Pablo: *Cháritas benigna est, paíents, ... omnia siffert, omnia sperat, omnia sítinet*. La caridad es benigna, es paciente...todo lo sufre, todo lo

espera, todo lo soporta (1 Cor 13, 4.7). una caridad inconfundible ésta del Sistema Preventivo, que es “la bondad elevada a sistema” y que tiene algo del amor tierno y fuerte que Jesús demostraba a los pequeños y a los últimos. “El Sistema Preventivo – decía también Don Bosco – es la caridad, el santo temor de Dios infundido en los corazones “. La educación de los jóvenes “*es cosa del corazón*”, y “la caridad es el vínculo que une los corazones”. Quien quiera trabajar con fruto en medio de los jóvenes “debe tener la caridad en el corazón y practicar la paciencia con las obras”. Y puesto que el trabajo salesiano se realiza principalmente en una prolongada relación educativa, quería que estuviese estrechamente unido con otras virtudes, como la humildad y la integridad del corazón. “La caridad, la castidad, la humildad son las tres reinas que siempre van juntas: no puede existir la una sin las otras”.

Como modelo práctico de una vida que proponer a sus hijos no encontró nada mejor que la dulce bondad de San Francisco de Sales, la finura de caridad afable y paciente. No le importaba a él, hijo de humildes aldeanos, que fuese un santo de su patria – Saboya-Piamonte – y un aristócrata, hijo de príncipes.

Le admiraba su mansedumbre y su dulzura que le hacían una imagen viva del Salvador. Escribía a su procurador en Roma: “Querido Dalmazzo, trabaja, pero siempre con la dulzura de San Francisco de Sales y con la paciencia de Job”.

La cultura actual exalta el trabajo hasta hacer de él un mito. Pero se trata ordinariamente, de un trabajo unidimensional, destinado a la sociedad del bienestar, vivido con perspectiva activista y horizontal, como fin de sí mismo. También Don Bosco exaltó la dignidad del trabajo, pero no hizo un absoluto, no lo antepuso a la dignidad de la persona; hizo de él una vía expresión de la caridad, al servicio del hombre.

Lo concibió y lo vivió cristianamente, como ejercicio práctico de la tríada de la fe, esperanza y caridad: un trabajo decididamente sobrenatural, santificado y santificante. El entusiasmo que demostraba por las obras hunde sus raíces en las profundidades de la vida teológica, en la unión de Dios.

En el recorrido biográfico de Don Bosco, el trabajo es una de las grandes dimensiones... Comienza como “chico campesino” y en un ambiente todo de trabajo: trabaja la madre, trabaja el padre que tenía su propio campo pequeño y alquilaba o trabajaba en el campo de otro. De modo que fue ganarse un poco la vida con este trabajo. Para estudiar tuvo dificultades justamente por este lado; pero después, más adelante, como estudiante en Chieri, tiene que mezclar estudio y trabajo. Y así adelante hasta que llega al sacerdocio y naturalmente se ocupa intensamente en un trabajo sacerdotal.

Así la comunidad salesiana es una comunidad trabajadora llena de preocupaciones, y esto está en el espíritu. Don Ceria al hablar del espíritu salesiano decía, que se distinguía por una capacidad de iniciativa, sea a nivel personal: me confían un sector yo lo trabajo con toda el alma; sea a nivel comunitario, porque todos se comportan de la misma forma, trabajando con entusiasmo el propio sector. Verdaderamente es relevante en Don Bosco el tema del trabajo en su biografía, en el sistema pedagógico y en el lenguaje que aplica.

Algunas aclaraciones sobre el trabajo

Para Don Bosco es trabajo:

Toda ocupación útil a la educación pastoral de la juventud. Estudiar y escribir. No podríamos decir “ese no trabaja, está siempre estudiando”. Claro que si está siempre estudiando para su propio placer, no trabaja. Pero si está estudiando para publicar libros, para preparar su clase, para prepararse bien su misión, etc., trabaja. El escribir, el hacer números, el ir de compras, el cocinar, el barrer, trapear, el atender a las hermanas, etc. El confesar; no se podría decir “no trabaja, está confesando...” trabaja, está confesando todo el día. El estar aconsejando, orientando, en el patio dialogando, eso es trabajo.

El trabajo comprende la totalidad de las ocupaciones. Con esta característica, **primero:** una ocupación intensa concordada en la obediencia, obediencia siempre activa, no entonces llenar el tiempo con lo que uno quiere o le gusta, sino con la misión y el cometido que le han confiado. **En segundo lugar,** con sentido de comunidad, o sea, el resultado no es sólo para la persona sino que el resultado es para el trabajo; y con la preocupación de hacer bien todas las cosas.

De este modo, el trabajo se opone a la dispersión y a la agitación, al perfeccionismo, PERO SI A HACER BIEN LAS COSAS. Es un trabajo no disperso sino concentrado sobre determinadas áreas que nos han sido confiadas y que lo hacemos nosotros **a la perfección.**

Y en todo esto se ve que el gran trabajo es cumplir la misión, buscando siempre la voluntad de Dios, sea cual sea la ocupación, la ocupación rigurosa del tiempo preparado y cumpliendo la misión y no pura agitación en una diversidad de ocupaciones que no tienen conexión con la misión.

Cuatro características, que llevan a esa actividad

1. **Una misión que se desarrolla con "corazón" o con "pasión pastoral", o pasión educativa.** La palabra "corazón" quiere decir el sentimiento, atracción y ponerse con toda el alma, que a uno le guste realizar la obediencia y que no piense que es tiempo perdido o secundario y ni siquiera piense que esto lo aleja de Dios, al cual lo acercarían cosas de otro tipo como la oración. Sino que allí en el campo pastoral está lo nuestro, allí me han enviado, allí voy a trabajar con alma y corazón.

Dicen los Salesianos en CS24 "Para nosotros, el encontrarnos con los niños y los jóvenes para ser para ellos signos del amor de Dios, pero ayudándoles en el desarrollo de su humanidad es, al mismo tiempo, **trabajo y oración.** Nosotros estamos convencidos que Dios nos está esperando allí para brindarnos el don del encuentro con El, el mismo encuentro que nos brinda también en la oración". **Desde ese corazón pastoral que es prontitud.**

2. **El "sentido pastoral".** El sentido es una cosa natural. Nosotras caracterizadas por el sentido pastoral, quiere decir ver rápidamente y enfocar aquellas perspectivas, aspectos, actividades que pueden hacer crecer a nuestros niños, a nuestros muchachos, a nuestras muchachas, si estamos en un ambiente educativo; o a nuestro pueblo, si estamos en un ambiente más amplio. Ver las necesidades desde sus realidades ¿dónde van las insistencias? ¿cuáles son las oportunidades para que el niño, el joven tenga un contacto, o con la Palabra de Dios, o con una experiencia religiosa, o con una propuesta de crecimiento humano?. El sentido pastoral nos da la posibilidad de encontrar inquietudes y respuestas para esto.
3. **"Capacidad pastoral".** La capacidad pastoral es esa preparación que nosotras hacemos para hablar, predicar el Evangelio, lo hacemos en mil modos: catecismo, buenos días, conversación individual, clases. La capacidad pastoral es prepararse en todos los aspectos que pueden ser útil para el crecimiento de nuestros destinatarios, desde la palabra hasta la preparación educativa más alta.
4. **"Creatividad pastoral".** Las cosas no se repiten. Cada contexto juvenil presenta sus novedades; no a todos podemos hablarles en la misma forma; no a todos podemos ponerlos en grupos en la misma forma; no a todos podemos alcanzarlos en la misma forma. Las personas de un pueblo no piensan igual que las de otro. Conocer, ver, pensar, cuestionar, orar, soñar y actuar sin miedos, confiadas en la Divina Providencia, en la Santísima Virgen.

La pasión, el sentido, buscar las perspectivas, la capacidad, prepararnos. Prepararnos continuamente, mejorarnos: en la palabra, en la dirección espiritual, en la conducción de grupos, en la conducción de comunidades, en el arte de la animación. Saber crear nuevas oportunidades lleva por nombre "trabajo".

El "Da mihi ánimas" y "la caridad pastoral" en resumen es: la comunidad está pensando para cómo arar bien su campo, trabajarlo bien, lo mejor posible y alcanzar a dar a cada niño, a cada muchacho, a cada muchacha la oportunidad de descubrir el destino que tiene, el destino humano y el destino definitivo.

Una de las alegrías de la directora una más todavía, es ésta de animar el trabajo, siempre en corresponsabilidad con las hermanas y si hay alguna otra que pueda poner un aspecto más eficaz de animación, uno deja en la coordinación todos los aportes de las hermanas que intervienen en este punto; porque al final, se dice que la directora es quien recoge los fragmentos y crea el lugar de convergencia y de unidad para que todos estos fragmentos y cualidades puedan actuar. Esto es actuar en comunidad. Donde todas por el Da mihi ánimas ponen al servicio sus capacidades y lograr todo esto.

Animar el trabajo

Y ¿qué quiere decir animar el trabajo?

Esto parte de la "lectura de la realidad", ¿cómo la vemos? una realidad concreta, no sólo la general del país sino de este grupo de jóvenes que están entre nosotros y que vienen ¿quiénes son? ¿de dónde vienen? ¿qué necesitan? ¿qué traen de positivo? ¿qué base nos ofrecen?. La lectura de la realidad, ¿qué cosas están sufriendo?

Animar el trabajo es ayudar al grupo a colocarse bien con esta lectura; pero animar el trabajo quiere decir después, hacerles lo que hemos llamado "proyección pastoral", es decir, ver entre todos cuáles son los objetivos posibles en este momento y cuáles son los caminos para lograrlos. Y por lo tanto, después distribuir las tareas, y un poco consultarse cómo se pueden hacer en la mejor forma posible.

Animar el trabajo quiere decir:

1. "enseñar a priorizar".
2. "Solidaridad en la realización". Debemos ser amplios en la acción. (Para esto hay que ir creciendo seguras, en la formación). Don Rinaldi decía: "El secreto de Don Bosco ha sido formar muy bien a las personas y después darles amplio campo de responsabilidad"; y todos han respondido con creatividad, porque están convencidos que ese campo que les dan es un campo dado por la obediencia y en una circunstancia especial. De esto es responsable la directora. Está bien la creatividad, pero una vez que entramos en el trabajo regular es muy interesante, que con toda esta amplitud de responsabilidad, estemos bien claras que de por medio está la obediencia, por lo tanto es necesario que nos comuniquemos los resultados, las dificultades, que nos sentemos y veamos de nuevo los objetivos o caminos.

La dimensión pastoral nos lleva a que todo lo que estamos haciendo está todo inspirado en un punto: **queremos salvar a los niños y a los jóvenes, el mayor número posible, darles oportunidades de iniciar un camino espiritual a los que tienen posibilidades, sea que tengan experiencia o a aquellos que no la tienen.**

El Papa Pío XI, al ver a Don Bosco y a sus salesianos trabajando dijo: **“No figura bien entre las filas salesianas uno que no sabe trabajar y que no trabaja”.**

Lo mismo podemos decir de las Hijas del Divino Salvador: **“No figura bien entre las filas de las Hijas del Divino Salvador una que no sabe trabajar y que no trabaja”.**

Porque nuestro fundador nos enseñó a trabajar, nuestras primeras hermanas trabajaron duro en las construcciones y en otros trabajos pastorales; sus estudios los realizaron sin dejar su responsabilidad ante las alumnas. Además nos enseñó a no escatimar trabajo por salvar un alma.

9. La Amabilidad

La amabilidad hecha amor, es el centro de evangelización en la vida salesiana, que nace de las actitudes del Buen Pastor y del elogio de la caridad, según San Pablo: la caridad es paciente, sin envidias, ... No se puede predicar a Dios de mal modo. Hay que hacerlo con amor.

La amabilidad se define como “calidad de amable”, y una persona amable es aquella que “por su actitud afable, complaciente y afectuosa es digna de ser amada”.

La afabilidad es una virtud que nos lleva a ser personas acogedoras, con la sonrisa fácil y una habitual disposición de escuchar a quienes nos rodean.

La amabilidad es la manera más sencilla, delicada y tierna de hacer realidad un amor maduro y universal, libre de exclusivismo.

La amabilidad es la capacidad humana de dar ese sí con amor. Amor que lleva a cultivar el servicio, la entrega, la donación. La amabilidad exige cultivar en la persona la caridad evangélica.

La amabilidad va relacionada también con la educación; por lo tanto exige buen trato y practicar los buenos modales, las normas de educación, el interesarse por el otro.

“En esto conocerán que son mis discípulos si os amáis los unos a los otros”. Saludar a todos, acoger a todos, hacer el bien a todos, etc. “Si saludáis, si hacéis el bien, si acogéis sólo a los que os aman, ¿Qué mérito tenéis? Los paganos también lo hacen”. “Sed perfectos como vuestro padre es perfecto”.

La amabilidad salesiana nace del AMOR DE DIOS Y DEL AMOR A DIOS.

Don Bosco en la escuela de San Francisco de Sales aprendió a vivir la caridad y la define como: espíritu de familia, amabilidad y cortesía.

Cuando le preguntaron a San Francisco ¿cómo hacer para ayudar a otros a vivir el Evangelio,? les dijo: “cuando yo soy amable con las personas ellas me quieren y así ellos viven el Evangelio. Es decir, descubren a Dios amor y viviendo el Evangelio llegarán a ser santos.”

El compromiso más alto de todos los miembros de la Familia Salesiana es vivir la caridad.

Esta amabilidad se descubre en la acción educativa de Don Bosco como “cosa del corazón”. Sabía, por probada experiencia, que el alma de los jóvenes “es una fortaleza cerrada siempre al rigor y a la aspereza”; se hace uno dueño solamente pasando por el camino del corazón y del libre consentimiento, decía él.

La Iglesia lo llama “Padre y Maestro de los jóvenes”; maestro, por ser padre. Le agradaba mucho este nombre porque resumía una aspiración y una preocupación constante de su vida: construir una familia de los que “no tenían familia”, alrededor del Padre.

Ejemplo de expresión sublime, de ternura paternal, es la famosa carta de Roma, del año 1884, a sus “queridísimos hijos”. Es la síntesis de su espiritualidad, y es sobre todo, su “corazón”. Basta recordar solamente dos frases: “Siento queridos míos, el peso de la distancia a que me encuentro de vosotros, y el no veros ni oíros me causa una pena que no podéis imaginar”. El que quiera ser amado tiene que mostrar que ama. ¿Cómo? Con la familiaridad, la dulzura, la caridad, la confianza.

La caridad que tenía Don Bosco con sus muchachos hacía que ellos también lo amaran con sincero afecto y en tal grado que no se podría encontrar un ejemplo semejante para compararlo.⁵⁵ A esto se le llama en la espiritualidad salesiana “amor demostrado”. Así lo sentían algunos de sus muchachos que, hablando de Don Bosco, decían: “me quería tanto”. Y el grande Luis Orión⁵⁶, escribía una vez: “hasta caminaría sobre carbones ardientes para verlo una vez más y decirle gracias”.

Don Bosco, desbordante de simpatía por el joven, privilegia las relaciones personales, se hace presente en su mundo, lo acompaña en el proceso de su vida, de su búsqueda. Es una actitud de diálogo profundo, lleno de confianza en las posibilidades del joven, de respeto por su dignidad y de toda la esperanza de que es portador; le brinda un ambiente de expansión y de espontaneidad, interpela la responsabilidad, le ayuda a formar su inteligencia y su voluntad; lo anima a encontrar el sentido de la vida, de la alegría y a expresarla en mil formas; le propone metas trascendentes, lo encamina al encuentro con Dios y a los caminos de la realización del plan de amor que Dios tiene para su vida. Lo ayuda a sentirse capaz de ser santo.

La amabilidad salesiana se concretiza con actitudes maduras como la apertura y el cariño.

Don Bosco fomentó el espíritu de acogida: era abierto, acogedor, no se encerraba en sí mismo, era un hombre de relaciones. Capaz de suscitar simpatía y amistad.

Así recomendaba a los suyos: “Ve el modo de hacerte querer”. “Procura que todos aquellos con quienes hablas se hagan amigos tuyos”, decía a Juan Bonetti. En una carta a Juan Cagliero afirmaba: “El espíritu salesiano que deseamos introducir en las casas de “América es ... caridad, paciencia, dulzura; jamás reprensiones humillantes, nunca castigos; hacer el bien a quien se pueda, el mal a nadie. Que esto sirva para los salesianos entre sí, con los alumnos y con los demás: de fuera o de dentro”.

Daba el primer paso hacia quien era tímido o encogido, estaba pronto a acortar distancias, a acercarse con simpatía, a hacerse pequeño con los pequeños, a escuchar las inquietudes de quienes se acercaban. Don Bosco no cesaba de recomendar tales actitudes. Decía: “El superior sea todo para todos, pronto a escuchar siempre cualquier duda o queja de los jóvenes, todo corazón para buscar el bien espiritual y temporal de quienes nos confía la Divina Providencia”.

Combinaba tres actitudes: **la bondad** que desea el bien del otro; **el respeto** que no busca cautivarlo y reconoce su dignidad personal única, incluso detrás de los defectos y **la paciencia** que nos es otra cosa que continua y perseverante fuerza de amar: “La caridad es paciente, benigna ..., dice San Pablo.

Este conjunto de cualidades externas que forman la acogida y distinguen las relaciones del salesiano con todos, especialmente con los jóvenes, corresponde a lo que Don Bosco llamaba: “**familiaridad**”. Sin familiaridad no se demuestra el afecto.

“Amorevolezza”, es palabra característica de Don Bosco, que expresa el afecto lleno de bondad paterna y fraterna por los jóvenes. Que se expresa en tres matices:

- Afecto verdadero y personal
- Afecto como el de un padre, hermano y amigo
- Capaz de suscitar correspondencia de amistad, “habla el lenguaje del corazón”. “Procure el salesiano hacerse amar de sus alumnos, si quiere hacerse temer”.

⁵⁵Libro “Don Bosco profundamente hombre, profundamente santo” páginas 42 – 46.

⁵⁶ Ex-alumno del Oratorio

10. La Templanza

Es la virtud moral que modera la atracción de los placeres y procura el equilibrio en el uso de los bienes creados. Asegura el dominio de la voluntad sobre los instintos y mantiene los deseos en los límites de la honestidad.

En la Sagrada Escritura la TEMPLANZA es alabada “No vayas detrás de tus pasiones, tus deseos refrena” Si 18,30, En el Nuevo Testamento es llamada “moderación o sobriedad.”

Templanza es la actitud y virtud cristiana que modera, ordena y orienta los movimientos internos y el que hacer humano de acuerdo a la razón y el Evangelio.

La templanza: regula los instintos por ejemplo el deseo de posesión y disfrute; modera costumbres desordenadas de “agitación, dependencia, exceso, etc.”; vigilancia evangélica: parábola de las Diez Vírgenes, El siervo perezoso, San Pablo la compara con los atletas.

La templanza permite el trabajo y la oración que, a su vez exige y sostiene la obra. Don Bosco la escogió como tercera palabra de su programa y la aplica a todas las situaciones:

- ✓ **Educación:** dominar toda la impaciencia, ser “razonables” en las exigencias, dominar los sentimientos para distribuir el afecto en manera perceptible y desinteresada, esperar con calma los resultados.
- ✓ **Trabajo:** Preparación, programación atenta y sentido de los objetivos, control del ansia de protagonismo, capacidad de colaboración, dominio del individualismo, deseo de superación por servir mejor.
- ✓ **Oración:** es decir una fe, que domine el deseo desmedido de consuelos, visiones, sentimientos y lleve sobre todo al amor, al compromiso
- ✓ **En la vida personal:** la templanza quiere orden y laboriosidad, uso severo de lo necesario y útil, desapego de lo superfluo, empleo escrupuloso del tiempo.
- ✓ **Vida fraterna:** el amor fraterno implica dominio de sí mismo, esfuerzo de atención, control de los sentimientos espontáneos, superación de los conflictos, comprensión de los sufrimientos de otros. (Const. 44-56)

En los Artículos 48 y 49 de las Constituciones y 85 de Reglamentos, están descritas las mortificaciones mandadas a las Hijas del Divino Salvador:

- Las fatigas y sacrificios, que nos hacen capaces de completar los padecimientos de Cristo
- La fidelidad a los deberes del propio estado
- La aceptación de las dificultades de la vida común
- La renuncia a toda excepción no necesaria en el trabajo

- La asistencia generosa según el Sistema Preventivo.
- Hacer todos los viernes una mortificación comunitaria en memoria de la pasión de Jesucristo y los dolores de María.
- En cuaresma, elija la penitencia según las exigencias espirituales;
- Meditar la pasión del Señor especialmente cada viernes de cuaresma en el “vía crucis”.

La Iglesia a través del Documento Vita Consecrata presenta la dimensión ascética que va en relación con la Templanza y dice: *“La ascesis porque ayuda a dominar y corregir las tendencias de la naturaleza humana herida por el pecado, es verdaderamente indispensable para la persona consagrada, si quiere permanecer fiel a la propia vocación y seguir a Jesús sobre la vía de la Cruz.”*⁵⁷

Don Bosco nunca actuaba solo, siempre contaba con la ayuda de María Santísima a quien invocaba con tanta ternura. Es así como tiene otro sueño, aunque él mismo dice que no se trata de un sueño sino de comprobar el amor que la Santísima Virgen tiene a la Congregación. Leamos y profundicemos el siguiente sueño⁵⁸:

EL EMPARRADO DE ROSAS O LA PERGOLA DE ROSAS

Sueño 12 – Año de 1847

En 1864, una noche después de las Oraciones Don Bosco reunía en su habitación para darles una conferencia, según era su costumbre, a los jóvenes que integraban la Congregación entre las cuales se hallaban Don Victorio Alasonatti, Don Miguel Rua, Don Juan Cagliero, Don Celestino Durando, Don José Lazzerio y Don Julio Barberis. Después de haberles hablado del desapego de las cosas del mundo y de la familia, para seguir el ejemplo de Jesucristo, les contó un sueño que había tenido diecisiete años atrás. He aquí sus palabras:

“Os he contado ya muchas cosas en forma de sueño de las que podíamos deducir lo mucho que la Santísima Virgen nos ama y nos ayuda; más, ya que estamos reunidos aquí nosotros solos, para que cada uno de los presentes tenga la seguridad de que es la Santísima Virgen la que quiere nuestra Consagración y a fin de que nos animemos cada vez más a trabajar para la mayor gloria de Dios, os contaré, no ya un sueño, sino lo que la misma Madre de Dios me hizo ver. Ella quiere que pongamos en su bondad toda nuestra confianza. Yo os hablo como un padre a sus queridos hijos, pero deseo que guardéis absoluta reserva sobre cuanto os voy a decir y que nada comunicéis de esto a los jóvenes del Oratorio o a las personas de afuera, para no dar motivos a malas interpretaciones por parte de los malintencionados.

Un día del año 1847, después de haber meditado yo mucho sobre la manera de hacer el bien, especialmente en provecho de la juventud, se me apareció la Reina de los Cielos y me condujo a un jardín delicioso. En él había un rústico pero al mismo tiempo bellísimo y amplio pórtico construido en forma de vestíbulo. Plantas trepadoras adornaban y cubrían las pilastras y sus grandes ramas, exuberantes de hojas y de flores, superponiéndose las unas a las otras, se entrelazaban al mismo tiempo, formando un gracioso toldo. Este pórtico daba a un bello sendero, a lo largo del cual se extendía un hermosísimo emparrado, flanqueado y cubierto de maravillosos rosales en plena floración. También el suelo estaba cubierto de rosas. La Santísima Virgen me dijo:

— Avanza bajo este emparrado; ese es el camino que debes recorrer.

Me descalcé para no ajar aquellas flores.

Me sentí satisfecho de haberme descalzado, pues hubiera sentido tener que pisar unas rosas tan hermosas. Y sin más, comencé a caminar; pero pronto me di cuenta de que aquellas rosas ocultaban punzantes espinas; de forma que mis pies comenzaron a sangrar. Por tanto, después de haber dado algunos pasos, me vi obligado a detenerme y seguidamente a volver atrás.

⁵⁷ Cf. VC No. 38

⁵⁸ Del Libro “Los Sueños de Don Bosco”

– Aquí es necesario llevar el calzado puesto – dije a mi guía.

— ¡Cierto! – Me respondió – Se necesita un buen calzado.

Me calcé, pues, y volví a emprender el camino con algunos compañeros, los cuales habían aparecido en aquel momento, pidiéndome que les permitiera acompañarme. Accedí y siguieron detrás de mí bajo el emparrado, que era una hermosura indecible; pero, conforme avanzaba, me parecía más estrecho y más bajo. Muchas ramas descendían de lo alto y subían como festones; otras avanzaban erectas hacia el sendero. De los troncos de los rosales salían algunas ramas acá y allá horizontalmente; otras formaban un tupido seto, invadiendo gran parte del camino; otras crecían en distintas direcciones a poca altura del suelo. Todas, sin embargo, estaban cuajadas de rosas; yo no veía más que rosas a los lados, rosas encima de mí, rosas delante de mis pasos. Mientras tanto sentía agudos dolores en los pies y hacían algunas contorsiones con el cuerpo al tocar las rosas de una y otra parte, comprobando que entre ellas se escondían espinas aún más agudas. Con todo, proseguí adelante. Mis piernas se enredaban en las ramas tendidas por el suelo produciéndome dolorosas heridas; al intentar apartar una rama atravesada en el camino o al agacharme para pasar por debajo de alguna otra, sentía las punzadas de las espinas, no sólo en las manos, sino en todos mis miembros. Las rosas que veía por encima de mí, también ocultaban una gran cantidad de espinas que se me clavaban en la cabeza. A pesar de ello, animado por la Santísima Virgen proseguí mi camino. De cuando en cuando experimentaba punzadas aún más intensas y penetrantes que me producían un dolor agudísimo.

Entrando, todos aquellos, y eran muchísimos, que me veían caminar bajo aquel emparrado, decían:

— ¡Oh! Ved cómo Don Bosco camina siempre entre rosas; él sigue adelante sin dificultades; todo le sale bien.

Pero los tales no veían las espinas que desgarraban mis miembros. Muchos clérigos, sacerdotes y seglares, por mí invitados, comenzaron a seguirme con premura, atraídos por la belleza de aquellas flores; pero cuando se dieron cuenta de que era necesario caminar sobre punzantes espinas y que éstas brotaban por todas partes, comenzaron a decir a voz en grito:

— ¡Nos han engañado!

– El que quiera caminar sin dificultad alguna sobre las rosas – les decía yo – que se vuelva atrás; los demás que me sigan.

No pocos volvieron atrás. Después de haber recorrido un buen trecho de camino, me volví para observar a mis compañeros. Pero ¡Cuál no sería mi dolor! Al ver que una gran parte de ellos había desaparecido y otra parte, volviéndome las espaldas, se alejaba de mí. Inmediatamente volví atrás para llamarlos, pero todo fue inútil, pues ni siquiera me escuchaban. Entonces comencé a llorar desconsoladamente y a querellarme diciendo:

– ¿Es posible que tenga que recorrer yo solo este camino tan difícil?

Pero pronto me sentí consolado. Vi avanzar hacia mí un numeroso grupo de sacerdotes, de clérigos y de personas seglares, los cuales me dijeron:

— Aquí nos tienes; somos todos tuyos y estamos dispuestos a seguirte.

Poniéndome entonces al frente de ellos reemprendí el camino. Solamente algunos se desanimaron, deteniéndose, pero la mayoría llegó conmigo a la meta.

Después de haber de haber recorrido el emparrado en toda su longitud, me encontré en un nuevo y amenísimo jardín, rodeado de todos mis seguidores. Todos estaban macilentos, desgreñados, cubiertos de sangre. Entonces se levantó una suave brisa y al conjuro de la misma todos sanaron. Sopló nuevamente otro vientecillo y, como por ensalmo, me encontré rodeado de un inmenso número de jóvenes y de clérigos, de coadjutores y de sacerdotes, que comenzaron a trabajar conmigo guiando a aquella juventud. A algunos no los conocía, otras fisonomías, en cambio, me eran familiares.

Entretanto, habiendo llegado a un paraje elevado del jardín, me encontré con un edificio colosal, sorprendente por su magnificencia artística, y al cruzar el umbral penetré en una espaciosa sala tan rica, que ningún palacio del mundo podría contener otra igual. Estaba completamente adornada con rosas fragantísimas y sin espinas, de las que emanaba un suavísimo olor. Entonces, la Santísima Virgen, que había sido mi guía, me preguntó:

— ¿Sabes qué significa lo que estás viendo ahora y lo que has observado antes?

– No – Respondí –, os ruego me lo expliquéis.

Entonces Ella dijo:

— Has de saber que **el camino por ti recorrido entre rosas y espinas significa el cuidado con que has de atender a la juventud; debes caminar con el calzado de la mortificación.** Las espinas que estaban a flor de tierra representan los afectos sensibles, las simpatías o antipatías humanas que apartan al educador de su verdadero fin, que **lo hieren o lo detienen en su misión, que le impiden avanzar y cosechar coronas para la vida eterna.** Las rosas son **símbolo de la caridad ardiente que debe ser distintivo y el de todos tus seguidores.** Las otras espinas son **los obstáculos, los sufrimientos, los disgustos que tendréis que soportar.** Pero, no os desaniméis. Con **la caridad y con la mortificación superaréis todas las dificultades y llegaréis a las rosas sin espinas.**

Apenas la Madre de Dios hubo terminado de hablar, volví en mí y me encontré en mi habitación.

Toda la vida de Don Bosco estaba tejida de una constante mortificación, como se puede comprobar en el relato que se presenta a continuación, sacado del Libro “Don Bosco Profundamente hombre, profundamente santo”⁵⁹

La ascesis de la templanza y de la mortificación

La ascesis entra como elemento ineludible en el plan de la salvación y sigue al cristiano como la sombra al cuerpo.

La ascesis debe tener en cuenta la integración armónica del alma y el cuerpo; que abra la persona al amor oblativo, a la disponibilidad hacia los demás; una ascesis capaz de afrontar cristianamente las alienaciones a las que conduce la vida moderna, tales como: el nerviosismo, la monotonía reiterativa en el trabajo, el “stress” de la vida moderna, la superficialidad de las relaciones y de la convivencia; una ascesis del silencio en la “civilización del ruido” para no extraviarse, para comprender mejor, para decir sólo lo que significa algo; una ascesis que sepa disciplinar el uso de los medios de comunicación, el sueño, las diversiones necesarias, la alimentación, los propios sentidos, etc.

La iglesia, teniendo en cuenta el cambio cultural de los tiempos, ha mitigado ciertas penitencias del pasado, como el ayuno, pero no ha silenciado el rigor de la ascesis tradicional, que se ha hecho más urgente por el crecimiento de las exigencias de la caridad. Porque, como se expresa acertadamente, “la fecundidad de las mortificaciones no se mide por el sufrimiento de la renuncia o por la intensidad del esfuerzo, sino por la eficacia, es decir, por la perspectiva Evangélica, por el progreso en la caridad que ella fomenta, tanto por medio de la “imitación de Cristo”, como por el alejamiento de todo aquello que impide el crecimiento en la caridad”.

La consideración de la experiencia escética de Don Bosco presenta, indudablemente, aspectos superados por el tiempo, modalidades de expresión que ya no son de actualidad. Sin embargo, cuando al margen de las contingencias de la historia, se va a la raíz de las cosas, el espíritu evangélico que le anima, a ciertas lúcidas intuiciones precursoras que lo hacen un contemporáneo nuestro, se debe convenir que también hoy la ascesis enseñada y vivida por el Santo tiene mucho que decir a nuestro sentido cristiano.

Es lo que queremos constatar brevemente.

Templanza

La ascesis de Don Bosco se ha expresado siempre en el binomio inseparable: *Trabajo y templanza*. Esta es la herencia dejada a sus hijos: “el trabajo y la templanza harán florecer la Congregación Salesiana”; “son dos armas con las que conseguiremos vencer a todos y todo”. So los dos diamantes que dan brillo a su rostro simpático y amable.

El trabajo – como hemos visto – es ya en sí mismo la continua ascesis de Don Bosco; pero a la ascesis del trabajo él ha asociado deliberadamente la amplia y específica de la templanza, de la mortificación, del sentido austero de la vida.

En la vida del cristiano la templanza es, ciertamente, guardiana de su ser, moderación de las inclinaciones y de las pasiones, cuidado de lo razonable, una cierta huida del mundo, pero, más profundamente, ella es una “*actitud de fondo*”, un “*eje existencial*” que comporta la presencia de otras varias virtudes satélites, de las que el Rector Mayor, don Egidio Viganó ha enumerado el siguiente elenco que hay que tener presente cuando se habla de la templanza de Don Bosco: “*La templanza es la primera y la principal de las virtudes moderadoras que giran como satélites a su alrededor; la continencia contra las tendencias de la lujuria, la humildad contra las tendencias de la soberbia, la clemencia contra las inclinaciones a la ímpetus de la ira, la clemencia contra las inclinaciones ala venganza, la modestia contra la vanidad y las exhibiciones del cuerpo, la sobriedad y la*

⁵⁹ Páginas 130-141

abstinencia contra los excesos de la bebida y la comida, la economía y la sencillez contra la libertad del despilfarro y del lujo, la austeridad en el temor de vida contra las tentaciones de la vida cómodo”.

Esta templanza, es decir, este manojito de virtudes, la vio y la vivió Don Bosco sobre todo en *función de la caridad pastoral y pedagógica*, del crecimiento en el amor, que no se limita a amar, sino, lo que es más difícil, “sabe hacerse amar”. Quien tiene práctica en la educación de los jóvenes sabe por experiencia cuál y cuánto dominio de sí es necesario, a todos los niveles de la persona, para que triunfen actitudes y comportamientos impregnados de bondad, de justicia y de rectitud.

El ejemplo de Don Bosco es paradigma. Es un educador que ama profundamente y que sabe “hacerse amor” practicando en grado heroico la templanza. Firme en los principios, los aplica con racionalidad y buen sentido; coordina las exigencias de la autoridad con las de la libertad y espontaneidad de los jóvenes, en justo equilibrio; sabe adaptarse a las exigencias de la “movilidad juvenil” sin caer en el permisivismo; se da cuenta de todo, pero sabe también, con prudencia y santa habilidad, disimular; frena el ímpetu de las pasiones para custodiar en todo su corazón, que modela y remodela interior son también la constante actitud de conversión, el señorío de sí mismo, la mansedumbre y la amabilidad que le ganan los corazones.

La templanza cristiana es, además, la defensa de los grandes valores teologales de la fe, de la esperanza y de la caridad, en los cuales se fundamenta. Don Bosco lo recordaba a sus hijos: “El demonio tienta preferentemente a los intemperantes “. Quería templanza y moderación en todo, también en el trabajo apostólico que tenía tan a pecho: “Trabajad, trabajad mucho – decía – pero hacedlo de manera que podáis trabajar durante mucho tiempo”.

Recomendaba a los misioneros: “Tened cuidado de la salud. Trabajad, pero sólo lo que os permitan vuestras fuerzas”.

En el pensamiento de Don Bosco y de la tradición Salesiana, la templanza no es, primariamente, el conjunto de renunciaciones (mortificación), sino el “crecimiento en la praxis de la caridad pastoral y pedagógica”.

“Primero y más aún que la mortificación, la templanza es una disciplina metodológica de educación al don de sí en el amor. Nos enseña a ejercitarnos en amar y en hacernos amar, y no a castigar como primer impulso no es el momento de la poda aunque ya llegara el tiempo de hacerla. Es el momento del desarrollo del amor: si yo me doy a Dios, debo tratar de hacer crecer en mí la capacidad de donación, sabiendo frenar todo lo que puede ser oculta, regresión del mismo”.

En otras palabras, la templanza para Don Bosco están ante todo y siempre en función de la mística del *Da mihi ánimas*: Señor, has que salve a la juventud con el don de la templanza. Por eso no se cansó de repetir: “La Congregación durará mientras los socios amen el trabajo y la templanza”.

Sobriedad y continencia

Estas dos virtudes satélites de la templanza entendida como actitud esencial de base, brillan con una luz especial en Don Bosco. Era proverbial su sobriedad en el uso de los alimentos y de las bebidas. Como todos los sacerdotes salidos de la Residencia eclesiástica, observaba con rigor las abstinencia prescritas por la iglesia; ayunaba un día a la a semana, primero el sábado, después el viernes, pero no se notaba en él nada de excepcional. Todos los testimonios de los procesos están acordes en afirmar ayunos o penitencias extraordinarios: todos subrayan, su nada común sobriedad y templanza habitual. En los primeros tiempos del oratorio la mesa era frugalísima, semejante en todo a la de la humilde gente aldeana y trabajadora. Pan y menestra, un plato de legumbres, aunque no siempre, y un poco de vino bien aguado: eso era todo: “Que de singular ejemplo – atestigua Monseñor Bertagna – en la templanza; en su casa jamás buscó comodidades, aunque pudiera permitirse para sí y par los demás alguna mejora”.

Más tarde mejoró la comida porque no todos los que se decidían a “estar” con él hubieran podido adaptarse a su mesa. Su natural buen sentido le sugirió que había que templar el primitivo rigor, pero en su corazón quedó siempre una secreta añoranza por la antigua praxis. Dijo muchas veces: “Pensaba que en micras todos se habrían contentado con menestra y pan, y a lo más, un plato de legumbres. Pero veo que me engañé (...). Mil motivos me obligaron a seguir, poco a poco, el ejemplo, aún ahora me parece que se podría vivir como vivía yo en los primeros tiempos del Oratorio”.

Aún adaptándose a las necesarias mejoras, él permaneció, sin embargo, fiel al antiguo ideal. Mientras se lo permitió la salud, se atuvo siempre a la mesa común; no comía fuera de hora, se mostraba indiferente a todo; nadie supo jamás cuáles eran sus gustos preferidos.

Para conseguir limosnas, tenía que aceptar comidas en su honor que le ofrecían sus bienhechores; participaba con sencillez, pero se hubiera dicho que casi no se daba cuenta de los manjares que le ofrecían, atento como estaba a tener despierta la atención de los comensales con sus golpes jocosos y sus palabras edificantes.

Después de la enfermedad de Varzze (1871-1872) que lo puso al borde de la muerte, por orden de los médicos tuvo que tomar un poco de vino puro, que la duquesa de Montmorency le enviaba cada mes. Lo bebía con tal parsimonia que una botella le duraba toda la semana, mientras que las restantes se acumulaban en la bodega y se utilizaron durante mucho tiempo después de su muerte. Las ofrecía de buen grado a los amigos bienhechores cuando los invitaba a su mesa “estemos alegres – decía – bebemos el vino ducal!”

Quería que sus hijos fueran, como él, modelos de sobriedad y templanza. *“Huir del ocio y de las discusiones; gran sobriedad en la comida, en la bebida y en el reposo.” “No os digo que ayudéis; sin embargo, os recomiendo una cosa: la templanza”. Avisaba: “Cuando comiencen entre nosotros las comodidades y el bienestar, nuestra Sociedad habrá cumplido su misión”.*

Como los ascetas de todos los tiempos, también él subrayó el nexo indisoluble que existe entre la mortificación corporal y la oración: “Quien no mortifica su cuerpo no será capaz de hacer buena oración”.

La sobriedad y la templanza ocupan un vasto campo en su pedagogía. *“Dadme – decía con frecuencia – un joven que sea sobrio en el comer, en el beber y en el dormir, y lo veréis virtuoso, cumplidor de sus propios deberes, pronto siempre y cuando se trata de hacer el bien, y amante de toda virtud. Por el contrario, si un joven es goloso, amigo del vino, dormilón, poco a poco poseerá todos los vicios”.*

También brillan con luz singular en la vida de Don Bosco la *pureza y la continencia* contra las tendencias de la carne.

Atestigua don Miguel Rúa: “Respecto a las tentaciones contrarias a esta virtud (castidad) pienso que las sufrió, revelándolo en algunas palabras que le escuché cuando nos recomendaba la templanza en el deber”: Este testimonio concuerda con el de J. B. Lemoyne: “Que haya tenido tentaciones contra la pureza, lo confió en una ocasión a los miembros del capítulo, entre los que también estaba yo presente, explicando el motivo por el que prefería las legumbres de la carne”.

Don Bosco era, por lo tanto, un hombre expuesto al viento de la tentación, en nada distinto de nosotros. en lo que se sale de lo normal es en la lucha victoriosa que sostuvo también en ese frente , en la docilidad plena a las mociones del Espíritu y en la práctica heroica de la castidad.

A primera vista este heroísmo podría parecer más supuesto que demostrado, tan secreta y personal es la virtud de la castidad. Sin embargo, cuando se la practica y se vive de modo extraordinario acaba por imponerse también en lo exterior, a través de signos y mensajes que el sentido cristiano reconoce. Que Don Bosco haya conservado desde la infancia y siempre una vida inmaculada es lo que afirman a coro los testigos interrogados en los procesos canónicos.

El Santo – dice – había levantado el edificio de la castidad a toda prueba para defenderse de su aguda sensibilidad y de su emocional capacidad de “hacerse amar”; atribuyen al esplendor de esta virtud gran parte de la fascinación irresistible que ejercía sobre los jóvenes. A su presencia se disipaban, como la niebla al sol, los pensamientos y fantasías molestas. “A mi me parece – atestigua don Francisco Cerruti – y puedo decir que le secreto de su grandeza cristiana se encuentra en la gran pureza de mente, de corazón y de cuerpo que él observó con una delicadez más única, que rara.

Su actitud, su mirada, su misma manera de caminar, sus palabras, su trato no tuvieron jamás ni una sombra de algo que pudiera decirse contrario a la bella virtud, como él la llamaba”.

Su trato con los jóvenes era delicadísimo; siempre respetuoso con su pequeña personalidad, dejaba de buen grado que le besaran la mano, alguna vez la ponía fugazmente sobre su cabeza y se aprovechaba para susurrar al oído una de aquellas “palabras” mágicas que iban directamente al corazón. Sucedió también que con dos dedos de la mano daba a algún joven un leve cachete, o que le hiciese una pequeña caricia; pero, ¡Cuánto había de sobrenatural en aquel gesto paterno! “Había en estas caricias – refiere el P. Reviglio – un nosé qué de puro, de casto y de paternal que nos infundía en el espíritu su castidad”. Jamás se notaron en él actitudes de antipatía o de preferencias sensibles. Jamás osaron atacarle sobre este punto las malévolas insidias de la prensa enemiga.

Era demasiado evidente que Don Bosco vivía en una región superior y que la confianza que concedía a sus jóvenes tenía el exclusivo fin de hacer el bien.

“En el espíritu de Don Bosco – dice Don Viganó – se encierra un fuerte mensaje de pureza; la tradición Salesiana y el testimonio de los orígenes lo confirman copiosamente”. Se trata de un mensaje especial que podemos llamar “Simpatía por la pureza”. Esta simpatía es una constante de su vida, un rasgo característico de su espíritu. Lo afirmó repetidas veces: “Lo que debe distinguir a nuestra Congregación es la castidad, como la pobreza distingue a los hijos de San Francisco de Asís y la obediencia los de San Ignacio”.

Mortificación

La mortificación cristiana, tanto interna como externa, ocupa un campo vastísimo. Según la Biblia, indica, unas veces: el “desprendimiento” de los bienes externos (Lc 5,11), la “abnegación” de sí mismo (Lc 9,23), el “desprendimiento” del hombre viejo con sus concupiscencias (Col 3,9), la “Crucifixión” de la carne (Gal. 5,24), la “lucha” (2 Tm 4,7), una especie de “muerte” y de sepultura con Cristo (Col 3,3).

Hemos dicho de Don Bosco que es un santo alegre y simpático, capaz de amar y de “Hacerse amar”, siempre activo, siempre en medio de sus jóvenes, primavera y alegría del mundo; un santo que parece caminar en el azul, que lleva una vida envidiable, a la que no faltan, sin embargo, las punzantes espinas de la mortificación. La vida de Don Bosco y de cuantos caminan sobre sus huellas está claramente delineada en el sueño de la “Pérgola de rosas”.

Recordemos el contenido esencial del sueño. La “misma Virgen Santísima – como refiere – lo exhorta a adentrarse por una larga pérgola recubierta de espléndidas rosas que cuelgan de lo alto, a los lados, que brotan del suelo”: “Este es el camino que debes recorrer”.

Quien contemplaba de lejos a Don Bosco, quien consideraba la expansión incontenible de su obra, sus éxitos, también podía creer que el camino por él recorrido era un camino fácil. Sin embargo, su camino, como ha escrito Ceria, en las bellas páginas de *Don Bosco con Dios*, estuvo siempre sembrado por las espinas de la mortificación. Espinas en familia: la pobreza, la oposición que, al principio, le cerraba el paso y después le hizo áspero el camino del sacerdocio, obligándole a duras y humillantes fatigas. Espinas al fundir el Oratorio: por todas partes le echaban la cruz encima personas particulares, párrocos, autoridades municipales, escolares, políticas. Espinas y algo peros a causa de sus *lecturas católica*. Espinas por falta de medios: tener sobre las espaldas tantos jóvenes y tantas obras y no contar con medios seguros de subsistencia. Espinas por parte de su

mismo personal: sacrificios para formarlo y de decepciones dolorosas. Tribulaciones y espinas por parte de la autoridad diocesana: mal entendidos, oposiciones, contrariedades sin fin. La fundación de la Sociedad Salesiana.

Espinas de otra naturaleza, pero no menos punzantes, las debidas a enfermedades y trastornos de salud. Don Bosco era de constitución sana y vigor físico poco común.

Descendía de un tronco de campesinos robustos y de antepasados longevos. No podría explicarse de otro modo su resistencia. Cómo pudo sobrevivir a tres enfermedades mortales. Con todo, es increíble el número de enfermedades mortales. Con todo, es increíble el número de enfermedades que lo atormentaron a lo largo de su vida: esputos de sangre, persistente mal de ojos, y pérdida por último del derecho; inflamación de las piernas y de los pies – su “cruz cotidiana” como él la llamaba –, cefaleas persistentes, malas digestiones, fiebres intermitentes con erupciones cutáneas; al final de su vida, debilitación de la espalda con dificultades de respiración, y algunas otras dolencias.

Pío XI definió su vida como *“un verdadero, propio y gran martirio. Un verdadero y continuo martirio en las asperezas de su vida mortificada, frágil, que parecía fruto de un constante ayuno”*.

Martirio aceptado por amor a Cristo crucificado y a las almas. “Si supiese – se le oyó decir – que bastaba una sola jaculatoria para curarme, me la diría”; martirio disimulado de paz imperturbable y de alegría que parecía tornarse más radiante – Según testimonios fidedignos – cuanto más pesadas eran las cruces que lo afligían. Sólo un alma profundamente enraizada en Dios podía llegar a tanto.

La vida de Don Bosco se caracteriza realmente por los extraordinarios e ininterrumpidos esfuerzos ascéticos. Su ascetismo de lo cotidiano, de las pequeñas cosas, de las mortificaciones no menos duras y constantes que impone el cumplimiento del propio deber, del propio trabajo, de las situaciones concretas, de la convivencia humana. Para “Copiar” en sí mismo los padecimientos de Nuestro Señor – solía decir – “no faltan los medios: el calor, el frío, las enfermedades, las cosas, las personas, los acontecimientos. Existen muchos medios para vivir mortificados”.

“Tu mortificación – es el consejo que da a todo director – consistan en la diligencia de tus deberes y en soportar las molestias de los otros...”

No infravaloraba la importancia de las mortificaciones voluntarias, pero prefería las que impone la obediencia. “En vez de hacer obras de penitencia, hacedlas de obediencia”. “Mirad, vale más un buen almuerzo hecho por obediencia que cualquier mortificación hecha por propio capricho”.

Para Don Bosco el motivo fundamental de la mortificación es, obviamente, la exigencias del seguimiento de Cristo, víctima por nuestros pecados, y la participación con conciencia nos invita a negarnos a nosotros mismos y a llevar la cruz”; “El que no quiere padecer con Cristo en la tierra, no podrá gozar con Cristo en el cielo”.

Repetía: “En todas partes hay amarguras que sufrir, que le llaman mortificación de los sentidos; y de ellas triunfaremos elevando lo ojos a Jesús Crucificado”.

Tenía gran devoción a Jesús crucificado. Cuando mamá Margarita, contrariada y fatigada, había determinado volver a I’Beccchi, Don Bosco no dijo nada, pero le indicó el crucifijo colgado en la pared. Cuando se quiso poner en el índice su pequeño volumen de las *lecturas Católicas*, sufrió lo indecible. Mirando al crucifijo se lo oyó exclamar: ¡Oh Jesús mío! Tú sabes que yo he escrito este libro con buen fin... Hágase tu voluntad”.

Sabía muy bien que la caridad que salva las almas es la *caridad crucificada*, aquella caridad que nace de la cruz: “¡Oh Señor!, dame cruces, espinas y persecuciones de toda clase con tal de que podamos salvar almas, y, entre ellas, salvar la nuestra”.

Mons. Aparicio (Homilías)

“Sería una ilusión el que al Divino Niño se le adoptara como Patrono en su adolescencia. El nos quiere adolescente El nos quiere niños para atenderlo entre los niños y adolescentes; sepamos buscarlo en esos principios que no han sido nuestros ciertamente; es El, el que nos apoyó y debemos estar convencidas que el Instituto irá adelante, marchará siempre adelante, pero sin olvidar nuestro carisma, la misión para la cual El desde Belén, desde el Pesebre nos ha enviado a los lugares que les tiene reservado.

Es necesario que El Reine, es necesario que a El le preparemos el camino, le preparemos nuestro corazón. El nos quiere allanando caminos, El nos quiere que seamos voz en el desierto que le preparemos a la juventud, que la eduquemos”.

Que el Divino Niño continúe con nosotros, que sea nuestro amigo, que sea nuestro hermano, que sea nuestro guía, que donde quiera que nos encontremos hablemos con unción de reconocimiento sobre todo lo que El ha hecho por nosotros y podemos repetir: “ha hecho el Divino niño con nosotros cosas estupendas, admirables”. Y ojalá que podamos añadir: “porque vio la humildad de sus siervas.

Lo hemos tomado en su niñez como el guía y el pastor de nuestras almas y de nuestras obras.

Nuestro Instituto se duplicará varias veces si ese espíritu de unión, de caridad, de pobreza, de sencillez y de humildad es el distintivo del Instituto”.

(Mons. Aparicio, 24-12-1982 - 24-12-1984 y 21-12-1987)

“NACIMOS DEL PESEBRE

PARA LLEVAR AL MUNDO

EL MENSAJE DE HUMILDAD, DE POBREZA, DE SENCILLEZ,

DE SERVIR A NUESTROS HERMANOS.

CON EL CORAZÓN REBOZANDO DE ALEGRÍA

A CUMPLIR LOS MANDATOS Y ENSEÑANZAS DE Jesús,

PERO DESDE BELÉN, DESDE EL PESEBRE, DESDE EL ESTABLO”.

(Mons. Aparicio 24-12-1984)

“Insisto con vehemencia en que todas, confiando en María Auxiliadora y acogidas a su manto, caminen seguras hacia la santidad”.

Hablemos de la Madre de Dios. Amemos a la Madre de Dios; cantemos a la Madre de Dios. Recemos a la Madre de Dios. Inculquemos en todos los corazones la devoción a la Madre de Dios. En todas nuestras conversaciones, en todas nuestras pláticas, salga Ella como el punto final de nuestra carrera; como el blanco de nuestras actividades; como el lugar a donde dedicamos

siempre con el pensamiento de que todo lo que hagamos por ella, es en honor y en virtud de su Hijo Jesucristo Nuestro Señor. Recen siempre con devoción el Santo Rosario

Amémosla; sin Ella no somos nada; sin Ella no podemos hacer nada; sin Ella no andará adelante el Instituto; sin ella no se podrá multiplicar”.

(Mons. Aparicio, Introducción Constituciones y 31-12-1983)